Arquitectura en la ciudad

Aldo Rossi

INTRODUCCIÓN. HECHOS URBANOS Y TEORÍA DE LA CIUDAD.

La ciudad, objeto de este libro, viene entendida en él como una arquitectura. Hablando de arquitectura no quiero referirme sólo a la imagen visible de la ciudad y el conjunto de su arquitectura, sino más bien a la arquitectura como construcción. Me refiero a la construcción de la ciudad en el tiempo.

Pienso que este punto de vista, independientemente de mis conocimientos específicos, puede constituir el tipo de análisis más global acerca de la ciudad. Esta se remite al dato último y definitivo de la vida de la colectividad, la creación del ambiente en el cual ésta vive.

Concibo la arquitectura en sentido positivo, como una creación inseparable de la vida civil y de la sociedad en la que se manifiesta; ella es, por su naturaleza, colectiva.

Así como los primeros hombres se construyeron moradas y en su primera construcción tendían a realizar un ambiente más favorable para su vida, a construirse un clima artificial, igualmente construían según una intencionalidad estética. Iniciaron la arquitectura al mismo tiempo que el primer trazo de la ciudad; la arquitectura es, así, connatural a la formación de la civilización y un hecho permanente, universal y necesario.

Creación de un ambiente más propicio a la vida e intencionalidad estética son los caracteres permanentes de la arquitectura; estos aspectos emergen en cada búsqueda positiva e iluminan la ciudad como creación humana.

Mas, puesto que da forma concreta a la sociedad y puesto que está íntimamente relacionada con ésta y con la naturaleza, la arquitectura es diferente y tiene una originalidad con respecto a todo otro arte o ciencia.

Estas son las bases para el estudio positivo de la ciudad, que ya se dibuja en los primeros asentamientos. Pero con el tiempo, la ciudad crece sobre sí misma; adquiere conciencia y memoria de sí misma. En su construcción permanecen sus motivos originales, pero con el tiempo concreta y modifica los motivos de su mismo desarrollo.

Florencia es una ciudad concreta, pero la memoria de Florencia y su imagen adquieren valores que valen y representan otras experiencias. Por otra parte, esta universalidad de su experiencia nunca podrá explicarnos concretamente aquella forma precisa, aquel tipo de cosa que es Florencia.

Este contraste entre lo particular y lo universal, entre lo individual y lo colectivo, es uno de los puntos de vista principales desde los cuales está estudiada la ciudad en este libro; este contraste se manifiesta en diversos aspectos, en las relaciones entre la esfera pública y la privada, en el contraste entre el diseño racional de la arquitectura urbana y los valores del locus, entre edificios públicos y edificios privados.

Por otra parte, mi interés por los problemas cuantitativos y por sus relaciones con los cualitativos constituye una de las razones del origen de este libro: los estudios que he realizado sobre ciudades determinadas siempre han agravado la dificultad de establecer una síntesis y de poder proceder tranquilamente a una valoración cuantitativa del material analítico. En realidad, toda zona parece ser un locus solus, mientras que cada intervención parece que deba referirse a los criterios generales de implantación. Así, mientras por un lado niego que se puedan establecer de forma racional intervenciones

vinculadas a situaciones locales, por el otro me doy cuenta de que estas situaciones son también las que caracterizan las intervenciones.

Por esto, en los estudios urbanos nunca daremos suficiente importancia al trabajo monográfico, al conocimiento de los hechos urbanos particulares. Omitiendo éstos —aun en los aspectos de la realidad más individuales, particulares e irregulares, pero por ello también más interesantes— terminaremos por construir teorías tan artificiales como inútiles.

Fiel a esta tarea, he tratado de establecer un método de análisis que se preste a una valoración cuantitativa y que pueda servir para reunir el material estudiado según un criterio unitario; este método se deduce de la teoría de los hechos urbanos antes indicada, de la consideración de la ciudad como manufactura y de la división de la ciudad en elementos primarios y en zona residencial. Estoy convencido de que hay una buena posibilidad de progresar en este campo si se procede a un examen sistemático y comparativo de los hechos urbanos sobre la base de la primera clasificación intentada aquí.

Acerca de este punto me es necesario todavía decir esto: que si la división de la ciudad en esfera pública y esfera privada, elementos primarios y zona residencial, ha sido varias veces señalada y propuesta, nunca ha tenido la importancia de primer plano que merece.

Esa división está íntimamente relacionada con la arquitectura de la ciudad, porque dicha arquitectura es parte integrante del hombre, es su construcción. La arquitectura es la escena fija de las vicisitudes del hombre; con toda la carga de los sentimientos de las generaciones, de los acontecimientos públicos, de las tragedias privadas, de los hechos nuevos y antiguos. El elemento colectivo y el privado, sociedad e individuo, se contraponen y se confunden en la ciudad, constituida por tantos pequeños seres que buscan una sistematización y, al mismo tiempo, juntamente con ella, un pequeño ambiente para ellos, más adecuado al ambiente general.

Los edificios de viviendas y la zona sobre la cual persisten se convierten, en su fluir, en los signos de esta vida cotidiana.

Contemplemos las secciones horizontales de la ciudad que ofrecen los arqueólogos: son como una trama esencial y eterna del vivir; como un esquema inmutable.

Los que recuerden las ciudades de Europa después de los bombardeos de la última guerra tendrán presente la imagen de aquellas casas despanzurradas, donde entre los escombros permanecían firmes las secciones de las habitaciones familiares, con las tapicerias descoloridas, las fregaderas suspendidas en el vacío, el entresijo de tuberías, la deshecha intimidad de cada lugar. Y siempre, envejecidas extrañamente para nosotros mismos, las casas de nuestra infancia en el fluir de la ciudad.

Así, las imágenes, grabados y fotografías de los despanzurramientos nos ofrecen esta visión; destrucción y escombros, expropiación y cambios bruscos en el uso del suelo así como especulación y obsolescencia son algunos de los medios más conocidos de la dinámica urbana; intentaré por ello analizarlos como se merecen. Pero aparte de toda valoración quedan también como la imagen del destino interrumpido de lo singular, de su participación, muchas veces dolorosa y difícil, en el destino de la colectividad. La cual, como conjunto, parece en cambio expresarse con caracteres de permanencia en los monumentos urbanos. Los monumentos, signos de la voluntad colectiva expresados a través de los principios de la arquitectura, parecen colocarse como elementos primarios, como puntos fijos de la dinámica urbana.

Principios y modificaciones de lo real, constituyen la estructura de la creación humana.

Este estudio intenta, por lo tanto, ordenar y disponer los principales problemas de la ciencia urbana.

El nexo de estos problemas y sus implicaciones ponen a la ciencia urbana en relación con el complejo de las ciencias humanas; pero en este cuadro creo que esa ciencia tiene autonomía propia, aunque en el transcurso de este estudio me pregunto muchas veces cuáles son las características de autonomía y los límites de la ciencia urbana. Podernos estudiar la ciudad desde muchos puntos de vista: pero ésta emerge de manera autónoma cuando la consideramos como dato último, como construcción, como arquitectura.

En otras palabras, cuando se analizan los hechos urbanos por lo que son, como construcción última de una elaboración compleja; teniendo en cuenta todos los datos de esta elaboración que no pueden ser comprendidos por la historia de la arquitectura, ni de la sociología, ni de otras ciencias.

Me siento inclinado a creer que la ciencia urbana, entendida de esta manera, puede constituir un capítulo de la historia de la cultura, y por su carácter total, sin duda, uno de los capítulos principales.

En el curso de este estudio me ocupo de diversos métodos para afrontar el problema del estudio de la ciudad; entre ellos surge el método comparativo. También ahí la comparación metódica de la sucesión regular de las diferencias crecientes será siempre para nosotros la guía más segura para aclarar las cuestiones hasta en sus elementos últimos. Por ello hablo con particular convencimiento de la importancia del método histórico; pero insisto además en el hecho de que no podemos considerar la historia de una ciudad simplemente como un estudio histórico. Debemos también poner particular atención en el estudio de las permanencias a fin de evitar que la historia de la ciudad se resuelva únicamente en las permanencias. Creo, desde luego, que los elementos permanentes pueden ser considerados también en la proporción de elementos patológicos.

El significado de los elementos permanentes en el estudio de la ciudad puede ser comparado con el que tienen en la lengua; es muy evidente que el estudio de la ciudad presenta analogías con el de la lingüistica, sobre todo por la complejidad de los procesos de modificación y por las permanencias.

Los puntos fijados por De Saussure para el desarrollo de la lingüística podrían ser traspuestos como programa para el desarrollo de la ciencia urbana: descripción e historia de las ciudades existentes, investigación de las fuerzas que están en juego de modo permanente y universal en todos los hechos urbanos. Y, naturalmente, su necesidad de limitarse y definirse.

Aplazando un desarrollo sistemático de un programa de este tipo, he intentado detenerme particularmente en los problemas históricos y en los métodos de descripción de los hechos urbanos, en las relaciones entre los factores locales y la construcción de los hechos urbanos, en la identificación de las fuerzas principales que actúan en la ciudad entendidas como fuerzas que están en juego de manera permanente y universal.

La última parte de este libro intenta plantear el problema político de la ciudad; aquí el problema político es entendido como un problema de elección por la cual la ciudad se realiza a sí misma a través de una idea propia de ciudad.

Estoy convencido, desde luego, de que una parte importante de nuestros estudios tendrían que estar dedicados a la historia de la idea de ciudad; en otras palabras, a la

historia de las ciudades ideales y a la de las utopías urbanas. Las contribuciones en este sentido, por lo que yo sé, son escasas y fragmentarias, bien que existan investigaciones parciales en el campo de la arquitectura y en la historia de las ideas políticas.

Hay en realidad un continuo proceso de influencias, de intercambios, a menudo de contraposiciones entre los hechos urbanos tal como se concretan en la ciudad y las propuestas ideales. Yo afirmo aquí que la historia de la arquitectura y de los hechos urbanos realizados es siempre la historia de la arquitectura de las clases dominantes; habría que ver dentro de qué límites y con qué éxito las épocas de revolución contraponen un modo propio y concreto de organizar la ciudad.

En realidad, desde el punto de vista del estudio de la ciudad, nos encontramos ante dos posiciones muy diferentes; sería útil iniciar el estudio de estas posiciones a partir de la historia de la ciudad griega y de la contraposición del análisis aristotélico del concreto urbano y de la república platónica. Aquí se plantean importantes cuestiones de método.

Tengo para mí que cl planteamiento aristotélico en cuanto estudio de los hechos ha abierto el camino de manera decisiva al estudio de la ciudad y hasta a la geografía y a la arquitectura urbanas.

Sin embargo, es indudable que no podemos percatamos del valor concreto de ciertas experiencias si no operamos teniendo en cuenta esos dos planos de estudio; de hecho, algunas ideas de tipo puramente espacial han modificado notablemente no sólo de forma sino, con acciones directas o indirectas, los tiempos y los modos de la dinámica urbana.

El análisis de estos modos es para nosotros de extrema importancia.

Para la elaboración de una teoría urbana podemos remitimos a una masa de estudios imponente; pero tenemos que tomar estos estudios de los más diversos lugares y valernos de ellos para lo que importa en la construcción de un cuadro general de una específica teoría urbana.

Sin querer trazar ningún cuadro de referencia para una historia del estudio de la ciudad, se puede afirmar que hay dos grandes sistemas; el que considera la ciudad como el producto de los sistemas funcionales generadores de su arquitectura, y por ende del espacio urbano, y el que la considera como una estructura espacial.

En los primeros, la ciudad nace del análisis de sistemas políticos, sociales, económicos, y es tratada desde el punto de vista de estas disciplinas; el segundo punto de vista pertenece más bien a la arquitectura y a la geografía.

Bien que yo parta de este segundo punto de vista, como dato inicial, tengo en cuenta los resultados de los primeros sistemas que contribuyen a plantear problemas muy importantes.

Así, en el curso de esta obra hago referencia a autores de procedencia diversa e intento considerar algunas tesis que creo fundamentales independientemente de su calificación. Los autores de que me valgo no son demasiados, considerando la masa del material disponible; pero aparte de la observación general de que un libro o un autor forman parte concretamente de una investigación y su punto de vista constituye una contribución esencial a esta investigación o si no el citarlos no tiene ningún significado, he preferido comentar la obra de algunos autores que creo en todo caso fundamentales para un estudio de este tipo. Las teorías de algunos de estos especialistas, cuyo conocimiento me es por otra parte familiar, constituyen las hipótesis mismas de esta investigación. Cualquiera que sea el punto de partida desde el que queramos iniciar los fundamentos de una teoría urbana autonoma, no podemos prescindir de su contribución.

Quedan, naturalmente, fuera de la discusión que aquí emprendemos algunas contribuciones que son fundamentales y que serán aprovechadas: así las profundas intuiciones de Fustel de Coulanges, de Mommsen y de otros.

Sobre el primero de esos autores me refiero particularmente a la importancia dada por él a las instituciones como elemento realmente constante de la vida histórica y a la relación entre el mito y la institución misma. Los mitos van y vienen sin interrupción de un lado para otro. Toda generación los explica de modo diferente y añade al patrimonio recibido del pasado nuevos elementos. Pero detrás de esta realidad que cambia de una época a otra hay una realidad permanente que en cierta manera consigue sustraerse a la acción del tempo. En ella tenemos que reconocer el verdadero elemento por ador de la tradición religiosa. Las relaciones en que el hombre llega a encontrarse con los dioses en la ciudad antigua. el culto o que les rinde, los nombres con los cuales los invoca, los dones y sacrificios que les debe son todo ello cosas unidas a normas inviolables. Sobre ellas el individuo no tiene ningún poder.

Creo que la importancia del rito y su naturaleza colectiva, su carácter esencial de elemento conservador del mito constituyen una clave para la comprensión del valor de los monumentos y, para nosotros, del valor le la fundación de la ciudad y de la transmisión de las ideas en la realidad urbana.

En efecto, doy en el presente esbozo de teoría urbana gran valor a los monumentos; y me detengo a menudo a considerar su significado en la dinámica urbana sin encontrar ninguna solución completamente satisfactoria. Este trabajo tendrá que ser llevado adelante; y estoy convencido de que al hacerlo así será necesario profundizar la relacion entre monumento, rito y elemento mitológico en el sentido indicado por Fustel de Coulanges.

Puesto que el rito es el elemento permanente y conservador del mito, lo es tambien el monumento que, desde el momento mismo que atestigua el mito, hace posibles sus formas rituales.

Este estudio comenzaría en la ciudad griega; nos serviría para aportar notables contribuciones al significado de la estructura urbana que tiene, en sus orígenes, relación inseparable con el modo de ser y con el comportamiento de las personas.

Las contribuciones de la antropología moderna sobre la estructura social de os poblados primitivos abren nuevos problemas al estudio del plan de la ciudad; imponen el estudio de los hechos urbanos según sus motivos esenciales.

Por motivos esencia les entiendo el establecimiento de fundamentos para el estudio de los hechos urbanos y el conocimiento de un número siempre mayor de hechos, y la integración de éstos en el tiempo y en el espacio.

Es decir, la individualización de las fuerzas que están en juego de modo permanente y universal en todos los hechos urbanos.

Consideremos la relación entre realidad de cada hecho urbano y utopías urbanas; generalmente esta relación es estudiada y dada como resuelta dentro d cierto período con un contexto bastante modesto, y con resultados del todo precarios.

¿Y cuáles son los limites entre los que podemos integrar un análisis sectorial de ese tipo en el cuadro de las fuerzas permanentes y universales que están en juego en la ciudad?

Estoy convencido de que las polémicas entre el socialismo utópico y el socialismo científico en la segunda mitad del siglo XIX constituyen un importar te material de

estudio; pero no podemos considerarlas solamente en su aspecto meramente político, sino que tienen que ser medidas con la realidad de los hechos urbanos si no queremos dar pie a graves distorsiones. Y esto debe hacerse en toda la gama de los lechos urbanos. En realidad, nosotros intentamos la aplicación por la extensión de resultados parciales a la historia de la ciudad.

En general, las historias de la ciudad resuelven los problemas más difíciles fragmentando los períodos entre sí e ignorando así, o no pudiendo captar, a través de resultados diversos que constituyen sin embargo la importancia del método comparativo, los caracteres universales y permanentes de las fuerzas de la dinámica urbana.

Los especialistas de la urbanística, obsesionados por algunas características sociológicas de la ciudad industrial, han descuidado una serie de hechos le extraordinaria importancia y que enriquecen la ciencia urbana con una contribución tan original como necesaria.

Me refiero a los asentamientos y a las ciudades de colonización iniciadas por Europa principalmente después del descubrimiento de América.

Sobre este asunto hay poca cosa; Freyre, por ejemplo, trata de la influencia de ciertas tipologías municipales y urbanas llevadas por los portugueses al Brasil y cómo estuvieron estructuralmente unidas al tipo de sociedad establecida en aquel país. La relación entre familia rural y latifundista de la colonización portuguesa en el Brasil, relacionada con la teocrática ideada por los jesuitas y con la española y francesa, tiene enorme importancia en la formación de la ciudad en Sudamérica.

Me he dado cuenta de que este tipo de estudio puede aportar una contribución fundamental al estudio mismo de las utopías urbanas y de la constitución de la ciudad, pero el material de que disponemos es aún demasiado fragmentario.

Por otra parte, los cambios políticos en los Estados modernos han demostrado que el esquema urbano se modifica muy lentamente en el paso de la ciudad capitalista a la socialista; y se no hace difícil imaginar concretamente la medida de esta modificación. También aquí es válida la relación que se ha establecido como los hechos lingüísticos.

He dividido este libro en cuatro partes; en la primera me ocupo de los problemas de descripción y de clasificación y, por lo tanto, de los problemas tipológicos; en la segunda, de la estructura de la ciudad por partes; en la tercera, de la arquitectura de la ciudad y del locus sobre el que ésta persiste y, por lo tanto, de la historia urbana; en la cuarta en fin, aludo a las principales cuestiones de la dinámica urbana y al problema de la política como elección.

Todos esos problemas se imbrican con la cuestión de la imagen urbana, de su arquitectura; esta imagen sitúa el valor del territorio vivido y construido por el hombre.

Esta cuestión siempre se ha impuesto en nuestros estudios por ser tan connatural con los problemas del hombre. Vidal de la Blanche ha escrito que « [...] los matorrales, los bosques, los campos cultivados, las zonas incultas se fijan en un conjunto inseparable, cuyo recuerdo el hombre lleva consigo». Este conjunto inseparable es la patria natural y artificial a la misma vez del hombre. También para la arquitectura es válida esta acepción de natural. Pienso en la definición de Milizia de la esencia de la arquitectura como imitación de la naturaleza: «[.. .] a la arquitectura le falta desde luego el modelo formado por la naturaleza; pero tiene otro formado por los hombres, siguiendo el trabajo primitivo al construir sus primeras habitaciones».

Por último, estoy convencido de que el esquema de teoría urbana presentado en este libro puede comprender más de un desarrollo, y que este desarrollo puede asumir acentos y direcciones imprevistos. Pero también estoy convencido de que este progreso en el conocimiento de la ciudad puede ser real y eficaz sólo si deja de reducir la ciudad a algunos de sus aspectos parciales perdiendo de vista su significado.

En este sentido también estoy convencido de que es necesario ocuparse de los estudios urbanos y de su organización en la escuela y en la investigación asegurándole la autonomía necesaria.

Este bosquejo mío de una teoría urbana fundamentada, como sea que se la quiera juzgar en su trazado y en su planteamiento, es el resultado no definitivo de una larga investigación y cree abrir el discurso sobre el desarrollo de esta investigación más bien que sobre los resultados conseguidos.

1

Estructura de los hechos urbanos

INDIVIDUALIDAD DE LOS HECHOS URBANOS.

Al describir una ciudad nos ocupamos preponderantemente de su forma; ésta es un dato concreto que se refiere a una experiencia concreta: Ate as, Roma, París.

Esa forma se resume en la arquitectura de la ciudad y por esta arquitectura es por lo que me ocuparé de los problemas de la ciudad. Ahora bien, por arquitectura de la ciudad se puede entender dos aspectos diferentes; en el primer caso es posible asemejar la ciudad a una gran manufactura, una obra de ingeniería y de arquitectura, más o menos grande, más o menos compleja, que crece en el tiempo; en el segundo caso podemos referimos a contornos más limitados de la propia ciudad, a hechos urbanos caracterizados por una arquitectura propia y, por ende, por una forma propia. En uno y otro caso nos damos cuenta de que la arquitectura no representa sino un aspecto de una realidad más compleja, de una estructura particular, pero al mismo tiempo, puesto que es el dato último verificable de esta realidad, constituye el punto de vista más concreto con el que enfrentarse al problema.

Si pensamos e¡ un hecho urbano determinado nos damos cuenta más fácilmente de eso, y de repente se nos presenta una serie de problemas que nacen de la observación de aquel hecho; por otra parte, tambíén entrevemos cuestiones menos claras, que se refieren a la cual dad, a la naturaleza singular de todo hecho urbano.

En todas las ciudades de Europa hay grandes palacios, o complejos edificatorios, o agregados que constituyen auténticas partes de ciudad y cuya función difícilmente es la originaria.

Tengo presente en este momento el Palazzo della Ragione de Padua.

Cuando visitamos un monumento de ese tipo quedamos sorprendidos por una serie de problemas íntimamente relacionados con él; y, sobre todo, quedamos impresionados por la pluralidad de funciones que un palacio de ese tipo puede contener y cómo esas funciones son, por así decir, completamente independientes de su forma y que sin embargo es esta forma la que queda impresa, la que vivimos y recorremos y la que a su vez estructura la ciudad.

¿Dónde empieza la individualidad de este palacio y de qué depende?

La individualidad d pende sin más de su forma más que de su materia, aunque ésta tenga en ello un papel importante; pero también depende del hecho de ser su forma compleja y organizada en el espacio y en el tiempo. Nos damos cuenta de que si el hecho arquitectónico que examinamos fuera, por ejemplo, construido recientemente no tendría el mismo valor; en este último caso su arquitectura sería quizá valorable en sí misma, podríamos hablar de su estilo y por lo tanto de su forma, pero no presentaría aún aquella riqueza de motivos con la que reconocemos un hecho urbano.

Algunos valores y algunas funciones originales han permanecido, otras han cambiado completamente; de algunos aspectos de la forma tenemos una certeza estilística mientras que otros sugieren aportaciones lejanas todos pensamos en los valores que han permanecido y tenemos que constatar que si bien éstos tenían conexión propia con la materia, y que éste es el único dato empírico del problema, sin embargo nos referimos a valores espirituales.

En este momento tendremos que hablar de la idea que tenemos hecha de este edificio, de la memoria más general de este edificio en cuanto producto de la colectividad; y de la relación que tenemos con la colectividad a través de él.

También sucede que mientras visitamos este palacio, y recorremos una ciudad tenemos experiencias diferentes, impresiones diferentes. Hay personas que detestan un lugar porque va unido a momentos nefastos de su vida, otros reconocen en un lugar un carácter fausto; también esas experiencias y la suma de esas experiencias constituyen la ciudad. En este sentido, si bien es extremadamente difícil por nuestra educación moderna, tenemos que reconocer una cualidad al espacio. Este era el sentido con que los antiguos consagraban un lugar, y éste presupone un tipo de análisis mucho más profundo que la simplificación que nos ofrecen algunos tests psicológicos relacionados sólo con la legibilidad de las formas.

Ha sido suficiente detenernos a considerar un solo hecho urbano para que una serie de cuestiones haya surgido ante nosotros; se pueden relacionar principalmente con algunos grandes temas como la individualidad, el locus, el diseño, la memoria; y con él se dibuja un tipo de conciencia de los hechos urbanos más completo y diverso que el que normalmente consideramos; tenemos que experimentar los elementos positivos.

Repito que quiero ocuparme aquí de lo positivo a través de la arquitectura de la ciudad, a través de la forma, porque ésta parece resumir el carácter total de los hechos urbanos, incluyendo su origen.

Por otra parte, la descripción de la forma constituye el conjunto de los datos empíricos de nuestro estudio y puede ser realizada mediante términos observativos; en parte, eso es todo lo que comprendemos por medio de la morfología urbana: la descripción de las formas de un hecho urbano; pero es sólo un momento, un instrumento. Se aproxima al conocimiento de la estructura pero no se identifica con ella. Todos los especialistas del estudio de la ciudad se han detenido ante la estructura de los hechos urbanos, declarando, sin embargo, que, además de los elementos catalogados, había l'áme de la cité; en otras palabras, habla la cualidad de los hechos urbanos. Los geógrafos franceses han elaborado así un importante sistema descriptivo pero no se han adentrado a intentar conquistar la última trinchera de su estudio: después de haber indicado que la ciudad se construye a si misma en su totalidad, y que ésta constituye la raison d'être de la misma ciudad, han dejado por explotar el significado de la estructura entrevista. No podían obrar de otra manera con las premisas de que hablan partido; todos estos estudios han rehusado un análisis de lo concreto que está en cada uno de los hechos urbanos.

LOS HECHOS URBANOS COMO OBRA DE ARTE.

Intentaré más adelante examinar estos estudios en sus líneas principales; ahora es necesario introducir una consideración fundamental y referirme a algunos autores que dirigen esta investigación.

Al plantear interrogantes sobre la individualidad y la estructura de un hecho urbano determinado se han planteado una serie de preguntas cuyo conjunto parece constituir un sistema capaz de analizar una obra de arte. Ahora bien, aunque toda la presente investigación sea llevada a fin de establecer la naturaleza de los hechos urbanos y su identificación, se puede declarar por de pronto que admitimos que en la naturaleza de los hechos urbanos hay algo que los hace muy semejantes, y no sólo metafóricamente, con la obra de arte; éstos son una construcción en la materia, y a pesar de la materia; son algo diferente: son condicionados pero también condicionantes.

Esta artisticidad de los hechos urbanos va muy unida a su cualidad, a su unicum; y, por lo tanto, a su análisis y a su definición. Esta cuestión es extremadamente compleja. Ahora bien, descuidando los aspectos psicológicos de la cuestión, creo que los hechos urbanos son complejos en sí mismos y que a nosotros nos es posible analizarlos pero difícilmente definirlos. La naturaleza de este problema me ha interesado siempre particularmente y estoy convencido de que está plenamente relacionada con la arquitectura de la ciudad.

Tomemos un hecho urbano cualquiera, un palacio, una calle, un barrio, y describámoslo; surgirán todas las dificultades que habíamos visto en las páginas precedentes cuando hablábamos del Palazzo della Ragione de Padua. Parte de estas dificultades dependerán también de la ambigüedad de nuestro lenguaje y parte de ellas podrán ser superadas, pero quedará siempre un tipo de experiencia posible sólo a quien haya recorrido aquel palacio, aquella calle, aquel barrio.

El concepto que pueda hacerse uno de un hecho urbano siempre será algo diferente del tipo de conocimiento de quien vive aquel mismo hecho.

Esas consideraciones pueden limitar de algún modo nuestra tarea; es posible que ésta consista principalmente en definir aquel hecho urbano desde el punto de vista de la manufactura.

En otras palabras, definir y clasificar una calle, una ciudad, una calle de la ciudad, el lugar de esta calle, su funcion, su arquitectura y sucesivamente los sistemas de calle posibles en la ciudad y otras muchas cosas.

Tendremos que ocuparnos, por lo tanto, de la geografia urbana, de la topografía urbana, de la arquitectura y de otras disciplinas. Aquí la cuestion ya no es facil, pero parece posible, y en los párrafos siguientes intentaremos llevar a cabo un análisis en este sentido. Ello significa, que generalmente, podremos establecer una geografia logica de la ciudad; esta geografia logica tendra que aplicarse esencialmente a los problemas del lenguaje, de la descripción, de la clasificacion.

Cuestiones fundamentales, como las tipologias, aun no han sido objeto de un trabajo sistematico serio en el campo de las ciencias urbanas. En la base de las clasificaciones existentes hay demasiadas hipótesis no verificadas, y por lo tanto necesariamente son generalizaciones carentes de sentido.

Pero en las ciencias mencionadas estamos asistiendo a un tipo de análisis mas vasto, mas concreto y mas completo de los hechos urbanos, que considera la ciudad como “lo humano por excelencia”, que considera quiza tambien aquellas cosas que solo se pueden aprehender viviendo concretamente determinado hecho urbano.

Esta concepción de la ciudad o, mejor, de los hechos urbanos como obra de arte se ha cruzado con el estudio de la ciudad misma; y en forma de intuiciones y descripciones diversas la podemos reconocer en los artistas de todas las epocas y en muchas manifestaciones de la vida social y religiosa; y en este sentido siempre va ligada a un lugar preciso, un acontecimiento y una forma en la ciudad.

La cuestion de la ciudad como obra de arte ha sido planteada, sin embargo, explícitamente y de manera científica sobre todo a traves de la concepción de la naturaleza de los hechos colectivos, y tengo para mi cualquier investigación urbana no puede ignorar este aspecto del problema. ¿Cómo son relacionables los hechos urbanos con las obras de arte? Todas las grandes manifestaciones de la vida social tienen en comun con la obra de arte el hecho de nacer de la vida inconsciente; a un nivel colectivo en el primer caso, individual en el segundo; pero la diferencia es secundaria, porque unas son producidas por el publico, las otras para el publico; y es precisamente el publico quien les proporciona un denominador comun.

Con este planteamiento, Levi-Strauss ha situado la ciudad en el ambito de una temática rica en desarrollos imprevistos. Tambien ha notado que, mas que las otras obras de arte, la ciudad esta entre el elemento natural y el artificial, objeto de naturaleza y sujeto de cultura.

Este análisis habia sido avanzado tambien por Maurice Halbwachs cuando vio en las características de la imaginación y de la memoria colectiva el carácter tipico de los hechos urbanos.

Estos estudios sobre la ciudad captada en su complejidad estructural tienen un precedente, si bien inesperado y poco conocido, en Carlo Cattaneo. Cattaneo nunca ha planteado explícitamente la cuestion de la artisticidad de los hechos urbanos, pero la estrecha conexión que tienen en su pensamiento las ciencias y las artes, como aspectos del desarrollo de la mente humana en lo concreto, hacen posible este acercamiento. Me ocupara mas delante de su concepción de la ciudad como principio ideal de la historia, del vinculo entre el campo y la ciudad y otras cuestiones de su pensamiento relativas a los hechos urbanos. Aquí interesa ver como se enfrenta con la ciudad; Cattaneo nunca hara distinción entre ciudad y campo en cuanto que todo el conjunto de los lugares habitados es obra del hombre. “[...] toda region se distingue de las salvajes en eso, en que es un inmenso deposito de fatigas [...]. Aquella tierra, pues, no es obra de la naturaleza; es obra maestra de nuestras manos, es una patria artificial”.

La ciudad y la region, la tierra agrícola y los bosques se convierten en la cosa humana porque son un inmenso deposito de fatigas, son obra de nuestras manos, pero en cuanto patria artificial y cosa construida pueden tambien atestiguar valores, son permanencia y memoria. La ciudad no es en su historia.

Por ello la relacion entre el lugar y los hombres, y la obra de arte que es el hecho ultimo, esencialmente decisivo, que conforma y dirige la evolucion según una finalidad estetica, nos imponen un modo complejo de estudiar la ciudad.

Y, naturalmente, tendremos que tener tambien en cuenta como los hombres se orientan en la ciudad, la evolucion y formación de su sentido del espacio; esta parte constituye, a mi parecer, el sector mas importante de algunos recientes estudios norteamericanos y en

particular de la investigación de Kevin Lynch; es decir, la parte relativa a la concepción del espacio basada en gran parte sobre los estudios de antropología y en las características urbanas. Observaciones de este tipo habian sido avanzadas tambien por Max Sorre sobre un material análogo: y particularmente sobre observaciones de Mauss de la correspondencia entre los nombres de los grupos y los nombres de los lugares en los esquimales. Sera util posiblemente volver sobre estos asuntos; por ahora todas estas cosas nos sirven solo como introducción a la investigación, y tendremos que volver a ello solo cuando hayamos tomado en consideración un numero mayor de aspectos del hecho urbano hasta intentar comprender la ciudad como una gran representación de la condicion humana.

Intento leer aquí esa representación a traves de su escena fija y profunda: la arquitectura. A veces me pregunto como puede ser que nunca se haya analizado la arquitectura por ese su valor mas profundo; de cosa humana que forma la realidad y conforma la materia según una concepción estetica. Y asi, es ella misma no solo el lugar de la condicion humana, sino una parte misma de esa condicion; que se representa en la ciudad y en sus monumentos, en los barrios, en las casas, en todos los hechos urbanos que emergen del espacio habitado. Desde esta escena los teorico se han adentrado en la estructura urbana siempre intentando percibir cuales eran los puntos fijos, los verdaderos nudos estructurales de la ciudad, aquellos puntos en donde se realizaba la accion de la razon.

Vuelvo ahora a la hipótesis de la ciudad como manufactura, como obra de arquitectura o de ingeniería que crece en el tiempo; es una de las hipótesis más seguras con las que podemos trabajar.

Contra muchas mistificaciones quizá valga aún el sentido dado a la investigación por Camillo Sitte cuando buscaba leyes en la construcción de la ciudad que prescindieran de los solos hechos técnicos y se diera cuenta plenamente de la «belleza» del esquema urbano, de la forma tal como viene leída: [...] Tenemos hoy tres sistemas principales de construir la ciudad: el sistema ortogonal, el sistema radial, y el circular. Las variantes resultan generalmente de la fusión de los tres métodos. Todos estos sistemas tienen un valor artístico nulo; su único objetivo es el de la reglamentacion de la red viaria; es, pues, un objetivo puramente técnico. Una red viaria sirve únicamente para la circulación, no es una obra de arte, porque no es captada por los sentidos y no puede ser abarcada de una sola vez sino sobre el plano. Por ello es por lo que en las páginas precedentes no habíamos nunca sacado a relucir la red viaria; ni hablando de Atenas ni de la antigua Roma, ni de Venecia o de Nuremberg. Desde el lado artístico nos es, ni más ni menos, indiferente. Sólo es artísticamente importante lo que puede ser abarcado con la vista, lo que puede ser visto; así pues, la calle concreta, la plaza concreta”. La cita de Sitte es importante por su empirismo; y hasta, a mi parecer, puede ser relacionada con ciertas experiencias norteamericanas de las que hablábamos más arriba; en donde la artisticidad se puede leer como figurabilidad. He dicho que la lección de Sitte puede valer contra muchas mistificaciones; y es indudable. Se refiere a la técnica de la construcción urbana; sin embargo, habrá en ella siempre el momento, concreto, del diseño de una plaza y un principio de transmisión lógica, de enseñanza, de este diseño.

Y los modelos serán siempre, pues, al menos de algún modo, la calle concreta, la plaza concreta.

Pero por otra parte la lección de Sítte contiene también un gran equívoco; que la ciudad como obra de arte sea reducible a algún episodio artístico o a su legibilidad y no finalmente a su experiencia concreta. Creemos, al contrario, que el todo es más

importante que cada una de las partes; y que solamente en su totalidad el hecho urbano, por lo tanto también el sistema viario y la topografía urbana hasta las cosas que se pueden aprender paseando de un lado para otro de una calle, constituyen esta totalidad. Naturalmente, como me dispongo a hacer, tendremos que examinar esa arquitectura total por partes.

Empezaré, pues, por un asunto que abre el camino al problema de la clasificación; es el de la tipología de los edificios y de su relación con la ciudad. Relación que constituye la hipótesis de fondo de este libro y que analizaré desde varios puntos de vista considerando siempre Los edificios como monumentos y partes del todo que es la ciudad.

Esta posición era clara para los teóricos de arquitectura de la Ilustración. En sus lecciones en la Escuela Politécnica, Durand escribía: «De méme que les murs, les colonnes, etc., sont les éléments dont se composent les édifices, de méme les édifices sont les éléments dont se composent les villes».

CUESTIONES TIPOLÓGICAS.

La concepción de los hechos urbanos como obra de arte abre el camino al estudio de todos aquellos aspectos que iluminan la estructura de la ciudad.

La ciudad, como cosa humana por excelencia, está constituida por su arquitectura y por todas aquellas obras que constituyen el modo real de transformación de la naturaleza.

Los hombres de la edad del bronce adaptaron el paisaje a la necesidad social construyendo manzanas artificiales de ladrillos y excavando pozos, acequias, cursos de agua. Las primeras casas aíslan a los habitan. es del ambiente externo y les proporcionan un clima controlado por el hombre; el desarrollo del núcleo urbano extiende la tentativa de este control a la creación y a la extensión de un microclima. Ya en los poblados neolíticos hay la primera transformación del mundo a la necesidad del hombre. La patria artificial es, pues, tan antigua como el hombre.

En el mismo sentido de esas transformaciones se constituyen las primeras formas y los primeros tipos de habitación; y los templos y los edificios más complejos. El tipo se va constituyendo, pues, según la necesidad y según la aspiración de belleza; único y sin embargo variadisimo en sociedades diferentes y unido a la forma y al modo de vida.

Es lógico, por lo tanto, que el concepto de tipo se constituya como fundamento dc la arquitectura y vaya repitiéndose tanto en la práctica como en los tratados.

Sostengo, consiguientemente, la importancia de las cuestiones tipológicas; importantes cuestiones tipológicas siempre han recorrido la historia de la arquitectura y se plantean normalmente cuando nos enfrentaros con problemas urbanos. Tratadistas como Milizia nunca definen el tipo, pero afirmaciones como la siguiente pueden ser contenidas en este concepto: «La comodidad de cualquier edificio comprende tres objetos principales: su situación, su forma, la distribución de sus partes».

Pienso, pues, en un concepto de tipo como en algo permanente y complejo, un enunciado lógico que se antepone a la forma y que la constituye.

Uno de los mayores teóricos de la arquitectura, Quatremére de Quincy, comprendio la gran importancia de este problema y dio una definición magistral de tipo y de modelo.

[....] La palabra tipo o representa tanto la imagen de una cosa que copiar o que imitar perfectamente cuanto la idea de un elemento que debe servir de regla al modelo [...]. El modelo entendido según la ejecución práctica del arte es un objeto que tiene que repetirse tal cual es; el tipo es, por el contrario, un objeto segun el cual nadie puede concebir obras que no se asemejen en absoluto entre ellas. Todo es preciso y dado en el modelo; todo es más o menos vago ex el tipo. Así, vemos que la imitación de los tipos nada tiene que el sentimiento o el espíritu no puedan reconocer.

[...] En todas partes el arte de fabricar regularmente ha nacido de un germen preexistente. En todo es necesario un antecedente; nada en ningún género viene de la nada y esto no puede dejar de aplicarse a todas las invenciones de los hombres. Así, vemos que todas, a despecho de los cambios posteriores, han conservado siempre claro, siempre manifiesto al sentimiento y a la razón su principio elemental. Es como un especie de núcleo en torno al cual se han aglomerado y coordinado a continuación los desarrollos y las variaciones de forma, de los que era susceptible el objeto. Por ello nos han llegado mil cosas de todos los géneros, y una de las principales ocupaciones de la ciencia y la filosofía para captar su razón de ser es investigar su origen y su causa

primitiva. Eso es a lo que hay que llamar tipo en arquitectura, como en cualquier otra rama de las invenciones y de las instituciones humanas.

Nos hemos dejado llevar a esta discusión para dar a comprender el valor de la palabra tipo tomado metafóricamente en una cantidad de obras y el error de aquellos que, o lo desconocen porque no es modelo, o lo desnaturalizan imponiéndole el rigor de un modelo que implicaría las condiciones de copia idéntica.

En la primera parte de la proposición, el autor descarta la posibilidad de algo que imitar o copiar porque en este caso no habría, como afirma a segunda parte de la proposición, «la creación de un modelo», es decir, no se haría arquitectura.

La segunda proposición afirma que en la arquitectura (modelo o forma) hay un elemento que tiene su propio papel; por lo tanto, no algo a lo que el objeto arquitectónico se ha adecuado en su conformación, sin algo que está presente en el modelo. Esa, de hecho, es la regla, el modo constitutivo de la arquitectura.

En términos lógicos se puede decir que este algo es una constante. Un argumento de ese tipo presupone concebir el hecho urbano arquitectónico como una estructura; una estructura que se revela y es conocible en el hecho mismo.

Si este algo, que podemos llamar el elemento típico o simplemente el tipo, es mas constante, entonces es posible reencontrarlo en todos los hechos arquitectónicos. Es, pues, también un elemento cultural y amo tal puede ser buscado en los diversos hechos arquitectónicos; la tipología se convierte así ampliamente en el momento analitico de la arquitectura, es aún mejor individualizable a nivel de los hechos urbanos.

La tipología se presenta, por consiguiente, como el estudio de los tipos no reducibles ulteriormente de los elementos urbanos, de una ciudad como le una arquitectura. La cuestión de las ciudades monocéntricas y de los edificios centrales o lo que sea, es una cuestión tipológica específica. Ningún tipo se identifica con una forma, si bien todas las formas arquitectónicas son remisibles a tipos.

Este proceso de reducción es una operación lógica necesaria, y no es posible hablar de problemas de forma ignorando estos presupuestos. En este sentido todos los tratados de arquitectura son también tratados de tipología, y en el proyectar es difícil distinguir los dos momentos.

El tipo es, pues constante y se presenta con caracteres de necesidad; pero aun siendo determinados, éstos reaccionan dialécticamente con la técnica, con las funciones, con el estilo, con el carácter colectivo y el momento individual del hecho arquitectónico.

Es sabido que la planta central es un tipo determinado y constante, por ejemplo, en la arquitectura religiosa; pero con esto cada vez que se hace la elección de una planta central se crean motivos dialécticos con la arquitectura de aquella iglesia, con sus funciones, con la técnica de la construcción y finalmente con la colectividad que participa de la vida de esta iglesia.

Tiendo a creer que los tipos del edificio de vivienda no han cambiado desde la Antigúedad a hoy, pero esto no significa sostener completamente que no haya cambiado el modo concreto de vivir desde la Antiguedad a hoy y que no siga habiendo nuevos posibles modos de vivir.

La casa con corredor interior es un esquema antiguo y presente en todas las casas urbanas que queramos analizar; un pasillo que da acceso a las habitaciones es un

esquema necesario, pero son tantas y tales las variedades entre cada casa en cada época que realizan ese tipo que presentan entre ellas enormes diferencias.

Por último, podernos decir que el tipo es la idea misma de la arquitectura; lo que está más cerca de su esencia. Y por ello, lo que, no obstante cualquier cambio, siempre se ha impuesto «al sentimiento y a la razón», como el principio de la arquitectura y de la ciudad.

El problema de la tipología nunca ha sido tratado de forma sistemática y con la amplitud que es necesaria; hoy esto está surgiendo en las escuelas de arquitectura y llevará a buenos resultados. Desde luego, estoy convencido de que los arquitectos mismos, si quieren ampliar y fundamentar su propio trabajo, tendrán que ocuparse nuevamente de asuntos de esa especie.

No me es posible aquí ocuparme más de ese problema.

Afirmemos que la tipología es la idea de un elemento que tiene un papel propio en la constitución de la forma, y que es una constante. Se tratará de ver las modalidades con las que ello acaece y subordinadamente el valor efectivo de este papel.

Ciertamente, todos los estudios que poseemos en este campo, salvo pocas excepciones en intentos actuales de superación, no se han planteado con mucha atención este problema.

Siempre lo han eludido y pospuesto buscando en seguida alguna otra cosa; esta cosa es la función. Puesto que esta cuestión de la función es absolutamente preeminente en el campo de nuestros estudios, intentaré ver cómo ha emergido en los estudios relativos a la ciudad y a os hechos urbanos en general y cómo ha evolucionado.

Podemos decir, por de pronto, que ha sido planteada, y éste es el primer paso que debe realizarse, en el momento en que se nos ha planteado el problema de la descripción y de la clasificación.

Ahora bien, las clasificaciones existentes no han ido, la mayoría, más allá del problema de la función.

CRÍTICA AL FUNCIONALISMO INGENUO.

Al enfrentamos con un hecho urbano habíamos indicado las cuestiones principales que surgen; entre ellas la individualidad, del locus, la memoria, el diseño mismo. No nos hemos referido a la función.

Creo que la explicación de los hechos urbanos mediante su función ha de ser rechazada cuando trate de ilustrar su constitución y su conformación; expondremos ejemplos de dichos hechos urbanos preeminentes en los que la función ha cambiado en el tiempo o sencillamente en los que no hay una función específica. Es, pues, evidente que una de las tesis de este estudio, que quiere afirmar los valores de la arquitectura en el estudio de la ciudad, es la de negar esta explicación mediante la función de todos los hechos urbanos; así, sostengo que esta explicación en vez de ser ilustrativa es regresiva porque impide estudiar las formas y conocer el mundo de la arquitectura según sus verdaderas leyes.

Nos apresuramos a decir que ello no significa rechazar el concepto de función en su sentido más propio; lo algebraico implica que los valores son conocibles uno en función de otro y que entre las funciones y las formas intenta establecer relaciones más complejas que las lineales, de causa y efecto que son desmentidas por la realidad.

Rechazamos aquí precisamente esta última concepción del funcionalismo inspirada en un ingenuo empirismo según el cual las funciones asumen la forma y constituyen unívocamente el hecho urbano y la arquitectura

Un tal concepto de unción, tomado de la fisiología, asimila la forma a un órgano para el cual las funciones son las que justifican su formación y s desarrollo y las alteraciones de la función implican una alteración de la forma. Funcionalismo y organicismo, las dos corrientes principales que han recorrido la arquitectura moderna, muestran as la raíz común y la causa de su debilidad y de su equívoco fundamental.

La forma viene asi despojada de sus más complejas motivaciones; por un lado e tipo se reduce a un mero esquema distributivo, un diagrama c los recorridos, por otro lado la arquitectura no posee ningún valor autónomo.

La intencionalidad estética y la necesidad que presiden los hechos urbanos y establecen sus complejas relaciones no pueden ser analizadas con ulterioridad.

Aunque el funcionalismo tenga orígenes más lejanos, ha sido anunciado y aplicado claramente por Malinowski; este autor hace una referencia explícita también a la manufactura, al objeto, a la casa. «Tomemos la vivienda humana; ahí también la función integral del objeto tiene que ser tenida en cuenta cuando se estudian las varias fases de su construcción tecnológica y los elementos de su estructura.» De un planteamiento de ese tipo se desciende fácilmente a la consideración sólo de los motivos por los cuales la manufactura, el objeto, la casa sirven. La pregunta «¿para qué sirven?» acaba dando lugar a una simple justificación que obstaculiza un análisis de lo real.

Este concepto de la función es recogido después por todo el pensamiento arquitectónico y urbanístico, y particularmente en el ámbito de la geografia, hasta caracterizar, como se ha visto. por medio del funcionalismo y del organicismo, gran parte de la arquitectura moderna.

En la clasificación de las ciudades ello llega a ser preponderante con respecto al paisaje urbano y a la forma; aunque muchos autores expongan dudas sobre la validez y la

exactitud de una clasificación de este tipo creen que no hay otra alternativa concreta para una clasificación eficaz. Así, Chabot, después de haber declarado la imposibilidad de dar una definición precisa de la ciudad porque en su interior siempre hay un residuo imposible de discernir de modo precio, establece luego funciones, aunque en seguida declara su insuficiencia.

La ciudad como aglomeración es explicada propiamente sobre la base de las funcion es que aquellos hombres querían ejercer; la función de una ciudad se convierte en su raison d'étre y en esa forma se revela. En muchos casos el estudio de la morfología se reduce a un mero estudio de la función.

Establecido el concepto de función, de hecho, se llega inmediatamente a la posibilidad de una clasificacion evidente; ciudades comerciales, culturales, industriales, militares, etc....

Si bien la crítica presentada aquí al concepto de función es más general, resulta oportuno precisar que, en el interior de este sistema, surge ya una dificultad al establecer el papel de la función comercial. De hecho, tal como ha sido expuesta, esta explicación del concepto de clasificación por funciones resulta demasiado simplificada; supone un valor idéntico para todas las atribuciones de función, lo cual no es verdad.

Una función principal y relevante es, en efecto, la comercial. Esta función del comercio y de los tráficos comerciales es en realidad el fundamento, en términos de producción, de una explicación «económica» de la ciudad que partiendo de la formulación clásica de Max Weber ha tenido un desarrollo particular y en la que nos detendremos más adelante.

Es lógico imaginar que, aceptada la clasificación de la ciudad por funciones, la función comercial, en su constitución y en su continuidad, se presente como la más convincente para explicar la multiplicidad de los hechos urbanos; y para relacionarla con las teorías de carácter económico sobre la ciudad.

Pero justamente el atribuir un valor diferente a cada función nos lleva a no reconocer validez al funcionalismo ingenuo; en realidad, aun desarrollado en este sentido, acabarla por contradecir su hipótesis de principio. Por otra parte, si los hechos urbanos pudiesen continuamente renovarse a través del simple establecimiento de nuevas funciones, los valores mismos de la estructura urbana, puestos de relieve por su arquitectura, estarían disponibles continua y fácilmente; la permanencia misma de los edificios y de las formas no tendría ningún significado y el mismo valor de transmisión de determinada cultura de la que la ciudad es un elemento sería puesto en crisis. Pero todo esto no corresponde a la realidad.

La teoría del funcionalismo ingenuo es, sin embargo, muy cómoda para las clasificaciones elementales, y resulta difícil ver cómo puede ser sustituida a este nivel; se puede, pues, proponer mantenerla en cierto orden, como mero hecho instrumental, pero sin pretender recabar de este mismo orden la explicación de los hechos más complejos.

Piénsese en la definición que hemos intentado avanzar del tipo en los hechos urbanos y arquitectónicos sobre la guía del pensamiento ilustrado; con esta definición de tipo se puede proceder a una clasificación correcta de los hechos urbanos y en última instancia también a una clasificación por funciones cuando éstas constituyan uno de los momentos de la definición general. Si, al partimos de una clasificación por funciones, tenemos que admitir el tipo de modo completamente diferente; de hecho si

consideramos como lo más importante la función debemos entender el tipo como el modelo organizador de esta función.

PROBLEMA DE CLASIFICACIÓN.

Al exponer la teoría funcionalista, he acentuado más o menos voluntariamente aquellos aspectos que dan a esta interpretación una forma de preeminencia y de seguridad. Ello es debido también al hecho de que el funcionalismo ha tenido particular fortuna en el mundo de la arquitectura y todos los que han sido educados en esta disciplina en los últimos cincuenta años pueden deshacerse de él con dificultad. Tendríamos que indagar cómo ha determinado realmente la arquitectura moderna, obstaculizando, aun hoy, su evolución progresiva: pero ése no es el objetivo que me propongo.

Creo necesario, en cambio, detenerme en otras interpretaciones del campo de la arquitectura y de la ciudad que constituyen los fundamentos para la tesis expuesta aquí.

Las teorías en las que me detengo se relacionan con la geografía social de Tricart, con la teoría de las persistencias de Marcel Poéte, con la teoría ilustrada y particularmente con la obra de Milizia.

Todas esas teorías me interesan principalmente porque se fundan en una lectura continua de la ciudad y de la arquitectura sobrentendiendo una teoría general de los hechos urbanos.

Para Tricart la base de la lectura de la ciudad es el contenido social; el estudio del contenido social debe proceder en primer lugar de la descripción de los factores geográficos que dan al paisaje urbano su significado. Los hechos sociales, en cuanto se presentan precisamente como contenido, preceden a las formas y las funciones y por así decirlo las comprenden.

Es objeto de la geografía humana estudiar las estructuras de la ciudad en conexión con la forma del lugar en el que ésta se manifiesta; se trata, pues, de un estudio sociológico en términos de localización.

Pero para proceder al análisis del lugar es necesario establecer a priori los límites dentro de los que viene definido. Tricart establece así tres órdenes o tres escalas diversas:

La escala de la calle que comprende las construcciones y los espacios no construidos que la circundan.

La escala del barrio que está constituido por un conjunto de manzanas con características comunes

La escala de toda la ciudad considerada como un conjunto de barrios.

El principio. que hace relacionables y homogéneas esas cantidades es el contenido social que presentan.

Intentaré ahora, desde la aserción de Tricart, desarrollar principalmente un tipo de análisis urbano que, en coherencia con esas premisas, se desenvuelve en dirección topográfica y que reviste a mi parecer gran importancia.

Antes de exponer esto, sin embargo, conviene hacer una objeción fundamental sobre las escalas de estudio de las partes en que divide la ciudad. El que los hechos urbanos sean estudiados únicamente sobre un principio de localización lo podemos admitir sin más, pero la objeción es de otra naturaleza. En realidad, lo que no podemos admitir es que haya escalas diversas y que las localizaciones se interpreten de alguna manera por su

escala o por su extensión; todo lo más podremos admitir que esto sirva desde un punto de vista didactico, o al objeto de una investigación práctica, pero implica un concepto que no se puede aceptar.

Este concepto tiene relación con la cualidad de los hechos urbanos.

Sin embargo, no sostenemos simplemente que no haya diversas escalas de estudio, sino que es inconcebible pensar que los hechos urbanos cambian de alguna manera a causa de su dimensión.

Aceptar la tesis contraria significaría, como se sostiene en muchas partes, aceptar el principio de la ciudad que se modifica extendiéndose o que os hechos urbanos en si son diferentes por la dimensión en la cual se producen.

Conviene aquí citar a Ratcliff: "[...] Querer considerar los problemas de la mala distribución de las localizaciones sólo en el contexto metropolitan 3 quiere decir alentar la afirmación popular pero falsa de que se trata de problemas de dimensión. Podemos observar tales problemas, en diversas escalas, en los pueblos, en las poblaciones, en las ciudades, en las metrópolis, porque las fuerzas dinámicas del urbanismo son vitales donde sea que los hombres y las cosas se encuentren en densidad y el organismo humano está sujeto a las mismas leyes naturales y sociales independientemente de la dimensión.

"Relegar los problemas de la ciudad a un problema de dimensión quiere decir entender que las soluciones están en la proyección al exterior del proceso de crecimiento, es decir, en la descentralización; tesis solución son ambos controvertidos».

Uno de los elementos fundamentales del paisaje urbano a escala de la calle está constituido por los inmuebles de vivienda y por la estructura de la propiedad territorial urbana; hablo de inmueble de vivienda y no de casa porque la definición es mucho más precisa en las diversas lenguas europeas.

El inmueble es, en efecto, una parcela catastral en la que la ocupación principal del suelo está constituida por superficies construidas.

En el inmueble de vivienda la ocupación sirve en gran parte para residencia (hablar de inmuebles especializados y de inmuebles mixtos es, pues, una división importante pero no suficiente).

Si intentamos clasificar estos inmuebles, podemos partir de consideraciones planimetricas. Así tendremos:

- casas de bloque circundadas de espacio libre;
- casas de bloque unidas las unas a las otras haciendo fachada sobre la calle y constituyendo una cortina continua paralela a dicha calle;
- casas de bloque en profundidad que ocupan el suelo de manera casi completa;
- casas de patio cerrado con jardín y pequeñas construcciones interiores.

Un análisis de este tipo, se ha dicho, puede considerarse descriptivo, geométrico o topográfico. Podemos llevarlo adelante y conocer otros datos interesantes relacionados con esta clasificación en lo que respecta al ocupamiento técnico, a los datos estadísticos, a la relación superficie construida-superficie verde, etc.

Estos tipos de cuestiones que nacen de nuestros datos pueden ser relacionados con algunos filones principales, que son, de manera general, los relativos a:

los datos racionales;

la influencia de la estructura de propiedad territorial y los datos económico;

las influencias histórico-sociales.

De importancia particular es el conocimiento de la estructura de la propiedad territorial y de las cuestiones económicas; estos hechos están después ligados íntimamente a la que habíamos llamado influencia histórico-social.

Para darse mejor cuenta de las ventajas de la aplicación de un análisis de este tipo examinaremos en la segunda parte de este libro el problema de la residencia y el problema del barrio.

Llevemos adelante hora, para aclarar el análisis propuesto aquí, aunque sea sumamente, el segundo punto, el relativo a la estructura de la propiedad territorial y a los datos económicos.

La forma de las parcelas de una ciudad, su formación, su evolución, representa la larga historia de la propiedad urbana y la historia de las clases profundamente unidas a la ciudad; Tricart ha dicho muy lúcidamente que el análisis del contraste en el trazado de las parcelas confirma la existencia de la lucha de clases.

La modificación de la estructura territorial urbana que podemos seguir con absoluta precisión a través de los mapas históricos catastrales indica el surgimiento de la burguesía urbana y el fenómeno de la concentración progresiva del capital.

Un criterio de este tipo aplicado a una ciudad con un ciclo de vida extraordinaria como la antigua Roma nos ofrece resultados de una claridad paradigmática; desde la ciudad de tipo agrario a la formación de los grandes espacios públicos de la edad imperial y al consiguiente paso de la casa de patio republicana a la formación de las grandes insulae de la plebe. Las enormes parcelas que constituyen las insulae con una concepción extraordinaria de la casa-barrio, anticipan los conceptos de la moderna ciudad capitalista y de su división espacial. Y nos muestran también su disfunción y sus contradicciones.

He aquí entonces que los inmuebles que en primer lugar habíamos puesto de relieve topográficamente, a la luz de un análisis topográfico, vistos desde el ángulo económico-social nos ofrecen otras posibles clasificaciones.

Podemos distinguir:

casa extracapitalista, constituida por el propietario sin fines de lucro;

casa capitalista, forma de renta urbana destinada a ser alquilada, en la que todo está subordinado a la renta. Esta casa puede ser destinada u ricos y a pobres. Pero en el primer caso por la evolución de las necesidades la casa se desclasa rápidamente con la alternancia social. Esta alternancia social en el interior de cada casa crea las zonas blighfed o degradadas que constituyen uno de los problemas más típicos de la moderna ciudad capitalista, y como tales son particularmente estudiados sobre todo en Estados Unidos, donde son más sobresalientes que entre nosotros;

casa paracapitalista para una familia con un piso en alquíler;

casa socialista. Es el nuevo tipo de construcción que aparece en los países socialistas donde no existe ya la propiedad privada del suelo, o en paises de democracia avanzada. Uno de los primeros ejemplos en Europa se puede hacer remontar a las casas construidas por el municipio de Viena en la primera posguerra.

La hipótesis del análisis del contenido social, aplicado con atención particular a la población urbana, se desarrolla así hasta damos un conocimiento más completo de la ciudad; se trata de avanzar por ulteriores interrogantes de manera que algunos hechos elementales puedan ordenarse a través del análisis hasta componer hechos más generales.

También la forma de los hechos urbanos toma un interpretación bastante convincente por medio del contenido social; en él hay motivos y razones que tienen un gran papel en la estructura

La obra de Marcel Poéte es sin duda una de las más modernas desde el punto de vista científico del estudio de la ciudad. Poéte se ocupa de los hechos urbanos en cuanto indicativos de las condiciones del organismo urbano; ellos constituyen un dato preciso, verificable, en la ciudad existente. Pero su razón de ser es su continuidad; a las noticias históricas es necesario añadir las geográficas, las económicas, estadísticas, pero es el conocimiento del pasado lo que constituye el término de confrontación y la medida para el porvenir.

Este conocimiento se encuentra, pues, en el estudio de los planos de la ciudad; los cuales poseen características formales precisas; la dirección de sus calles puede ser derecha, sinuosa, curva. Pero también la línea general de la ciudad tiene un significado propio y la identidad de existencias tiende naturalmente a expresarse con construcciones que, más allá de diferencias concretas, presentan afinidades innegables. En la arquitectura urbana se establece una relación más o menos evidente entre la forma de las cosas a través de las épocas. A través de la variación de las épocas y las civilizaciones es posible, pues, constatar una permanencia de motivos que asegura una relativa unidad en la expresión urbana. De aquí se desarrollan las relaciones entre la ciudad y el territorio; relaciones que son analizables positivamente por el valor de la calle. La calle adquiere así gran importancia en el análisis de Poéte; porque la ciudad nace en un lugar dado, pero es la calle lo que la mantiene viva. Asociar el destino de la ciudad a las vías de comunicación es una regla fundamental de método.

En este estudio de la relación entre calle y ciudad, Poéte llega a resultados extremadamente importantes; para determinada ciudad se puede establecer una clasificación de las calles que debe ser reflejada por el mapa del territorio. Y es necesario también caracterizarlo con arreglo a la naturaleza de los intercambios que se efectúan en el a, los intercambios culturales al igual que los comerciales. Así repite la observación de Estrabón a propósito de las ciudades umbras a lo largo de la vía Flaminia, cuyo desarrollo resulta explicado más bien porque se encuentran situadas a lo largo de aquella va que por cualquier importancia particular».

De la calle, el análisis pasa al suelo urbano, y el suelo urbano es un dato natural pero también una obra civil, está relacionado con la composicion de la ciudad. En la composición urbana todo debe expresar con la mayor adhesión posible la vida misma de aquel organismo colectivo que es la ciudad. En la base de este urbanismo está la persistencia del plano.

El concepto e: la persistencia es fundamental en la teoría de Poéte; informa á el análisis de Lavedan, que por su unión de elementos extraído de la geografía y de la historia de la

arquitectura se puede considerar uno de los más completos de que disponemos. En U vedan la persistencia se convierte en la generatriz del plano; esta generatriz es el objetivo principal de la investigación urbana porque, con su comprensión, es posible remontarnos a la formación espacial de la ciudad; en la generatriz está comprendido el concepto de persistencia que se extiende también a los edificios físicos, a las calles, a los monumentos urbanos.

Juntamente con las de algunos geógrafos que he citado como Chabot y Tricart, la de Poéte y la de Lavedan están entre las contribuciones más altos de la escuela francesa a la teoría urbana.

La contribución del pensamiento ilustrado a una teoría fundada de los hechos urbanos merecería una investigación especial. En primer lugar, lo tratadistas del siglo XVIII intentan establecer principios de arquitectura que puedan ser desarrollados sobre bases lógicas, en cien sentido sin trazado; el tratado viene a constituirse como una serie de proposiciones derivables una de la otra. En segundo lugar, cada elemento viene siempre concebido como parte de un sistema y este sistema es la ciudad; y es por consiguiente la ciudad lo que confiere criterios de necesidad y de realidad a cada arquitectura. En tercer lugar, distinguían la forma, aspecto último de u estructura, del momento analítico de ésta; así la forma tiene una persistencia propia (clásica) que no está reducida al momento lógico.

Sobre el segundo punto se podría discutir largamente, pero sería necesaria una mayor documentación; verdad es que mientras ello comprende la ciudad existente postula la ciudad nueva, y la relación entre la construción de un hecho y su entorno es inseparable.

Voltaire, en el análisis del grand siécle, ya había indicado como límite de aquellas arquitecturas su desinterés respecto a la ciudad, en tanto que la obligación de toda construcción era la de ponerse en relación directa ron la ciudad. La explicitación de estos conceptos se tiene con los planos y los proyectos napoleónicos que representan uno de los momentos de mayor equilibrio de la historia urbana.

Ahora intentaré ver, basándome en los tres puntos expuestos, los criterios principales; proporcionados por la teoría de Milizia como ejemplo de un tratadista de la arquitectura que se ha situado dentro de las teoría de los hechos urbanos.

La clasificación propuesta por Milizia, el cual trata precisamente de los edificios y de la ciudad a un mismo tiempo, distingue los edificios urbanos e u privados y públicos, entendiendo por los primeros las viviendas y por los segundos los elementos principales que yo llamaré primarios. Además, Milizia pone estos agrupamientos como clases, o cual le permite hacer distinciones en la clase considerada precisando todo elemento como edificio tipo en una función general, mejor dicho, en una idea general de la ciudad.

Por ejemplo, en la primera clase hay palacios y casas; en la segunda, edificios de seguridad, utilidad pública, mercados, etc. En los edificios de utilidad pública se distinguen después las universidades, las bibliotecas, etc.

El análisis que se realiza se refiere, pues, en principio, a la clase (pública y privada); en segundo lugar, a la situación del elemento en la ciudad, y, finalmente, a la forma y a la distribución del edificio. «[...] La mayor comodidad pública requiere que estos edificios [de utilidad publica] estén situados no muy lejos del centro de la ciudad, y distribuidos en torno a una gran plaza común.»

El sistema general es, pues, la ciudad; las clarificaciones de los elementos son clasificaciones del sistema adoptado. ¿De qué ciudad se trata? De una hipótesis de ciudad que se construye juntamente con la arquitectura.

«También sin sus fábricas suntuosisimas la ciudad puede aparecer bella y respirar hermosura. Pero lo mismo es decir bella ciudad, que buena arquitectura.» Esta afirmación parece decisiva para todos los tratadistas de la arquitectura de la Ilustración; bella ciudad es buena arquitectura, y la proposición es reversible.

Es poco probable que los tratadistas de aquella época se detuvieran en algún lugar sobre esta afirmación, tan connatural era ella con su modo de pensar; sabemos hasta qué punto su incomprensión de la ciudad gótica era y se debía precisamente a la imposibilidad de captar un paisaje sin captar la validez de cada uno de los elementos que lo constituyen; sin comprender el sistema.. Ahora bien, si por ejemplo en el no captar el significado y por lo tanto la belleza de la ciudad gótica se equivocaron, no por ello deja de ser justo el sistema seguido por ellos. Para nosotros la belleza de la ciudad gótica aparece precisamente ahí donde ésta se muestra como un hecho urbano extraordinario en el que la individualidad de la obra es claramente reconocible en sus componentes. Justamente a través de las investigaciones llevadas a cabo sobre esta ciudad captamos su belleza; la cual, sin embargo, participa de un sistema. Y nada hay más falso que definir como orgánica o espontánea la ciudad gótica.

Convendrá destacar aún otro aspecto de la modernidad de la posición considerada.

Después de haber establecido el concepto de clase, se ha dicho, Milizia precisa cualquier edificio tipo dentro de una idea general y lo caracteriza mediante una función. Esta función es considerada independientemente de las consideraciones generales sobre la forma; y hay que entenderla más bien como fin del edificio que como función en sentido propio. Así vienen catalogados en la misma clase edificios de uso práctico y edificios empíricamente observables como objetos, pero construidos en función de conceptos no igualmente observables; así, los edificios para la salud pública o para la seguridad se encuentran dentro de la misma clase de edificios para la magnificencia o la sublimidad.

Hay al menos tres argumentos a favor de este modo de proceder; el primero y principal es el de reconocer la ciudad como una estructura compleja donde se encuentran de hecho partes de ciudad entendidas como obra de arte; el segundo es relativo a la validez de un discurso tipológico general de los hechos urbanos o, en otros términos, que yo puedo dar un juicio técnico aun en aquellos aspectos de la ciudad que ‘por su naturaleza requieren un juicio más complejo reduciéndolos a su constante tipológica, y, finalmente, que esta constante tipológica desempeña «un papel propio» en la constitución del modelo.

Por ejemplo, al tratar de un monumento, Milizia lo refiere a tres factores de análisis: “[...] que sean [...] dirigidos al bien público, colocados oportunamente, constituidos según las leyes de la conveniencia. Respecto a la conveniencia de la construcción de los monumentos, no podemos decir otra cosa aquí, en general, sino que sean significantes y expresivos, de estructura simple, con inscripciones claras y breves, a fin de que a la más ligera mirada surtan el efecto para el que se construyen». En otros términos podemos decir que, si respecto a la naturaleza del monumento no podemos expresar otra cosa que una tautología, un monumento es un monumento, podemos, sin embargo, establecer condiciones en el contorno que, aun no pronunciándose sobre la naturaleza del monumento, iluminen sus características tipológicas y compositivas. Estas

características son también en gran parte de naturaleza urbana: pero son, además, condiciones de la arquitectura, es decir, de la composición.

Y éste es un aspecto de fondo sobre el que se volverá más adelante.

En fin, no podernos insistir aquí en que, en la concepción ilustrada, clasificaciones y principios no fueran más que un aspecto general de la arquitectura y ésta, en su hacerse concreto y en su ser juzgada, perteneciese a cada obra y a cada artista. Justamente Milizia ridiculiza a los constructores de órdenes arquitectónicos sociales y a los proveedores de modelos objetivos de organización y de compendio de la arquitectura, como debían producirse desde el romanticismo en adelante, cuando afirma que « [...] Derivar la distribución arquitectónica de las celdas de las abejas es un ir a la caza de insectos […..]». También aquí el orden abstracto de la organización y la referencia a la naturaleza, temas que seran fundamentales en todo el desarrollo sucesivo del pensamiento arquitectónico y que ya he indicado en sus dos aspectos de de organicismo y funcionalismo vinculados a la misma matriz romántica, son tomados en un aspecto único. En cuanto a la concreción, Milizia ha escrito también: «[...] En su prodigiosa variedad distribución no puede ser siempre regulada por preceptos fisicos y constantes, y por consiguiente debe ser de suma dificultad. De ahí que la mayor parte de los arquitectos más ilustres, cuando han querido tratar de la distribución, hayan exhibido mas bien diseños y descripciones de sus edificios y no reglas para poder instruir».

Este pasaje muestra claramente que la función a que se referia más arriba es entendida aquí como relación y no como esquema de organización; como tal es completamente desechada. En tanto que se buscan reglas que puedan transmitir los principios de la arquitectura.

COMPLEJIDAD DE LOS HECHOS URBANOS.

Intentaré más adelante examinar estos estudios en sus líneas principales; ahora es necesario introducir una consideración fundamental y referirme a algunos autores que dirigen esta investigación.

Al plantear interrogantes sobre la individualidad y la estructura de un hecho urbano determinado se han planteado una serie de preguntas cuyo conjunto parece constituir un sistema capaz de analizar una obra de arte. Ahora bien, aunque toda la presente investigación sea llevada a fin de establecer la naturaleza de los hechos urbanos y su identificación, se puede declarar por de pronto que admitimos que en la naturaleza de los hechos urbanos hay algo que los hace muy semejantes, y no sólo metafóricamente, con la obra de arte; éstos son una construcción en la materia, y a pesar de la materia; son algo diferente: son condicionados pero también condicionantes.

Esta artisticidad de los hechos urbanos va muy unida a su cualidad, a su unicum; y, por lo tanto, a su análisis y a su definición. Esta cuestión es extremadamente compleja. Ahora bien, descuidando los aspectos psicológicos de la cuestión, creo que los hechos urbanos son complejos en sí mismos y que a nosotros nos es posible analizarlos pero difícilmente definirlos. La naturaleza de este problema me ha interesado siempre particularmente y estoy convencido de que está plenamente relacionada con la arquitectura de la ciudad.

Tomemos un hecho urbano cualquiera, un palacio, una calle, un barrio, y describámoslo; surgirán todas las dificultades que habíamos visto en las páginas precedentes cuando hablábamos del Palazzo della Ragione de Padua. Parte de estas dificultades dependerán también de la ambigüedad de nuestro lenguaje y parte de ellas podrán ser superadas, pero quedará siempre un tipo de experiencia posible sólo a quien haya recorrido aquel palacio, aquella calle, aquel barrio.

El concepto que pueda hacerse uno de un hecho urbano siempre será algo diferente del tipo de conocimiento de quien vive aquel mismo hecho.

Esas consideraciones pueden limitar de algún modo nuestra tarea; es posible que ésta consista principalmente en definir aquel hecho urbano desde el punto de vista de la manufactura.

En otras palabras, definir y clasificar una calle, una ciudad, una calle de la ciudad, el lugar de esta calle, su funcion, su arquitectura y sucesivamente los sistemas de calle posibles en la ciudad y otras muchas cosas.

Tendremos que ocuparnos, por lo tanto, de la geografia urbana, de la topografía urbana, de la arquitectura y de otras disciplinas. Aquí la cuestion ya no es facil, pero parece posible, y en los párrafos siguientes intentaremos llevar a cabo un análisis en este sentido. Ello significa, que generalmente, podremos establecer una geografia logica de la ciudad; esta geografia logica tendra que aplicarse esencialmente a los problemas del lenguaje, de la descripción, de la clasificacion.

Cuestiones fundamentales, como las tipologias, aun no han sido objeto de un trabajo sistematico serio en el campo de las ciencias urbanas. En la base de las clasificaciones existentes hay demasiadas hipótesis no verificadas, y por lo tanto necesariamente son generalizaciones carentes de sentido.

Pero en las ciencias mencionadas estamos asistiendo a un tipo de análisis mas vasto, mas concreto y mas completo de los hechos urbanos, que considera la ciudad como “lo humano por excelencia”, que considera quiza tambien aquellas cosas que solo se pueden aprehender viviendo concretamente determinado hecho urbano.

Esta concepción de la ciudad o, mejor, de los hechos urbanos como obra de arte se ha cruzado con el estudio de la ciudad misma; y en forma de intuiciones y descripciones diversas la podemos reconocer en los artistas de todas las epocas y en muchas manifestaciones de la vida social y religiosa; y en este sentido siempre va ligada a un lugar preciso, un acontecimiento y una forma en la ciudad.

La cuestion de la ciudad como obra de arte ha sido planteada, sin embargo, explícitamente y de manera científica sobre todo a traves de la concepción de la naturaleza de los hechos colectivos, y tengo para mi cualquier investigación urbana no puede ignorar este aspecto del problema. ¿Cómo son relacionables los hechos urbanos con las obras de arte? Todas las grandes manifestaciones de la vida social tienen en comun con la obra de arte el hecho de nacer de la vida inconsciente; a un nivel colectivo en el primer caso, individual en el segundo; pero la diferencia es secundaria, porque unas son producidas por el publico, las otras para el publico; y es precisamente el publico quien les proporciona un denominador comun.

Con este planteamiento, Levi-Strauss ha situado la ciudad en el ambito de una temática rica en desarrollos imprevistos. Tambien ha notado que, mas que las otras obras de arte, la ciudad esta entre el elemento natural y el artificial, objeto de naturaleza y sujeto de cultura.

Este análisis habia sido avanzado tambien por Maurice Halbwachs cuando vio en las características de la imaginación y de la memoria colectiva el carácter tipico de los hechos urbanos.

Estos estudios sobre la ciudad captada en su complejidad estructural tienen un precedente, si bien inesperado y poco conocido, en Carlo Cattaneo. Cattaneo nunca ha planteado explícitamente la cuestion de la artisticidad de los hechos urbanos, pero la estrecha conexión que tienen en su pensamiento las ciencias y las artes, como aspectos del desarrollo de la mente humana en lo concreto, hacen posible este acercamiento. Me ocupara mas delante de su concepción de la ciudad como principio ideal de la historia, del vinculo entre el campo y la ciudad y otras cuestiones de su pensamiento relativas a los hechos urbanos. Aquí interesa ver como se enfrenta con la ciudad; Cattaneo nunca hara distinción entre ciudad y campo en cuanto que todo el conjunto de los lugares habitados es obra del hombre. “[...] toda region se distingue de las salvajes en eso, en que es un inmenso deposito de fatigas [...]. Aquella tierra, pues, no es obra de la naturaleza; es obra maestra de nuestras manos, es una patria artificial”.

La ciudad y la region, la tierra agrícola y los bosques se convierten en la cosa humana porque son un inmenso deposito de fatigas, son obra de nuestras manos, pero en cuanto patria artificial y cosa construida pueden tambien atestiguar valores, son permanencia y memoria. La ciudad no es en su historia.

Por ello la relacion entre el lugar y los hombres, y la obra de arte que es el hecho ultimo, esencialmente decisivo, que conforma y dirige la evolucion según una finalidad estetica, nos imponen un modo complejo de estudiar la ciudad.

Y, naturalmente, tendremos que tener tambien en cuenta como los hombres se orientan en la ciudad, la evolucion y formación de su sentido del espacio; esta parte constituye, a mi parecer, el sector mas importante de algunos recientes estudios norteamericanos y en

particular de la investigación de Kevin Lynch; es decir, la parte relativa a la concepción del espacio basada en gran parte sobre los estudios de antropología y en las características urbanas. Observaciones de este tipo habian sido avanzadas tambien por Max Sorre sobre un material análogo: y particularmente sobre observaciones de Mauss de la correspondencia entre los nombres de los grupos y los nombres de los lugares en los esquimales. Sera util posiblemente volver sobre estos asuntos; por ahora todas estas cosas nos sirven solo como introducción a la investigación, y tendremos que volver a ello solo cuando hayamos tomado en consideración un numero mayor de aspectos del hecho urbano hasta intentar comprender la ciudad como una gran representación de la condicion humana.

Intento leer aquí esa representación a traves de su escena fija y profunda: la arquitectura. A veces me pregunto como puede ser que nunca se haya analizado la arquitectura por ese su valor mas profundo; de cosa humana que forma la realidad y conforma la materia según una concepción estetica. Y asi, es ella misma no solo el lugar de la condicion humana, sino una parte misma de esa condicion; que se representa en la ciudad y en sus monumentos, en los barrios, en las casas, en todos los hechos urbanos que emergen del espacio habitado. Desde esta escena los teorico se han adentrado en la estructura urbana siempre intentando percibir cuales eran los puntos fijos, los verdaderos nudos estructurales de la ciudad, aquellos puntos en donde se realizaba la accion de la razon.

Vuelvo ahora a la hipótesis de la ciudad como manufactura, como obra de arquitectura o de ingeniería que crece en el tiempo; es una de las hipótesis más seguras con las que podemos trabajar.

Contra muchas mistificaciones quizá valga aún el sentido dado a la investigación por Camillo Sitte cuando buscaba leyes en la construcción de la ciudad que prescindieran de los solos hechos técnicos y se diera cuenta plenamente de la «belleza» del esquema urbano, de la forma tal como viene leída: [...] Tenemos hoy tres sistemas principales de construir la ciudad: el sistema ortogonal, el sistema radial, y el circular. Las variantes resultan generalmente de la fusión de los tres métodos. Todos estos sistemas tienen un valor artístico nulo; su único objetivo es el de la reglamentacion de la red viaria; es, pues, un objetivo puramente técnico. Una red viaria sirve únicamente para la circulación, no es una obra de arte, porque no es captada por los sentidos y no puede ser abarcada de una sola vez sino sobre el plano. Por ello es por lo que en las páginas precedentes no habíamos nunca sacado a relucir la red viaria; ni hablando de Atenas ni de la antigua Roma, ni de Venecia o de Nuremberg. Desde el lado artístico nos es, ni más ni menos, indiferente. Sólo es artísticamente importante lo que puede ser abarcado con la vista, lo que puede ser visto; así pues, la calle concreta, la plaza concreta”. La cita de Sitte es importante por su empirismo; y hasta, a mi parecer, puede ser relacionada con ciertas experiencias norteamericanas de las que hablábamos más arriba; en donde la artisticidad se puede leer como figurabilidad. He dicho que la lección de Sitte puede valer contra muchas mistificaciones; y es indudable. Se refiere a la técnica de la construcción urbana; sin embargo, habrá en ella siempre el momento, concreto, del diseño de una plaza y un principio de transmisión lógica, de enseñanza, de este diseño.

Y los modelos serán siempre, pues, al menos de algún modo, la calle concreta, la plaza concreta.

Pero por otra parte la lección de Sítte contiene también un gran equívoco; que la ciudad como obra de arte sea reducible a algún episodio artístico o a su legibilidad y no finalmente a su experiencia concreta. Creemos, al contrario, que el todo es más

importante que cada una de las partes; y que solamente en su totalidad el hecho urbano, por lo tanto también el sistema viario y la topografía urbana hasta las cosas que se pueden aprender paseando de un lado para otro de una calle, constituyen esta totalidad. Naturalmente, como me dispongo a hacer, tendremos que examinar esa arquitectura total por partes.

Empezaré, pues, por un asunto que abre el camino al problema de la clasificación; es el de la tipología de los edificios y de su relación con la ciudad. Relación que constituye la hipótesis de fondo de este libro y que analizaré desde varios puntos de vista considerando siempre Los edificios como monumentos y partes del todo que es la ciudad.

Esta posición era clara para los teóricos de arquitectura de la Ilustración. En sus lecciones en la Escuela Politécnica, Durand escribía: «De méme que les murs, les colonnes, etc., sont les éléments dont se composent les édifices, de méme les édifices sont les éléments dont se composent les villes».

LA TEORÍA DE LA PERMANENCIA Y LOS MONUMENTOS.

Pero es evidente que pensar en la ciencia urbana como en una ciencia histórica es equivocado; porque en este caso tendríamos que hablar solamente de historia urbana, en tanto que lo que aqui queremos decir es simplemente esto: que la historia urbana parece siempre más satisfactoria, hasta desde el punto de vista de la estructura urbana que cualquier otra indagación o investigación sobre la ciudad. Me ocuparé más adelante de manera particular de la contribución histórica a la ciencia urbana examinando contribuciones a los problemas de la ciudad que nacen de consideraciones históricas, mas puesto que este problema es de la máxima importancia, no estar, mal anticipar en seguida algunas consideraciones particulares.

Estas consideraciones atañen a la teoría de las permanencias de Poéte. y de Lavedan; teoría que he expuesto en las páginas precedentes. Veremos además que la teoría de las permanencias está en parte relacione da con la hipótesis, que ya he anticipado al comienzo, de la ciudad como manufactura. Para es'tas consideraciones debemos tener presente, además, que la diferencia entre pasado y futuro desde el punto de vista de la teoría del conocimiento consiste precisamente en el hecho de que el pasado es en parte experimentado ahora por que, desde el punto de vista de la ciencia urbana, puede ser éste el significado que hay que dar a las permanencias; éstas son un pasado que aún experimentamos.

Sobre este punto la teoría de Poéte no es tan explícita. Intentaré exponerla nuevamente en pocas lineas.

Aunque se trate de una teoría construida sobre muchas hipótesis, entre las cuales hay hipótesis económicas relativas a la evolución de la ciudades sustancialmente una teoría histórica y está centrada alrededor del fenómeno de las persistencias. Las persistencias se advierten a través de los monumentos, los signos físicos del pasado, pero también a través de la persistencia de los trazados y del plano. Este último punto es el descubrimiento más importante de Poéte; las ciudades permanecen sobre ejes de desarrollo, mantienen la posición de sus trazados, crecen según la dirección y con el significado de hechos más antiguos que los actuales, remotos a menudo. Muchas veces estos hechos permanecen, están dotados de vitalidad continua, y a veces se destruyen; queda entonces la permanencia de las formas, los signos físicos del locus. La permanencia más significativa está dada así por las calles y por el plano; el plano permanece bajo niveles diversos. se diferencia en las atribuciones, a menudo se deforma, pero sustancialmente no cambio de sitio. Esta es la parte más válida de la teoría de Poete; nace esencialmente del estudio de la historia. si bien no podemos definirla completamente como una teoría histórica.

A primera vista puede parecer que las permanencias absorben oda la continuidad de los hechos urbanos, pero sustancialmente no es así porque en la ciudad no todo permanece, o lo hace con modalidades tan diferentes que a menudo no son confrontables.

De hecho, en este sentido el método de las permanencias para explicar un hecho urbano está obligado a considerarlo fuera de las acciones presentes que lo modifican; es sustancialmente un método aislador. El método histórico acaba así no ya individualizando las permanencias, sino estando constituido siempre y solamente por las permanencias, puesto que sólo ellas pueden mostrar lo que la ciudad ha sido por todo aquello en que su pasado difiere del presente. Entonces las permanencias pueden

convertirse, respecto del estado de la ciudad, en hechos aisladores y anómalos, no pueden caracterizar un sistema sino en forma de un pasado que experimentamos aun.

Acerca de este punto el problema de las permanencias presenta dos vertientes; por un lado los elementos permanentes pueden ser considerados como elementos patológicos; por el otro, como elementos propulsores. O bien nos servimos de estos hechos para intentar comprender la ciudad en su totalidad o acabamos quedando atados por una serie de hechos que no podremos relacionar después con un sistema urbano.

Me doy cuenta de que no he hecho de manera bastante evidente la distinción que hay entre los elementos permanentes de modo vital y los que hay que considerar como elementos patológicos. Intentaré anticipar todavía algunas observaciones aunque no sistemáticamente; en las primeras páginas de este estudio he hablado del Palazzo della Ragione de Padua y he puesto de relieve su carácter permanente; aquí la permanencia no significa sólo que en este monumento se experimenta aún la forma del pasado, que la forma física del pasado ha asumido funciones diferentes y ha continuado funcionando, condicionando aquel contorno urbano y constituyendo siempre un foco importante del mismo. En parte este edificio es aún usado; aunque todo el mundo está convencido de que se trata de una obra de arte, se encuentra normal que en la planta baja dicho palacio funcione casi como un mercado al por menor y ello prueba su vitalidad. Tomemos la Alhambra de Granada; no alberga ya ni a los reyes moros ni a los reyes castellanos, aunque si aceptáramos las clasificaciones funcionalistas deberíamos declarar que eso constituye la principal función urbana de Granada. Es evidente que en Granada experimentamos la forma del pasado de manera completamente diferente de como la podemos experimentar en Padua (o si no completamente, al menos en gran parte). En el primer caso, la forma del pasado ha asumido una función diferente, pero está íntimamente en la ciudad, se ha modificado y es correcto pensar que podría modificarse aún; en el segundo, está por así decirlo aislada en la ciudad, nada se le puede añadir, constituye una experiencia tan esencial que no se puede modificar (consideremos en este sentido el fracaso sustancial del palacio de Carlos V, que podría ser destruido tranquilamente); pero, en los dos rasos, estos hechos urbanos son una parte insuprimible de la ciudad, porque constituyen la ciudad.

En este ejemplo he desarrollado argumentos que aproximan aún más y admirablemente un hecho urbano persistente a un monumento; de hecho, podría haber hablado del palacio ducal de Venecia, o del teatro de Nimes o de la mezquita de Córdoba y el argumento no hubiera cambiado. Desde luego me inclino a creer que los hechos urbanos persistentes se identifican con los monumentos; y que los monumentos son persistentes en la ciudad y efectivamente persisten aún fisicamente. (Excepto, al fin y al cabo, en casos bastante particulares.)

Esta persistencia y permanencia viene dada por su valor constitutivo; por la historia y el arte, por el ser y la memoria.

Más adelante expondré varias consideraciones sobre los monumentos.

Aquí podemos constata’ finalmente la diferencia de la permanencia histórica en cuanto forma de un pasado que experimentamos aún y la permanencia como elemento patológico, como algo aislado y anómalo.

Esta última forma está constituida en gran parte y ampliamente por el «ambiente», cuando el ambiente es concebido como el permanecer de una funcion en si misma aislada en lo sucesivo de la estructura, como anacronismo respecto de la evolución técnica y social. Es notable que, generalmente, cuando se habla de ambiente nos

refiramos a un conjunto predominantemente residencial. En este sentido, la conservación del ambiente va contra el proceso dinámico real de a ciudad; las llamadas conservaciones ambientales están en relacion con los valores de la ciudad en el tiempo como el cuerpo embalsamado de un santo lo está a la imagen de su personalidad histórica.

En las conservaciones ambientales hay una especie de naturalismo urbano; admito que ello pueda dar lugar a imágenes sugestivas y que, por ejemplo, la visita a una ciudad muerta (admitido que esto pueda suceder en ciertas dimensiones) puede ser una experiencia única, pero m s encontramos aquí completamente fuera de un pasado que experimentamos todavía. También estoy dispuesto a admitir que reconocer sólo a los monumentos una intencionalidad estética efectiva hasta ponerlos como elementos fijos de una estructura urbana pueda ser una simplificación; es indudable que hasta admitiendo la hipótesis de la ciudad como manufactura y como obra de arte en su totalidad se pueda encontrar una legitimidad de expresión igual en un edificio de viviendas o en cualquier obra menor que en un monumento. Pero cuestiones de este tipo nos llevarían demasiado lejos; aquí sólo quiero afirmar que el proceso dinámico de la ciudad tiende más a la evolución que a la conservación, y que en la evolución los monumentos se conservan y representan hechos propulsores del mismo desarrollo. Y esto es un hecho verificable, lo queramos o no.

Me refiero, naturalmente, a las ciudades normales que tienen un proceso de desarrollo ininterrumpido; los problemas de las ciudades muertas se relacionan sólo tangencialmente con la ciencia urbana, están más bien relacionadas con el historiador y el arqueólogo. Pero considero al menos abstracto el querer reducir o considerar los hechos urbanos como hechos arqueológicos.

Además, he intentado ya demostrar que la función es insuficiente para definir la continuidad de los hechos urbanos, y si el origen de la constitución tipológica de los hechos urbanos es simplemente la función, no se explica ningún fenómeno de supervivencia; una función está siempre caracterizada en el tiempo y en la sociedad; lo que depende estrictamente de ella no puede sino ir unido a su desarrollo.

Un hecho urbano determinado por una función solamente no es disfrutable fuera de la explicación de aquella función. En realidad, nosotros continuamos disfrutando de los elementos cuya función ya se ha perdido desde hace tiempo; el valor de estos hechos reside entonces únicamente en su forma. Su forma participa íntimamente de la forma general de la ciudad, es por así decirlo una variante de ella; a menudo estos hechos van estrechamente vinculados a los elementos constitutivos, a los fundamentos de la ciudad, y éstos se reencuentran en los monumentos. Basta introducir los elementos principales que emergen en estas cuestiones para ver la extrema importancia del parámetro del tiempo en el estudio de los hechos urbanos; pensar en un hecho urbano cualquiera como algo definido en el tiempo constituye una de las aproximaciones más graves que es posible hacer en el campo de nuestros estudios.

La forma de la ciudad siempre es la forma de un tiempo de la ciudad; y hay muchos tiempos en la forma de la ciudad. En el mismo curso de la vida de un hombre la ciudad cambia de rostro a su alrededor, las referencias no son las mismas; Baudelaire escribió: «Le vieux Paris n’est plus; la forme d’une ville change plus vite, hélas, que le coeur d’un mortel».

Contemplamos como increiblemente viejas las casas de nuestra infancia; y la ciudad que cambia cancela a menudo nuestros recuerdos.

Las consideraciones hechas hasta aquí nos permiten intentar un tipo de lectura de la ciudad.

Vemos la ciudad como una arquitectura de la que destacamos varios componentes, principalmente la residencia y los elementos primarios. Este es el planteamiento que desarrollaré en las páginas siguientes partiendo del concepto de área-estudio.

Admitimos que la residencia constituye la parte mayor de la superficie urbana y que presentando ésta raramente caracteres de permanencia será estudiada en su evolución o juntamente con el área sobre la cual se encuentra; así, hablaré también de área-residencia.

Reconocemos en cambio a los elementos primarios un carácter decisivo en la formación y en la constitución de la ciudad.

Este carácter decisivo puede ser advertido también, y a menudo, por su carácter permanente. Entre los elementos primarios tienen particular papel los monumentos.

Intentaremos a continuación ver qué parte tienen efectivamente estos elementos primarios en la estructura de los hechos urbanos y por qué motivos los hechos urbanos pueden ser considerados como obra de arte o, al menos, cómo la estructura general de la ciudad es semejante a una obra de arte. El análisis que hemos realizado precedentemente de algunos autores y de algunos hechos urbanos nos ha conducido a reconocer esta constitución general de la ciudad y los motivos de su arquitectura.

Nada hay de nuevo en todo ello, y me he valido de las contribuciones más diferentes para proceder a la formación de una teoría de los hechos urbanos que corresponda a la realidad. Por ello considero algunos de los temas discutidos aquí, como los de la función, de la permanencia, de la clasificación y de la tipología, como particularmente significativos.

Sé que todos estos temas merecerían un desarrollo particular; pero aquí me urge delinear sobre todo el esquema de la arquitectura de la ciudad y afrontar algunos problemas de su constitución total.

2

Los elementos primarios y el área

EL ÁREA-ESTUDIO.

En el capitulo precedente, al desarrollar la hipotesis de la ciudad como manufactura, como arquitectura total, se han anticipado y sostenido tres proposiciones distintas

La primera sostiene que el desarrollo urbano es correlativo en sentido temporal, es decir, que en la ciudad hay un antes y un despues; esto significa reconocer y demostrar que a lo largo de la coordenada temporal estamos conexionando fenomenos que son estrictamente comparables y homogeneos por su naturaleza

De esta proposicion se ha deducido el analisis de los elementos permanentes

La segunda proposicion se refiere a la continuidad espacial de la ciudad; aceptar esta continuidad significa aceptar como hechos de naturaleza homogenea todos aquellos elementos que encontramos sobre cierto territorio, o mejor, en cierto contorno urbanizado, sin suponer que haya ruptura entre un hecho y otro

Esta proposicion puede ser muy controvertida y tendremos que volver a menudo sobre las implicaciones que presenta. (Por ejemplo, no es aceptada cuando se sostiene que entre la ciudad historica y la ciudad tal cual se forma despues de la revolucion industrial hay un salto cualitativo; y aun cuando se habla de ciudad abierta y ciudad cerrada como hechos de naturaleza diferente, etc....)

Finalmente, como tercera y ultima proposicion, debemos admitir que, en el interior de la estructura urbana, hay algunos elementos de naturaleza particular que tienen el poder de retrasar o acelerar el proceso urbano y que, por su naturaleza, son bastante sobresalientes

Me ocupare ahora mas especificamente del lugar en el que se manifiestan los hechos urbanos; es decir, del area en la cual es posible ponerlos de manifiesto, del suelo urbano que es un dato natural pero tambien una obra civil y parte sustancial de la arquitectura de la ciudad

Esta area podemos verla en su conjunto, y entonces constituye la proyeccion de la forma de la ciudad sobre un plano horizontal, o por partes determinadas

Los geografos llaman a esto el sitio (site), es decir, el area sobre la que surge una ciudad; la superficie que esta ocupa realmente. Desde el punto de vista geografico, es esencial para la descripcion de una ciudad y, junto con la localizacion y la ubicacion, es un elemento importante para clasificar varias ciudades

Introducire el concepto de area-estudio

Puesto que suponemos que hay una interrelacion entre cualquier elemento urbano y un hecho urbano de naturaleza mas compleja hasta la ciudad en la que se manifiestan, deberemos aclarar a que contorno urbano nos referimos

Este contorno urbano minimo esta constituido por el area-estudio; con este termino entiendo designar una porcion del area urbana que puede ser definida o descrita recurriendo a otros elementos del area urbana tomada en su conjunto; por ejemplo, al sistema viario.

El area-estudio puede, por lo tanto, considerarse una abstraccion respecto al espacio de la ciudad; sirve para definir mejor cierto fenomeno. Por ejemplo, para comprender las caracteristicas de cierta parcela y su influencia sobre un tipo de viviendas sera necesario examinar las parcelas colindantes, las que constituyen precisamente vierto contorno,

para ver si tal forma es completamente anormal o bien si nace de condiciones mas generales de la ciudad

Pero el area-estudio puede ser un area definida por caracteristicas historicas; coincide con un hecho urbano preciso. El considerarla en si significa reconocer a esta parte de un conjunto urbano mas vasto caracteristicas precisas, una cualidad diferente

Esta cualidad de los hechos urbanos es de gran importancia; el reconocer diferentes cualidades nos aproxima al conocimiento de la estructura de los hechos urbanos.

Intentare ilustrar despues otras definiciones del area-estudio; como, por ejemplo, las relaciones entre el concepto espacial del area-estudio y el sociologico de natural area. Consideraciones de este tipo podran servir para introducir el concepto de barrio. En otros casos el area-estudio puede considerarse como un recinto o una seccion vertical de la ciudad

Como quiera que sea, queda el hecho de que en todo caso tendriamos que definir siempre los limites del contorno urbano del que nos ocuapmos; esta sera la mejor grarantia para no aceptar las distorsiones mas graves que estan difundidas en el campo de nuestro estudio y que consideran el crecimiento de la ciudad, y el devenir de los hechos urbanos, como un proceso continuo y natural en que desaparecen las verdaderas diferencias de los hechos.

En realidad, la estructura de los hechos hace que las ciudades sean distintas en el tiempo y en el espacio per genus et differentiam

Todo cambio de un hecho urbano presupone un salto cualitativo

Puesto que me doy cuenta de que los argumentos aducidos en apoyo de la naturaleza de estas relaciones no son decisivos, no intentare proponer rapidamente alguna solucion, sino mas bien insistir en las distinticiones y las definiciones que a menudo introducimos al ocuparnos de temas de este tipo

Todo el presente trabajo esta concebido con esa intencion; se sostendra aqui que: a) entre estos dos hechos, tipologia edificatoria y morfologia urbana, existe una relacion binaria y el poner en claro esta relacion puede llevar a resultados interesantes; b) estos resultados son extremadamente utiles para el conocimiento de la estructura de los hechos urbanos, estructura que no se identifica con la relacion antedicha, pero que en buena parte es aclarada por el conocimiento de esta relacion

Se ha anticipado una primera definicion del concepto de area-estudio. Juzga definir a que contorno urbano nos referimos

El area-estudio puede considerarse una abstraccion respecto al espacio de la ciudad; abstraccion que sirve para definir mejor cierto fenomeno. Se daba por ello, en parte, una definicion del area-estudio como metodo de trabajo y una definicion del area-estudio mas compleja entendida como elemento cualitativo especifico de la ciudad

En el presente parrafo y en todo este capitulo nos ocuparemos de la naturaleza particular de algunos hechos urbanos, aunque nos limitaremos en parte a su descripcion

La importancia a priori que atribuyo al area-estudio puede ser comprendida con estas dos afirmaciones:

a) desde el punto de vista de la intervencion creo que hoy se debe operar sobre una parte de ciudad definida sin impedir, en nombre de una planificacion abstracta del desarrollo de la ciudad, tambien la posibilidad de experiencias totalmente diferentes

Una parte de ciudad ofrece mayores criterios de concrecion desde el punto de vista del conocimiento y desde el de la programacion (Intervencion)

b) La ciudad no es por su naturaleza una creacion que pueda ser reducida a una sola idea base. Ello es verdad para la metropoli moderna, pero es igualmente cierto para el concepto mismo de ciudad que es la suma de muchas partes, barrios y distritos muy diversos y diferenciados en sus caracteristicas formales y sociologicas. Es precisamente esta diferenciacion lo que constituye uno de los caracteres tipicos de la ciudad: querer restringir estas zonas diversas en un principio unico de explicacion carece de sentido, asi como quererlas constreñir a una unica ley formal. La ciudad, en su vastedad y en su belleza, es una creacion nacida de numerosos y varios momentos de formacion; la unidad de estos momentos es la unidad urbana en su complejo; la posibilidad de leer la ciudad con continuidad estriba en su prominente caracter formal y espacial

Creo que estas afirmaciones sirven para poner de relieve que el estudio del area, entendida como parte constituyente de la ciudad, interesa aqui para el analisis de la forma de la ciudad en cuanto elemento caracteristico y a menudo decisivo de su forma; estas afirmaciones no tienen relacion con el sentido comunitario del area y las implicaciones que las doctrinas comunitarias han dado al barrio. Al menos no tienen relacion directamente con esta cuestion, cuya naturaleza es en gran parte sociologica, aunque sea necesario indicar este aspecto de la cuestion

Aqui las areas siempre estan entendidas como unidades del conjunto urbano que han emergido a traves de una operacion de diferentes procesos de crecimiento y diferenciacion o bien los barrios o partes de la ciudad que han adquirido caracteristicas propias

La ciudad esta vista como una gran obra, destacable en la forma y en el espacio, pero esta obra puede ser captada a traves de sus fragmentos, sus momentos diversos; esta es la observacion que podemos hacer con seguridad. La unidad de estas partes esta dada fundamentalmente por la historia, por la memoria que la ciudad tiene de si misma

Ahora bien, estas areas, estas partes, resultan definidas esencialmente por su localizacion; son la proyeccion sobre el terreno de los hechos urbanos, su conmensurabilidad topografica y su presencia

Estas areas originales pueden ser individualizadas como unidades del conjunto urbano que ha emergido mediante una operacion de diferentes momentos de crecimiento y diferenciacion o bien como barrios o partes de la ciudad que han adquirido caracter propio

En fin, podemos llegar a una extension mas general y conceptual del problema definiendolo como un concepto que comprende una serie de factores espaciales y sociales que se producen como influjos determinantes sobre los habitantes de un area cultural y geografica suficientemente circunscrita

Desde el punto de vista de la morfologia urbana, la definicion es mas simple abarcando todas las zonas urbanas definidas por caracteres de homogeneidad fisica y social. (Si bien definir en que consiste la homogeneidad no es sencillo, sobre todo desde el punto de vista formal; se podria anticipar la definicion de homogeneidad tipologica; es decir, todas aquellas areas que presentan una constancia de los modos y de los tipos del vivir que se concreta en edificios semejantes. En este sentido la homogeneidad de los barrios, de las Siedlungen, etc...)

Pero el estudio de estos caracteres acaba por convertirse en especifico de la morfologia social o de la geografia social (en este sentido, vease la posibilidad de definir la homogeneidad desde el punto de vista sociologico), que analiza las actividades de los grupos sociales en cuanto se manifiestan durablemente a traves de determinados caracteres caracteres territoriales

El estudio del area se convierte asi en un momento particular del estudio de la ciudad, y el conjunto de estas observaciones da lugar a una autentica y real ecologia urbana, condicion necesaria para el estudio sobre la ciudad

Los dos rasgos distintivos que vienen a configurarse en esta relacion son asi la masa y la densidad que se manifiestan a traves de la continuidad de la ocupacion del espacio en el plazo horizontal y el vertical

El area como parte de la ciudad es una superficie relativa a cierta masa y densidad, y es tambien el momento de una tension interna en la vida de la misma ciudad

GEOGRAFÍA E HISTORIA. LA CREACIÓN HUMANA.

En las páginas precedentes me he ocupado principalmente:

- del área-residencia y los elementos primarios;
- de la estructura de la ciudad por partes.

Subordinadamente me he ocupado de los elementos, de la diversa fruición de los elementos urbanos, de la comprensión de la ciudad.

Muchas de estas cuestiones eran de método; intentan llegar a su clasificación.

Se puede pensar que haya otros modos de llevar a cabo esta clasificación y que yo no haya escogido la más lineal; sin embargo, he intentado atenerme a los resultados más seguros que poseemos y en parte ordenarlos. Ya he escrito que no hay nada nuevo en todo ello.

Lo que importa es que dentro de estas consideraciones haya hechos concretos; y que éstos atestiguen la relación del hombre con la ciudad.

He dado la hipótesis de la ciudad como manufactura y como obra de arte; podemos observar y describir esta manufactura o intentar comprender sus valores estructurales. Pero en todo caso la geografía de la ciudad es inseparable de su historia; y sin ellas no podemos comprender su arquitectura, que es el signo' concreto de esta «cosa humana»

Al comienzo de esta investigación he citado especialistas de diversa naturaleza; el hecho en el que insistimos es tan concreto que vuelve en todos los autores y es la base de la tratadística.

«L'art de l'architecture —escribió Viollet-le-Duc— est une création humaine.» Y también: «L'architecture, cette création humaine, n'est done de fait, qu'une application de principes qui sont nés en dehors de nous et que nous approprions par l'observation».

Esos principios están en la ciudad; ésta es el paisaje de piedra —brick and mortar—, según la expresión de Fawcett, que simboliza la continuidad de una comunidad.

Los sociólogos han estudiado el conocimiento colectivo, la psicología urbana; geogratía y ecología han abierto grandes horizontes.

Pero en la comprensión de la ciudad como obra de arte, ¿la arquitectura no es esencial?

Un estudio más ceñido de los grandes momentos de la historía urbana nos aclarará la cuestión de la arquitectura de la ciudad como obra de arte total. Berenson nota, si bien sin desarrollar este concepto, que el arte veneciano se explica completamente en m misma ciudad: «No hay nada que los venecianos no intentasen añadir a la grandeza del Estado, a su gloria, a su esplendor. Y esto llevó a hacer de su ciudad un vivo, maravilloso monumento amor y de la reverencia que alimentaban hacia la República; monumento que hasta hoy suscita más admiración y da más gozo que cualquier otra obra nacida del fervor del arte. Y no se contentaron con que Venecia fuera la más bella ciudad del mundo, sino que en su honor instituyeron ceremonias que tenían toda la majestad de los ritos religiosos».

Observaciones de este tipo son ciertas para todas las ciudades; se refieren a hechos; hechos que se pueden manifestar en forma diversa y con vicisitudes diferentes, pero no por ello dejan de ser confrontables.

Ninguna ciudad ha sido nunca privada del sentido de la propia individualidad.

Mi argumento se refiere al estudio de la arquitectura de la ciudad; me limito a hacer un esbozo de un tratado.

Puede ser que yo use la palabra tratado de manera un poco insólita; pero creo descansar en la tradición de los textos de arquitectura, tradición difícil y criticable, pero auténtica. Quizás hasta aquí he usado poco de los tratados más ortodoxos; pero creo haber usado de ellos suficientemente y continuaré haciéndolo en los capítulos sucesivos. (Por ejemplo, cuando trate del concepto de locus.)

Pero antes de pasar a algunos aspectos de la arquitectura como modo de hacer la ciudad, quiero considerar lo escrito en este capítulo a la luz de las consideraciones avanzadas en este párrafo.

El tema principal surgido en la segunda parte de este capítulo es que en la ciudad distinguimos dos hechos principales: el área-residencia y los hechos primarios. Y que negamos qué la residencia (la casa) sea algo amorfo y que pasa, mera necesidad. Por ello, la casa en particular, por la cual es reconocible empíricamente la decadencia tecnológica y la necesaria adecuación de los diversos niveles y modos de vida de la sociedad en el tiempo, ha sido sustituida por el concepto de área caracterizada.

Partes enteras de la ciudad presentan signos concretos de su modo de vivir, una forma propia y una memoria propia. Se han individualizado a través de la profundización de estas características por las indagaciones de tipo morfológico y por las posibles investigaciones de tipo histórico y lingüístico. En este sentido el problema empieza en el concepto de locus y de dimensión.

Por otro lado, los elementos primarios se configuran como aquellos que con su presencia aceleran el proceso de la dinámica urbana. Estos elementos pueden ser entendidos desde un mero punto de vista funcional, como actividades fijas de la colectividad para la colectividad, pero sobre todo pueden identificarse con hechos urbanos definidos, un acontecimiento y una arquitectura que resumen la ciudad. Como tales son ya la historia y la idea de la ciudad que se construye a sí misma, a state of mind, según la definición de Park de la ciudad.

Sobre la base de la hipótesis de la ciudad como manufactura, los elementos primarios tienen una evidencia absoluta; se distinguen por su forma y en cierto sentido por su excepcionalidad en el tejido urbano. Son caracterizantes.

Tomemos el plano de una ciudad y consideremos una parte de él: nos saltarán a la vista, como manchas negras, estas formas emergentes. También en este sentido hablo de elementos primarios; y lo mismo se puede decir desde el punto de vista volumétrico.

Repito que aquí intento más decir a qué me refiero que dar definiciones.

Ahora me doy cuenta claramente de que aún afirmando que los elementos primarios no son solamente los monumentos, en mis argumentos siempre he acabado por identificarlos. Por ejemplo, cuando hablo del teatro de Arles, o del Palazzo della Ragione de Padua, o hasta de otros hechos.

No creo que esté en disposición de aclarar completamente este punto, pero introduciré un argumento ulterior.

Sabemos que muchos textos de geografía y de urbanística clasifican las ciudades en dos grandes familias: ciudades planificadas y ciudades no planificadas. «En los estudios urbanos es normal poner de relieve en primer lugar la diferencia entre ciudad

planificada y no planificada. Las primeras han sido concebidas y fundadas como ciudades, mientras que las segundas han salido sin un diseño preconcebido, como asentamientos que se han desarrollado particularmente y que, por lo tanto, se han revelado aptos para desempeñar funciones urbanas. Su carácter urbano ha surgido sólo en el curso de su desarrollo, y su estructura ha resultado esencialmente del agregarse edificios alrededor de algún núcleo preurbano.» Como dice, entre otros, Smailes en su texto de geografía urbana.

Si, concediendo al esquema de teoría desarrollada hasta aquí la seguridad de fundarse en hechos auténticos, juzgamos una afirmación de este tipo, vemos que tiene una concreción relativa; se trata, a lo sumo, de un tipo de clasificación elemental y refutable desde muchos puntos de vista.

De hecho, nosotros sostenemos que en todo caso —en lo atañe a la génesis de los hechos de urbanización— se trata, —usar la expresión del autor aquí citado, "del agregarse edificios alrededor de algún núcleo preurbano». Este núcleo representa un inicio del proceso de urbanización cuando está constituido en todo su valor.

Y afirmo que considero el "plano" como un elemento primario, igual que un templo o una fortaleza. Y que el mismo primer núcleo de ciudad planificada se revela como un elemento unitario; ya sea que inicie un proceso urbano, o que lo caracterice, como sucede en Leningrado o en Ferrara, la cosa no cambia mucho. Creer, pues, que la existencia de un plano ofrezca a la cita una solución espacial definitiva desde el punto de vista global es completamente discutible; el plano siempre es un tiempo la ciudad, en la misma medida que cualquier otro elemento primario.

Que después la ciudad crezca alrededor de un núcleo ordenado o desordenado o alrededor de un hecho singular no cambé mucho (aunque indudablemente presentará aspectos morfológica diferentes): de hecho, vemos estas situaciones como hechos caracterizantes, como partes. Esto ha sucedido en el caso de Leningrado y está sucediendo en el de Brasilia. Es deseable que se lleva a cabo investigaciones en esta dirección.

Casi no hay que decir que maestros como Chabot y Poéte apenas aluden a esta división; y Chabot justamente relaciona la cuestión del plano como un problema teórico de arquitectura, base de las operaciones urbanísticas.

Mayor importancia a esta división es dada por Lavedan: después de un largo trabajo sobre la ciudad como arquitectura y sobre la estructura urbana de las ciudades francesas, es lógico que Lavedan insista en una diferenciación ligada a la arquitectura urbana.

Si el enorme esfuerzo de la escuela francesa hubiese ido acompañado de intentos de síntesis como los de Lavedan de manera más amplia, hoy podríamos disponer de un material maravilloso; que las investigaciones sobre la vivienda y sobre las ciudades de Demangeon no tengan en cuenta el material recogido por Viollet le Duc es un problema que va más allá de la falta de relación interdisciplinaria; se trata de una actitud con respecto a la realidad.

No se puede, pues, reprobar a Lavedan haber insistido en el aspecto arquitectónico cuando éste es precisamente el mérito mayor de su obra; y no creo forzar su pensamiento si afirmo que cuando nos habla del «plano» de la ciudad entiende hablamos de arquitectura. De hecho, ocupándose del origen de la ciudad escribe: «Trátese de una ciudad espontánea o de una ciudad planificada, el trazado de su planta, el diseño de sus calles no le es debido al azar. Existe una obediencia a las reglas. Sea inconscientemente en el primer caso, sea consciente y abiertamente en el segundo.

Existe siempre el elemento generador del plano». Con esta reducción Lavedan lleva el plano a su valor de elemento originario o de componente.

Podrá parecer que, en el intento de explicar la diferencia entre un elemento primario y un monumento, yo haya introducido otro argumento que, al fin, en vez de precisar ha ampliado la argumentación. En realidad, esta ampliación nos ha permitido volver a nuestra hipótesis de partida que habíamos analizado desde diversos puntos de vista. La ciudad no es por su naturaleza una creación que pueda ser reducida a una sola idea base; sus procesos de formación son diversos.

La ciudad está constituida por partes; cada una de estas partes está caracterizada; posee, además, elementos primarios alrededor de los cuales se agregan edificios.

Los monumentos son, pues, puntos fijos de la dinámica urbana; son más fuertes que las leyes económicas, mientras que los elementos primarios no Lo son en forma inmediata.

Ahora, el ser monumentos es en parte su destino; no sé hasta qué punto este destino es previsible.

En otros términos: por lo que atañe a la constitución de la ciudad es posible proceder por hechos urbanos definidos, por elementos primarios, y esto tiene relación con la arquitectura y con la política; algunos de estos elementos se elevarán al valor de monumentos sea por su valor intrínseco, sea por una particular situación histórica, y esto se relaciona precisamente con la historia y la vida de la ciudad.

He escrito que todas estas consideraciones son importantes si en ellas hay hechos; hechos que muestran su relación directa con el hombre. Ahora, estos elementos constituyentes de la ciudad, estos hechos urbanos de naturaleza característica y caracterizante, ¿no son, en cuanto producto de la actividad humana como hecho colectivo, uno de los más auténticos testimonios del hombre? Y, naturalmente, cuando hablamos de estos hechos no podemos ignorar en modo alguno su arquitectura, que es la misma creación humana.

Un especialista francés escribía recientemente que pensando en la crisis institucional de la Universidad francesa le parecía que nada podia expresar esta crisis de manera tangible como la falta de un edificio que «fuese» la Universidad francesa. El hecho de que París, siendo una de las grandes universidades de Europa, no hubiera conseguido nunca «construir» esta sede era señal de una debilidad interna del sistema.

[…] La confrontation avec ce prodigeux phénoméne architectural produsit sur moi un effet de choc. Une inquietude naquit, et un supvon, qui devait se confirmer lorsque, par la suite, u me ffit donné de visiter Coimbra, Salamanca et Goettingen ou encore Padue... c’est le néant architectural de l’Université française qui m’a fait comprendre son néant intellectuel et spirituel.

¿ Es posible afirmar que las catedrales y las iglesias esparcidas por el mundo y San Pedro no constituyen la universalidad de la Iglesia católica? No me refiero al carácter monumental de estas arquitecturas ni a su valor estilístico: me refiero a su presencia a su construcción, a su historia. En otros términos, a la naturaleza de los hechos urbanos.

Los hechos urbanos tienen vida propia, destino propio.

Vayamos a un hospital: el dolor es algo concreto. Está en las paredes, en los patios, en los dormitorios.

Cuando los parisienses destruyeron la Bastilla cancelaron siglos de abuso y de dolor de los que la Bastilla era en París la forma concreta.

Al abrir este capítulo he aludido a la cualidad de los hechos urbanos y a algunos autores que habían oteado este tipo de investigación; Lévi-Strrauss ha ido quizá bastante más adelante que todos al hablar de esta cualidad y al afirmar que por muy rebelde que haya llegado a ser nuestro espíritu euclidiano a una concepción cualitativa di espacio, no depende de nosotros que ésta exista.

L'espace posséde ses valeurs propres, comme les sons et les parfums ont des couleurs et les entimens un poids. Cette quéte des correspondances nest pas un jeu de poéte ou une mystification...; elle propose au savant le terrain le plus neuf et celui dont l'exploration peut encore lui procurer des riches découvertes.

Cattaneo ha escrito sobre la naturaleza como patria artificial que contiene toda la experiencia de la humanidad.

Nos podemos permitir entonces afirmar que la cualidad de los hechos urbano, surge de las investigaciones positivas, de la concreción de lo real; la cualidad de la arquitectura —la création humaine— es el sentido de la ciudad.

Después de haber indagado sobre los posibles modos de entender la ciudad, volvamos, pues, a las características más íntimas, más propias de los hechos urbanos.

Y sobre estos aspectos, los más ligados a la arquitectura, iniciaré las consideraciones de los próximos capítulos.

Por ahora creo poder afirmar que cualidad y destino distinguen los elementos primarios, entendidos en el sentido de una lectura geográfica, de los monumentos. Y estoy convencido de que siguiendo estas indicaciones se podrán enriquecer las investigaciones positivas sobre el comportamiento de los grupos humanos y del individuo en la ciudad. He señalado el intento realizado por el norteamericano Kevin Lynch, aunque sea por otros caminos; esperamos que sean profundizadas estas investigaciones experimentales y que puedan ofrecernos importantes materiales para valorar todos los aspectos de la psicología urbana. De manera que se puedan iluminar los estratos más profundos de la conciencia colectiva tal como se forma en la ciudad.

Con el mismo concepto de cualidad se podrán iluminar los conceptos de área y de limite, de territorio político y de frontera que ni el mito de la raza ni la comunidad de lengua o de religión son suficientes para fundamentar.

Aquí se indican sólo direcciones de investigación; muchas de estas investigaciones surgen de la psicología, de la sociología, de la ecología urbana. Estoy convencido de que éstas tomarán nueva luz cuando tengan más en cuenta, o simplemente puedan tener en cuenta el ambiente físico y la arquitectura de nuestras ciudades.

Así como nosotros ya no podemos ocuparnos de la arquitectura de la ciudad —en otros términos, de la arquitectura misma— sin este cuadro general en el que se conjuntan los hechos urbanos.

En este sentido he hablado de la exigencia de un nuevo tratado.

ÁREA Y BARRIO.

Si bien en terminos ecologicos la relacion es imprescindible, la definicion posee gran capacidad de apertura de los problemas

El concepto de area desarrollado en las paginas precedentes va estrechamente vinculado al de barrio; he introducido problemas de este tipo recapitulando la teoria de Tricart; creo que sera mas preciso referirnos al concepto de parte o pedazo de ciudad admitiendo a esta como sistema espacial formado por varias partes con sus caracteristicas. Una teoria de este tipo ha sido desarrollada suficientemnte por Schumacher; creo que responde bastante bien a la realidad

Por otro lado, esta parte de ciudad no es otra cosa mas que una extension del area-estudio

El barrio se convierte, por ello, en un momento, un sector, de la forma de la ciudad, intimamente vinculado a su evolucion y a su naturaleza, constituido por partes y a su imagen. De estas partes tenemos una experiencia concreta. Para la morfologia social, el barrio es una ciudad morfologica y estructural; esta caracterizado por cierto paisaje urbano, cierto contenido social y una funcion propia; de donde un cambio de uno de estos elementos es suficiente para fijar el limite del barrio. Tambien hay que tener en cuenta aqui que el analisis del barrio como hecho social fundado en la segregacion de clases o de razas y en la funcion economica, o en todo caso en el rango social, corresponde indudablemente al mismo proceso de formacion de la metropoli moderna, y ello es tan cierto para la antigua Roma como para las grandes ciudades de hoy. Pero aqui se sostiene que estos barrios no estan tan subordinados los unos a los otros sino que son partes relativamente autonomas; sus relaciones no son explicables con una simple funcion de dependencia, sino que deben ser relacionadas con toda la estructura urbana

Sostener que una gran parte de la ciudad constituye otra ciudad en su interior significa oponerse a otro aspecto de la teoria funcionalista

Este otro aspecto es el de la zonificacion. Aqui no quiero referirme a la zonificacion en cuanto practica tecnica, que es algo aceptable y tiene otro significado, sino a la teoria de la zonificacion como ha sido propuesta por Park y Brugess a proposito de la ciudad de Chicago; esta teoria ofrecia un modo de lectura de la ciudad aparentemente convincente si bien artificial, hasta el punto de tener un exito tan rapido cuanto breve. Tambien en este caso se habia procedido rapidamente a una extension impropia de resultados validos en si.

¿Como se planteo esta teoria?

La enunciacion cientifica de la teoria del zoning fue expresada en 1923 por Burgess partiendo de sus estudios sobre Chicago; el zoning viene definido como la tendencia de la ciudad a disponerse por barrios concentricos alrededor de un barrio central de negocios o un barrio de tipo direccional. En la descripcion de la ciudad de Chicago, Burgess indicaba una serie de zonas concentricas correspondientes cada una a funciones bien definidas; el centro de negocios que absorbe la vida comercial, social, administrativa y del transporte; la zona de transicion que circunda el centro y que esta representada por una especie de aureola de degradacion formada por residencias pobres donde estan los negros y los inmigrados recientes y donde se encuentran pequeñas oficinas; la zona de residencia obrera, donde estan los trabajadores que desean vivir cerca de sus fabricas; la zona de residencia mas rica, que comprende viviendas

individuales y edificios de varias plantas, y por fin una zona externa, donde estan los inmigrados agrupados en torno a los nodos de las calles que convergen hacia la ciudad

Entre las criticas hechas a esta teoria, que parece esquematica hasta aplicada a la misma Chicago, ha tenido cierta fortuna la de Hoyt, que ha intentado establecer, tambien en terminos muy sinteticos, un principio de crecimiento segun ciertos ejes de trafico, es decir, segun ciertas lineas de transporte; ello acaba sobreponiendo a los sectores concentricos, sectores radiales a partir del centro de la ciudad. Una teoria de este tipo es tangente a la de Schumacher, y sobre todo a sus propuestas para el plano de Hamburgo

Conviene destacar que si el termino zonificacion aparece en forma de teoria con Burgess, sin embargo hace su primera aparicion con los estudios de Baumeister en 1870 y entra como tal a formar parte de la ordenacion prusiana para la ciudad de Berlin en 1925. Pero en el caso de la ordenacion de Berlin esta entendido en un sentido completamente diferente; esta indica en la ciudad cinco zonas (residenciales, protegidas, comerciales, industriales, mixtas), pero la disposicion de estas zonas no esta entendida en sentido radicoentrica. Si bien el centro de negocios corresponde al centro historico, despues hay una alternancia de zonas industriales, residenciales y terrenos libres que contradicen la enunciacion de Burgess

Se podrian analizar otros estudios y otras definiciones, es gran parte de geografos, mas ricas y complejas, pero todas ellas demasiado ligadas a situaciones particulares

Hugo Hassinger, estudiando Viena, describe la ciudad en 1910 como constituida por la Atlstadt, circundada por el Ring y por el Grosstädtischer Vorstadtlgürtel, es decir, la parte de densidad altisima comprendida entre el Rign y el Gürtel. Mas alla de estas zonas que el indica como las que constituyen el Grosstadtkern, el nucleo de la ciudad, habla del Grosstädtischer Weichbild, es decir, la zona constituida por la propia y verdadera ciudad y por el campo. (Aproximadamente, lo que los especialistas norteamericanos despues han definido como franjas urbanas).

Hemos indicado muy someramente estas teorias para darnos cuneta de como al comienzo se intento leer las posiciones y las relaciones de las diversas partes de la ciudad. A estas teorias se han añadido muchas otras, pero este no es lugar para analizarlas. Ni tampoco quiero refutar la teoria de Burgess; esta refutacion ya ha sido anticipada universalmente. De la teoria de Burgess solo me apremiaba poner de relieve como la debilidad fundamental esta en el concebir las diversas partes de la ciudad como meras transcripciones de una funcion y entender esta de manera tan estrecha que determina toda la ciudad como si no existiese algun otro hecho que tener en consideracion

Esta concepcion es limtiada en su concebir la ciudad como una serie de momentos sencillamente contrapuestos que se resuelven sobre la base de una simple normativa fundada en la diferenciacion, una concepcion de este tipo resulta demasiado limitativa de los valores mas profundos que pertenecen a la estructura de los hechos urbanos; a esta concepcion se opone en cambio la posibilidad de establecer hechos urbanos en toda su integridad, capaces asi de resolver una parte de ciudad de manera completa, determinando todas las relaciones que se pueden establecer en cierto hecho. Desarrollare estas consideraciones ocupandome de la arquitectura de la ciudad porque estas atienden finalmente a los fundamentos y al semblante de la ciudad

Del enunciado de Buameister nos podemos en cambio valer como de un enunciado cualquiera sobre la ciudad; que existen zonas especializadas es indudable. Podemos llamar a estas zonas caracterizadas; tienen una fisonomia particular; son partes

autonomas. Su disposicion en la ciudad no depende -o no solamente depende- de las diversas funciones coordinadas de las que necesita la ciudad, sino, principalmente, de todo el proceso historico de la ciudad, por el cual esta es de aquel modo o tiende a ser de algun modo preciso segun su constitucion

En fin, Hassinger, no obstante los rigidos planos y las parcelaciones en cuadricula sobrepuestas a la ciudad, capta la caracteristica de fondo que se mantiene hasta nuestros dias y que esta intimamente vinculada con la forma de la ciudad de Viena; aqui ya no se trata de una division meramente funcional de la ciudad, sino mas bien de una definicion por partes y por formas, por caracteristicas; estas cracteristicas son la sintesis de funciones y de valores

Se puede decir solamente, de manera general, que toda ciudad posee un centro mas o menos complejo, con caracteristicas diversas, y que este tiene en la vida urbana un papel particular; las actividades terciarias estan en parte concentradas en este centro, en gran parte o a lo largo de los ejes de comunicaciones externas, en parte en grandes complejos residenciales. Lo que caracteriza la ciudad desde el punto de vista general de las relaciones interzonales es la existencia de una red terciaria compleja y polinuclear

Pero este centro y los otros no pueden ser estudiados sino como hechos urbanos de naturaleza primaria; solo conociendo su estructura y su situacion podremos conocer su papel particular

Todas estas consideraciones nos conducen, pues, a la confirmacion de la teoria que ve la ciudad distinguida en partes diversas y, desde el punto de vista formal e historico, constituyendo hechos urbanos complejos; puesto que en un barrio la parte residencial es preeminente, y esta, con sus aspectos ambientales, cambia notablemente en el tiempo caracterizando el area sobre la cual persiste, mas bien que las construcciones, he propuesto usar el termino area-residencia. (El termino area, como se ha visto, esta desarrollado en la literatura sociologica).

De acuerdo con una teoria de los hechos urbanos, cada una de las partes de la ciudad atenta a la estructura de los hechos mismos mas bien que a la funcion; han sido distinguidas por caracteristicas y son partes caracterizadas

Es universalmente conocido el hecho de que, en la ciudad antigua, los barrios de la misma fueron bien distintos los unos de los otros, con su centro, sus monumentos y su modo de vida; y lo podemos encontrar en la historia urbana tanto como en la misma realidad fisica de la arquitectura. Estas caracteristicas no son diferentes en la ciudad moderna y no lo son sobre todo en las grandes ciudades de Europa, ya sea alli donde se ha intentado encerrar la ciudad en un gran diseño unitario, como Paris, ya sea en forma absolutamente emergente en la ciudad que esta tipicamente conformada por lugares y situaciones diferentes: Londres

Pero el fenomeno es sobre todo relevante en las ciudades norteamericanas, y a traves de sus muchos componentes emerge en primer plano entre los problemas urbanos, a menudo dramaticos, de aquel gran pais. Sin pretender siquiera rozar aqui los componentes sociales del problema, se indica solamente en la formacion y en la evolucion de la ciudad norteamericana una confirmacion de la ciudad por partes

Lynch, analizando el material de sus investigaciones, escribe: Muchos entrevistados subrayaron cuidadosamente que Boston, si bien desconcertante en su sistema de caminos hasta para aquel que habita en ella desde hace mucho tiempo, tiene una cualidad compensadora en el numero y en la vivacidad de sus barrios diferenciados. Segun palabras de uno de ellos, cualquier parte de Boston es diferente de otra. Se puede

muy bien individualizar el area en la cual se encuentra Nueva York fue citada porque posee cierto numero de barrios caracteristicos bien definidos, situados en un ordenado marco de rios y de calles

Ocupandose siempre del barrio, Lynch habla de areas de referencia, con escaso contenido y perceptivo pero utiles, sin embargo, como conceptos organizados, y distingue entre barrios introversos, vueltos sobre si mismos, con escasas referencias a la ciudad circundante, y barrios aislados que surgen independientes de su zona

Aqui he utilizado el material recogido por Lynch para la tesis de la ciudad constituida en partes diferenciadas: indagaciones de este tipo pueden ser muy utiles para la ciencia urbana

Creo que, ademas del analisis llevado a cabo por Lynch desde el punto de vista psicologico, se podrian llevar a cabo investigaciones lingüisticas que atestiguaran los estratos mas profundos de la estructura de lo real y por lo tanto de la realidad urbana. Piensese en la expresion vienesa de Hiemathezirk, de donde el barrio se identifica con la patria y con el espacio vital. Justamente, Hellpach ha hablado de la metropoli como la patria del hombre moderno. El Heimathezirk expresa particularmente bien la estructura morfologica e historica de Viena, ciudad en si plurinacional aunque probablemente el unico lugar concreto de la concepcion unitaria del Estado de los Habsburgo

En Milan la division de las partes externas a las murallas españolas en suburbios es recomendable en un atento estudio historico-morfologico: pero un fenomeno de persistencia ha permanecido vivo en la lengua, tanto que el principal de ellos, correspondiente a la zona de San Gotardo, y la misma zona, es llamado por los milaneses el burg

Una investigacion lingüistica del tipo aqui señalado podria dar interesantes resultados para el estudio de las formaciones de la ciudad, paralelamente a las investigaciones llevada a cabo con los metodos de la psicologia

Con ello no intento referirme solo a los estudios de la toponomastica, aunque estos ultimos ofrezcan a menudo una contribucion importante para el estudio del devenir urbano; baste pensar que toda ciudad presenta ejemplos numerosos de profundas modificaciones fisicas del suelo que han permanecido en los nombres de las calles y de los barrios. En Milan, las calles Bottnuto, Poslaghetto y Pantano, junto con San Giovanni in Conca, recuerdan al mismo tiempo una zona de pantanos y obras hidraulicas antiquisimas. Lo mismo puede decirse del barrio del Marais en Paris

Por todo lo que nos es dado saber, nuestras investigaciones confirmaran la constitucion de la ciudad por partes caracterizadas

En los parrafos sucesivos me ocupare de manera mas circunstanciada del area-residencia y de los elementos primarios

LA RESIDENCIA.

Repito que el tomar la residencia en sí no significa adoptar un criterio funcional de repartición de uso de las áreas ciudadanas, sino simplemente tratar de modo particular un hecho urbano que es de por sí preeminente en la composición de la ciudad.

Creo, además, que el uso del término área-residencia en el sentido en que ha sido ilustrado en las páginas anteriores puede relacionar el estudio de la residencia con una teoría general de los hechos urbanos.

La ciudad siempre ha sido caracterizada ampliamente por la residencia. Se puede decir que no existen o no han existido ciudades en las que no estuviese presente el aspecto residencial; allí donde este aspecto tenía una función completamente subalterna en la constitución de un hecho urbano (el castillo, el campamento militar) se llegó rápidamente a una modificación del todo a favor de la residencia.

No se. puede afirmar, ni mediante un análisis histórico ni por descripción de la situación actual, que la residencia sea algo amorfo, poco más que una zona cuya conversión sea fácil e inmediata.

La forma en que realizan los tipos edificatorios residenciales, el aspecto tipológico que les caracteriza, está estrechamente vinculado a la forma urbana.

Por otra parte, la casa, que representa el modo concreto del vivir de un pueblo, la manifestación puntual de una cultura, se modifica muy lentamente. Viollet le Duc, en su gran fresco de la arquitectura francesa ontenido en el diccionario en que todo juicio es sostenido por análisis de los hechos concretos, escribe que: «[...] En el arte de la arquitectura, la casa es, desde luego, lo que mejor caracteriza las costumbres, los gustos y los usos de un pueblo; su orden, como su distribución, no se modifica más que a lo largo de mucho tiempo».

En la antigua Roría la residencia, subdividida bastante rígidamente entre el tipo le la domus y el tipo de la insula, caracteriza la ciudad y las 14 regiones de Augusto. La insula casi resume la ciudad en sus mismas divisiones y en su evolución; en ella hay más mezcolanza social de cuanto ordinariamente se cree.

Como en las casas construidas en París después de 1850, hay una diferenciación social en altura.

Las insulae, cuya construcción es extremadamente pobre y temporal, se renuevan sobre sí mismas; constituyen el substrato urbano, la materia sobo la que se viene plasmando la ciudad.

Ya sobre la insula, como más tarde sobre la vivienda obrera, se ejerce una de las fuerzas más importantes del crecimiento de la ciudad: la especulacion. El mecanismo de la especulación, aplicado a los terrenos residenciales, es uno de los momentos de crecimiento más característicos de la ciudad imperial.

Sin conocer este hecho no podemos comprender el sistema de los edificios públicos, su dislocación, el mecanismo de crecimiento de la ciudad.

Una relación análoga aun cuando no caracterizada igualmente por tan alta concentración, existió en la ciudad griega.

La forma de Viena nace de un problema residencial; la aplicación de la Hofquartirspflicht aumenta extraordinariamente la densidad en el centro, determina la

tipología edificatoria de las casas de varias plantas y estimula de modo determinante el desarrollo de los suburbios. La tentativa de continuar la residencia como factor determinante, como hecho urbano típico en la forma de la ciudad, viene continuado en la construcción de las Siedlungen obreras en los años siguientes a la primera guerra mundial.

El programa del Municipio de Viena se preocupaba sobretodo de la realización de los complejos típicos cuya forma estuviese estrechamente vinculada a la de la ciudad. En este sentido, ¡Behrens escribía: « [...] Criticar su construcción sobre la base principios de gabinete significa, en general, meterse en un camino equivocado porque nada aparece como tan variable y heterogéneo como las necesidades, las costumbres y todas las múltiples situaciones de una población residente en determinada región».

La relación entre la residencia y la localización se convierte, pues, en preeminente.

Los ejemplos de la enorme superficie de las ciudades norteamericanas no son explicables sin la tendencia hacia un tipo residencia esparcida, de carácter unifamiliar. El estudio de Gastman sobre la megalópoli es, en este sentido, muy preciso.

La localización de las residencias depende, por consiguiente, de muchos factores geográficos, morfológicos, históricos, económicos.

Antes aun que los factores geográficos, parecen ser determinantes los económicos.

La alternancia de las zonas residenciales, su constitución de modo especializado desde el punto de vista tipológico parece influida ampliamente por motivos económicos; esta alternancia está movida por el mecanismo de la especulación del que me ocuparé más adelante. Esto es válido también en los ejemplos más recientes. La ciudad socialista, por ahora, no parece ofrecer alternativas de fondo en el proces9 de crecimiento urbano; por otra parte, sus dificultades objetivas no son fácilmente individualizables.

Evidentemente, aun donde no existe el mecanismo de la especulación habrá siempre cuestiones preferenciales, en la elección de las localizaciones, difícilmente resolubles. Estos problemas han de ser puestos en relación con el cuadro más general de las elecciones de la dinámica urbana.

Es lógico suponer que el éxito de los complejos residenciales esté relacionado con la existencia de servicios públicos y de equipamientos colectivos y se pone de relieve la importancia de este hecho. Este es también causa de la posibilidad de dispersión de las partes residenciales; evidentemente, la concentración residencial de la ciudad antigua y de la Roma imperial es explicable plausiblemente por la carencia casi absoluta de transportes públicos y la excepcionalidad de los transportes privados. Pero esta explicación no es suficiente; piénsese, por contraste, en la Grecia antigua o en la morfología de algunas ciudades nórdicas.

Es difícil sostener que este aspecto sea caracterizante. En otros términos, se puede afirmar que, dado un sistema de transportes públicos, la forma de la ciudad no está aún determinada o que aquel sistema pueda establecerse en todo caso para obtener cierta forma de la ciudad o para seguirla. No creo que el metropolitano de cualquier gran ciudad pueda ser objeto de disputas fuera de su eficiencia técnica, mientras que no se puede decir lo mismo de los establecimientos residenciales, que son objeto de numerosas disputas en el sentido de que su constitución, en cuanto hechos urbanos, puede ser controvertida.

Existe, pues, un hecho especifico en el problema de la residencia que está íntimamente vinculado al problema de la ciudad, a su modo de vivir, a su forma física e imagen; es

decir, a su estructura. Este elemento especifico no tiene que ver con ningún tipo de equipamiento técnico, el cual no constituye un hecho urbano.

De ello resulta, pues, que el estudio de la residencia puede ser un buen método para el estudio de la ciudad, y viceversa. Quizá nada ilumina tanto las diferencias estructurales entre una ciudad mediterránea como Tarento o una nórdica como Zurich, como los aspectos diversos del problema residencial; me refiero propiamente a los aspectos morfológicos y estructurales. Consideraciones de este tipo pueden hacerse también a propósito de las aldeas alpinas y de todos aquellos agregados en los que el hecho residencial es de por sí preponderante si no único.

Una cualquiera de estas comparaciones, ¿no pondrá de relieve la afirmación de Viollet-le-Duc de que la casa —en su orden y en su distribución— no se modifica más que a lo largo de mucho tiempo?

Creo que sobre estos y otros puntos se pueden llevar adelante los problemas de la residencia; tratar ulteriormente de estos problemas de modo específico nos alejaría demasiado del objeto de este libro. Naturalmente, es útil recordar que en los problemas tipológicos de la casa están presentes muchos elementos que no hacen referencia sólo a los aspectos espaciales del problema; por ahora no me interesa, sea de ello lo que fuere, discutir qué bases haya para explicar las correspondencias que existen en el problema; ni creo que sea mi tarea hacerlo, pero creo necesario saber que existe. De hecho, hasta cierto punto, integrando el discurso efectuado hasta aquí con lo apuntado por algunas posiciones sociológicas y más propiamente políticas sobre el valor del problema residencial como momento de la vida de una ciudad y del mismo problema social, podremos obtener datos muy interesantes.

Por ejemplo, sería posible recabar datos muy útiles del estudio de los problemas arquitectónicos; ver así la relación que ha existido y existe entre ciertos datos en las soluciones de los arquitectos.

Intentaré en las páginas sucesivas seguir algunos aspectos del problema de la residencia y los arquitectos aplicado al problema de la ciudad de Berlin, sobre la que existe vasta documentación no sólo sobre el problema residencial, lo que sucede también para muchas otras ciudades, sino sobre barrios modernos en particular. Siendo, además, el problema de la residencia una de las cuestiones relevantes, a nivel teórico y práctico, de la temática de la arquitectura moderna en Alemania, será útil ver qué relaciones hay en concreto entre las formulaciones teóricas y las realizaciones.

Acerca de este problema, Alemania, entre las dos guerras, dio excepcionales contribuciones como las de Hegemann, Gropius, Klein, Van de Velde y otros.

EL PROBLEMA TIPOLÓGICO EN LA RESIDENCIA DE BERLÍN.

Puesto que el problema de la residencia, junto con otras muchas cuestiones urbanas, se relaciona con las ciudades y éstas son algo que, bien o mal, podemos describir, es útil referir este problema a ciudades determinadas. Al tratar, pues, el problema de la residencia en ciudades determinadas, está implícito el que nosotros intentamos hacer las menos generalizaciones posibles.

Desde luego, estos problemas, en toda ciudad, tendrán siempre algo en común, e intentando saber lo que en todo hecho debe haber en común con otro nos aproximaremos a la elaboración de teorías generales.

Intentaré ilustrar por qué el problema de la tipología residencial en Berlín es particularmente interesante y en qué medida este interés es prominente respecto de otras ciudades; intentaré, además, exponer los motivos que pueden conducir a reconocer cierta uniformidad de os problemas de la residencia en Berlín y, en fin, cuál es la validez de algunos modelos residenciales típicos pasados y presentes, respecto de una serie de cuestiones entre las que hoy se coloca el problema de la residencia respecto de la realidad urbana y de teoría del desarrollo urbano.

A) El interés particular de la residencia en Berlín se destaca en el examen del mapa de la ciudad; ha sido evidenciado por estudios bastante precisos.

En 1936 el geógrafo Louis Herbert distinguía en cuatro grandes tipos las construcciones de Berlín; estas distinciones pertenecían a cuatro zonas de midas por su distancia al centro histórico.

Construcción uniforme y continua con edificios del tipo «gran ciudad». Estos edificio poseían al menos cuatro plantas.

Construcciones diversificadas de tipo urbano. Estas vienen distinguidas en dos clases: a) en el centro de la ciudad, construcciones mezcladas con otras muy viejas y bajas, de tres plantas y menos; b) al margen leí complejo urbano, un continuo interponerse de casas altas y bajas, espacios abiertos, campos y terrenos parcelados.

Grandes áreas para la industria.

Areas residenciales abiertas en los márgenes externos de la ciudad que comprenden villas y construcciones unifamiliares construidas principalmente después de 1918.

Entre la zona IV y el exterior hay una continua mezcolanza entre zonas industriales, zonas residenciales y pueblos en transformación.

Estas zonas externas son diferentes entre ellas y van desde las obreras e industriales de Henningsdorf y Pankow a las señoriales de Grunewald.

Justamente observando estas distribuciones de Berlin, Reinhard Baumeister en 1870 usó el concepto de zoning que aparecería más tarde en la regulación de la construcción prusiana.

En el Gran Berlín la morfología de los complejos residenciales, era, pues, muy variada; los diferentes complejos no directamente relacionados entre si estaban caracterizados por tipos precisos; edificios altos, edificios de especulación, edificios unifamiliares. Esta variedad tipológica corresponde a un tipo de estructura urbana muy moderno; es decir, a un tipo de estructura que se ha producido sucesivamente en otras ciudades de

Europa, si bien quizá nunca han conseguido una articulación tan acentuada como en Berlín.

Esta articulación, considerada en su doble aspecto de estructura urbana y de estructura tipológica, es una de las principales características de la metrópoli alemana.

Veremos cómo las Siedlungen se sitúan dentro de estas condiciones y en ellas tienen que ser juzgadas.

B) La estructura de los complejos residenciales se puede poner de relieve en los siguientes tipos fundamentales:

- construcciones en bloque;
- cuerpos libres;
- casas unifamiliares.

Estos tipos diferentes están presentes en Berlín con mayor frecuencia que en cualquier otra ciudad de Europa por motivos histórico-culturales y geográficos.

La construcción gótica desapareció casi completamente en el siglo XIX, mientras que, como es sabido, se ha conservado largamente en otras ciudades alemanas de las que ha constituido, hasta las destrucciones de la última guerra, la imagen principal.

Las construcciones en bloque, que derivan de la regulación de policía de 1851, constituyen una de las formas más integrales de aprovechamiento del suelo urbano; están constituidas por varios patios dispuestos normalmente en la fachada sobre la calle. Construcciones de este tipo son características también de ciudades como Hamburgo y Viena. La presencia numerosisima de este tipo de casas en Berlín, llamadas Mietkasernen, o cuarteles de alquiler, llevaron a la denominación de «ciudad cuartel».

La forma del edificio con patio de manzana representa, sin embargo, una solución típica en el centro de Europa; como tal fue adoptada por muchos arquitectos modernos, en Berlín como en Viena. Los patios son ahora transformados en grandes jardines. Estos están arreglados con refugios y puestos de venta.

Algunos de los mejores ejemplos de la residencia del período racionalista están vinculados a esta forma.

Las construcciones de bloque libre caracterizan las Siedlungen racionalistas; representan en ellas la posición más polémica y científica; su disposición, que requiere una división del terreno completamente libre, depende de las condiciones heliotérmicas más que la forma general del barrio. La construcción de estos cuerpos está completamente vinculada a la calle y, sobre todo por este hecho, altera completamente el tipo de desarrollo urbano ochocentista. En estos ejemplos tiene importancia particular el verde público.

En todos estos ejemplos es fundamental el estudio de la unidad de habitación; la célula. Todos los arquitectos que trabajan en la formación de estos barrios y se aventuran en la formulación de tipos constructivos económicos intentan encontrar la forma exacta del existenzminimum, de la unidad dimensional óptima desde el punto de vista distributivo y económico.

Este es uno de los elementos preeminentes en el trabajo de los racionalistas sobre el problema de la habitación.

Para los edificios unifamiliares hay una fuerte tradición en la tipología residencial berlinesa.

Si bien éste es uno de los puntos de mayor interés acerca de la tipología residencial del racionalismo, no me detendré en él porque este aspecto del problema requiere un tipo de tratamiento paralelo pero no coincide con este estudio.

Se puede señalar solamente aquí que el planteamiento del existenzminimum presupone una relación de tipo estático entre cierto modo de vida, hipotético si bien comprobable estadísticamente, y cierto tipo de alojamiento con la consecuencia de un rápido envejecimiento de la Siedlung. Esta se revela así como una concepción espacial demasiado particular, demasiado ligada a determinadas soluciones, para representar un elemento general, uníversalmente aprovechable, del problema del alojamiento.

Se trata, naturalmente, de un solo aspecto del problema, por otra parte complejo, en el cual participan numerosas variables

Particular importancia adquiere el proyecto del castillo de Babelsberg por Guillermo I, el castillo de Charlottenhof y el Romische Bader de Schinkel.

La planta del castillo de Babelsberg representa una estructura ordenada, casi rígida desde el punto de vista distributivo, mientras su forma intenta disponerse según la relación del ambiente circundante sobre todo con intereses paisajísticos. Las características de la obra de Schinkel para la arquitectura berlinesa han sido ampliamente estudiadas y no interesa hablar de ellas aquí; me interesa, en cambio, poner de relieve como la concepción de la villa se presta a ofrecer un modelo tipologico adaptado para una ciudad como Berlin. En este sentido la obra de Schinkel, que constituye el paso de los modelos neoclásicos a los románticos, sobre todo a traves de la adopción de la casa inglesa, ofrece las bases para el tipo de villa burguesa de los primeros años de siglo.

Con la difusion de la villa como elemento urbano y la desaparición de las casas goticas y setecentistas, con la sustitucion de los Ministerios en el centro y de las Mietkaserrzefl en las zonas periféricas, la morfología urbana de Berlín se modifica profundamente. Son significativas en este aspecto las imágenes de la Unter den Linden en los siglos sucesivos.

La calle setecentista es realmente un paseo bajo los tilos; la cortina de casas, aun presentando alturas diversas, tiene una unidad arquitectónica total. Se trata de casas de la ciudad de tipo burgués, características del centro de Europa, con la presencia de elementos formales de la construcción gótica y levantadas sobre parcelas estrechas y profundas. Casas de este tipo eran características de Viena, Praga, Zurich y muchas otras ciudades; su origen, muchas veces mercantil, estaba vinculado a la primera formación de la ciudad en sentido moderno. Con las transformaciones de la ciudad en la segunda mitad del siglo xix, estas casas desaparecieron muy fácilmente, sea por el renovamiento del patrimonio inmobiliario, sea por la alternación en el uso de las áreas. Con su sustitución se produce una profunda modificación del paisaje urbano, con frecuencia una correspondiente rigidización monumental como en el caso de la Unter den Linden.

Este tipo de edificio es sustituido por el edificio de alquiler y la villa.

Para Schumacher, la división entre zonas de «villas» y «cuarteles de alquiler» en la segunda mitad del siglo xix representa la crisis de la unidad urbana de las ciudades del centro de Europa; la villa surge de la intención de una relación más estrecha con la

naturaleza, con un intento de representación y división social, con el rechazo o la incapacidad de insertarse en una imagen urbana continua; por otra parte, el edificio de alquiler, convirtiéndose en edificio de especulación, se degrada y ya no recupera el valor de la arquitectura civil anterior.

Sin embargo, si bien esta visión de Schumacher es exacta, también es necesario reconocer que la «villa» participa no poco en las trasformaciones tipológicas que conducen al edificio moderno. En los ejemplos berlineses tiene escasos contactos con la casa unifamiliar inglesa; en la cual la definición corresponde a cierto tipo de estructura urbana y en el que la casa unifamiliar presenta una estructura residencial continua. La «villa» es en un principio una reducción del palacio (véase la cita schinkeliana), después elabora cada vez más la distribución interna, la racionalización y la división de los recurridos. En Berlín es importante la obra de Muthesius, que desarrolla los principios de la casa inglesa en sentido racionalista, dentro de la construcción, preocupándose de la funcionalidad y de la libertad de los espacios internos.

Es significativo que estas innovaciones tipológicas no sean paralelas a sensibles modificaciones arquitectónicas; y que también a una mayor libertad interna entendida como correspondiente al modo de vida burgués se acompañen una imagen monumental del edificio, una rigidación propia respecto de los modelos schinkelianos donde está marcada la diferencia entre una arquitectura de los edificios residenciales y la de los edificios civiles. En este sentido son típicas las construcciones de Muthesius que representan a uno de los constructores más típicos de villas berlinesas alrededor del año 1900. Sus preocupaciones por una casa moderna, expuestas también en su obra de teórico, consideran la estructura tipológica de la casa independientemente de su aspecto formal, para el que se acepta una especie de neoclasicismo de tipo germánico; es decir, con la añadidura de elementos típicos de la tradición local. Precisamente al contrario de los modelos schinkelianos, en los que la residencia era la más desligada de la representatividad y en los que los esquemas tipológicos de tipo clásico no contrastaban con su arquitectura.

Pero la introducción de elementos de representatividad en la arquitectura residencial de fin de siglo es una característica típica de toda la arquitectura de aquel período; probablemente corresponde a condiciones de estructura social cambiadas y a la necesidad de atribuir a la casa un aspecto emblemático. Desde luego, ello corresponde a la crisis de la unidad urbana de la que habla Schumacher y por ello a una necesidad de diferenciación dentro de una estructura en la que viven clases sociales cada vez más diferentes y cada vez más antagónicas. Las villas de los más famosos arquitectos del movimiento moderno en Berlín, Gropius, Mendelsohn, Häring, etc., desarrollan estos modelos tipológicos de modo bastante ortodoxo; no se puede hablar, desde luego, de ruptura con los modelos de vivienda eclécticos, si bien la imagen de estas villas está profundamente cambiada.

Será tarea de los sociólogos establecer cómo el elemento representativo o emblemático se llegó a transformar; desde luego, se trata de determinaciones diferentes de un mismo fenómeno.

Estas casas llevan a sus últimas consecuencias las premisas de la villa ecléctica, y desde este punto de vista se comprende por qué arquitectos como Muthesius y Van de Velde puedan ser propuestos como maestros; precisamente porque ellos han establecido un modelo de tipo general, aun traduciendo otras experiencias de tipo inglés o flamenco. Todos estos motivos de la vivienda unifamiliar se representan dentro de la Siedlung, la

cual, por su carácter compuesto, parece la más adaptada para acogerlos y darles en ciertos aspectos una nueva definición.

No quiero detenerme ahora demasiado en el problema de la residencia como ha sido entendido por los arquitectos del racionalismo, sino, tal como corresponde a estas notas, ilustrar sólo algunos ejemplos berlineses realizados alrededor de los años veinte. Ejemplos que, como es conocido, son por otra parte típicos cual pocos otros del problema tratado; juntamente con los ejemplos famosos de Frankfurt y Stuttgart.

La teoría urbanística sostenida por los racionalistas está compendiada claramente, al menos por lo que atañe al aspecto residencial del problema, por la Siedlung, la cual probablemente es un modelo sociológico antes que un modelo espacial.

Cierto es que cuando se habla de la urbanística racionalista se entiende que es, por parte de los profanos como de los especialistas, la urbanística de los barrios. Esta posición, considerada aun en sus implicaciones metodológicas, revela en seguida su propia insuficiencia. En primer lugar, considerar la urbanística del racionalismo como la urbanística del barrio significa limitar la amplitud de esta experiencia de la urbanística alemana de los típica años veinte. Y aun en este caso son tales y tan numerosas las soluciones reales, que la definición no les vale ni siquiera para la historia de la urbanística alemana. (Además, el término barrio, que es traducción tan afortunada cuanto imprecisa del término alemán Siedlung, significa, pues, cosas tan diversas que es preferible no servirse de el sino después de haberlo examinado atentamente).

Asi, resulta necesario el estudio de las situaciones concretas, la descripción de los hechos; y observando la morfología de Berlin, su riqueza y particularidad de situaciones urbanas y paisajisticas, la importancia de la ciudad, etc..., es lógico pensar que la Siedlung tenga aquí una coherencia particular y propia.

Y en fin, la estrecha conexión entre realizadores como los de Tempelhofer Felde, de Britz y otros, con los modelos ingleses, hacen mas evidentes las referencias generales con la situación urbanística.

Los ejemplos de la Friedrich Ebert estan ligados al planteamiento teorico del racionalismo. Pero en todos los casos es difícil de remontar a partir de estas imágenes a una ideología de la Siedlung.

Creo ilegitimo continuar considerando la Siedlung en si sin referencia a la situación en que se ha producido o a menudo en la ignorancia de esta situación.

Un análisis urbanístico de la Siedlung, que es, por asi decirlo, la del problema de la residencia en Berlin por los años veinte, solo puede ser realizado paralelamente en el plano del Gran Berlin del año 1920.

¿Cuál es la base del plano? Mucho más cercana a ciertos modelos recientes de cuanto se pueda creer; en su cuadro general se puede afirmar que el problema de la residencia resulta bastante indiferente a la localización y que se plantea como elemento de un sistema urbano que tiene sus puntos de apoyo en la potenciación del sistema de transportes, el cual representa el fluir de la vida de la ciudad.

E interpretando el concepto de zonificación se incrementa la autoformación del centro en función direccional administrativa mientras que se remiten al territorio los centros del tiempo libre y las instalaciones deportivas, etc.

Un modelo, pues, bastante repetido e invocado aún hoy y en el que el barrio es la zona residencial más o menos definida. Así pues, observando el plano del Gran Berlín se puede afirmar:

que no es posible sostener que tal plano se basara en la autonomía de las Siedglungen concibiendo una ciudad hecha por sectores; un planteamiento de este tipo podría haber sido más revolucionario que cuanto en realidad fue hecho;

que es falso afirmar que los racionalistas alemanes no vieran el problema de la gran ciudad, la imagen metropolitana; baste pensar es los proyectos de la Friedríchstrasse y en los diseños de Mies y de Taut; que el problema de la residencia no tuvo aquí una solución completamente autónoma respecto de los modelos fundamentales relativos a la residencia sino que, por el contrario, representó una síntesis ciertamente feliz e importante del problema mismo.

GARDENCITY Y VILLE RADIEUSE.

Cuando hablo de modelos fundamentales me refiero a la garden city y a la ville radieuse; esta distinción ha sido hecha por Rasiussen al afirmar que la «garden City y la ville radieuse representaban dos grandes estilos contemporáneos de la arquitectura moderna». Aunque esta afirmación no se refiera a toda la arquitectura moderna, yo la entiendo en un sentido mucho más limitado, refiriéndola así a dos planteamientos del problema de la residencia.

Es interesante cómo Rasmussen, haciendo esta afirmación, ha indicado que la cuestión tipológica sea aquí más clara, más explícita, que la ideológica, porque a través del tiempo se ha fijado de ella una imagen que parece inalterable.

Esta afirmación no tiene aquí solamente un significado historiográfico; sirve para aclarar un problema general (presente).

El problema sobre el que volvemos continuamente es el tipo al valor de la residencia en la estructura urbana; parece que los dos modelos de la garden City y de la ville radieuse sean los únicos explícitos en este sentido; son también los modelos claros en cuanto atañe a la imagen de la ciudad.

Teniendo presente este punto se podrá decir esto de las Siedglun gen berlinesas en general (pero será cierto igualmente para otros ejemplos contemporáneos, por ejemplo, Frankfurt): representan una tentativa de fijar el problema de la residencia en un sistema urbano más complejo cual resulta de la formación concreta de la ciudad y de una visión ideal de la ciudad moderna. La visión de esta ciudad está basada en modelos recordados.

Es decir, la Siedlung, tal cual la podemos conocer y describir a través de los ejemplos berlineses, no representa un modelo autónomo; negando, en fin, una posición autónoma de la Siedlung no niego que ésta tenga una posición propia precisa entre los modelos residenciales.

Todo lo que quiero sostener es que la Siedlung, en una situación urbana como la de Berlín y de otras ciudades de Europa, representa una tentativa de mediación, más o menos consciente, de las diferentes concepciones espaciales de la ciudad. Y ello no significa sostener que una posición de este tipo no pueda ser válida. Al contrario, no podernos reconocer condiciones de legitimidad a las tesis y a las experiencias que colocan la Siedlung en la ciudad como elemento separado de la ciudad misma, o bien sin preocuparse de las relaciones que existen entre ésta y la ciudad.

Para llevar a fondo este análisis de la residencia respecto a los dos modelos fundamentales a que será referido, garden City y yute radieuse, sería necesario profundizar la relación que hay entre ciertas teorías de carácter político y social y estos modelos residenciales.

Un trabajo de este tipo ha sido tratado con excepcional viveza por Carlo Doglio en lo que se refiere a la ciudad jardín; éste tendría que ser proseguido en aquel sentido.

Por lo que se refiere a la ciudad jardín, sin intentar siquiera resumir el ensayo de Doglio, que queda como una de las páginas más bellas escritas sobre la urbanística en Italia, quiero citar aquí el comienzo del ensayo que da el cuadro del planteamiento exacto en la dificultad y complejidad del problema: “[...] Y digamos en seguida que en el caso que examinamos la situación es particularmente compleja a causa del entresijo igualmente conformista y sustancialmente reaccionario de las opiniones favorables; a causa de un

equívoco que, en suma, no mancilla solamente el aspecto formal del problema sino que se esconde hasta sus más fundamentales respuestas: cuando Osborn, para citar el más conocido activista howardiano, propone la ciudad jardín como ejemplo piloto de una reconstrucción auténticamente moderna y humana de los centros habitados (y por lo tanto de la sociedad, tengámoslo bien presente) y condena desdeñosamente los barrios populares de Viena o de Estocolmo, lo que hace es negarles la mayor validez, tanto estética cuanto social, que aquellos barrios han tenido históricamente; pero cuando las soluciones de Letchworth o de Welwyn suprimidas sin más por los rumiadores del marxismo, no solamente por la forma que asumieron (y por el contenido prácticamente inmóvil que derivó de ellas), sino también por el tipo propuesta estructural que sobreentendían (ciudad y campo, descentralización, etc.), entonces ya no se puede más que decir que, a pesar de todo, eran más vivas aquellas soluciones, más cargadas de fermentos y de futuro, que cualesquiera otras que hayan sido planteadas desde entonces hasta hoy».

Señalo brevemente, puesto que un análisis de este tipo nos alejaría demasiado del tema de este libro, cómo el estudio de la relacion vivienda-familia, con todas sus implicaciones de tipo cultural y político, encuentra un terreno de aplicación muy interesante en aquel tipo de ideologías que podemos definir como comunitarias. Aquí se esclarece particularmente la relación entre la comunidad local y la democracia, entre la dimensión espacial como miento de la vida comunitaria y la vida política de la comunidad

Es evidente, pues, en una relación de este tipo, el relieve problema de la residencia.

Al contrario, donde aparece en primer plano la ciudad en su conjunto, es decir, donde se exalta la concentración y la dimensión, el problema de la residencia parece perder importancia, es por lo menos desenfocado en relación con las otras funciones de la vida urbana; por ejemplo, estas teorías afirman, en contraste con las comunitarias, que en la ciudad del siglo XIX las grandes operaciones para embellecimiento y engrandecimiento que sin embargo escondían a menudo fenómenos importantes de especulacion, eran disfrutables por todos los ciudadanos, eran un elemento positivo para su modo de vivir. Pocas definiciones son tan claras definir este efecto urbano como una de Hellpach que, en contraste con sus tiempos fue partidario de la validez de la vida en las grandes metrópolis. «[...] Para la generación plasmada las grandes ciudades no significa solamente espacio existencial lugar de habitación, mercado, sino que se puede convertir biologica y socialmente en lo que de más profundo puede representar un hombre la escena donde se desarrolla su vida: la patria.”

Se podría hacer una historia paralela entre estas teorías y barrios realizados en los últimos sesenta años. A veces, como los casos alemanes (Siedlungen), italianos e ingleses, las traducciones son clarísimas recordamos mucho nuestros barrios en los que parecía que se quisiera proponer de nuevo comunidades no urbanas, separadas, asi preservadas de la ciudad, vueltas sobre sí mismas y sobre e] vecindario, y otros sucesivos en los que la imagen arquitectónica, fuertemente plástica, intentaba recargar con violencia los efectos urbanos; también las bajas densidades después rechazadas, de las primeras newtowns; en fin, experimentos de nuevos complejos residenciales como las propuestas Smithson, de Lasdun y los bloques de Sheffield.

Los arquitectos ingleses han vuelto a encontrar un motivo seguro en los modelos tipológicos residenciales cuando se han dado cuenta, como asi afirman, de que la disgregación de los slums comportaba la paralela disgregación de comunidades que tradicionalmente vivían con u a nivel de densidad elevado y que no estaba en

disposición de volver a enraizarse automáticamente, sin su cambios sustanciales, en el ambiente suburbano de baja d que les era asignado.

Smithson redescubre la concepción de la calle y en el proyecto del Golden Lane propone corredores de convivencia horizontales dispuestos en tres plantas, los cuales constituyen vías acceso de peatones a cada una de las residencias.

Planteamientos de este tipo están expresados muy claramente en el complejo residencial de Sheffield, constituido por grandes cuerpos de fábrica y puesto en posición elevada sobre la ciudad a la que deberá estar estrechamente unido en los futuros trabajos de ampliación. Justamente sobre la génesis de esta obra hay testimonios precisos de su relación con teorías sociológicas; por ejemplo, sobre la necesidad de recuperar la calle como escenario de la comunidad. « [....] La calle es un escenario donde acaecen encuentros, charlas, juegos, litigios, envidias, galanteos y orgullo.”

Por otra parte, los. grandes bloques de Sheffield reflejan originalmente la gran imagen lecorbuseriana de la Unité d’habitation de Marsella.

LOS ELEMENTOS PRIMARIOS.

Pero las áreas y las áreas-residencia en el sentido avanzado en las páginas precedentes no son suficientes para caracterizar la formación y la evolución de la ciudad; el concepto de área debe acompañarse del de un conjunto de elementos determinados que han funcionado como núcleos de agregación.

Estos elementos urbanos de naturaleza preeminente los hemos señalado como elementos primarios en cuanto participan de la evolución de la ciudad en el tiempo de manera permanente, identificándose a menudo con los hechos que constituyen la ciudad.

La unión de estos elementos (primarios) en las áreas en términos de localización y de construcción, de permanencias de plano y de permanencia de edificios, de hechos naturales o de hechos construidos, constituye un conjunto que es la estructura física de la ciudad.

Definir los elementos primarios no es ni sencillo ni fácil; quizá solo podré explicar a qué me refiero.

Si tomamos un estudio sobre la ciudad vemos que el conjunto urbano está subdividido según tres funciones principales que son: la residencia, las actividades fijas y la circulación.

Las actividades fijas (fixed activities, como son llamadas en literatura norteamericana) comprenden almacenes, edificios licos y comerciales, universidades, hospitales, escuelas, etc. más, la literatura urbanística habla de equipamientos urbanísticos, estándares urbanísticos, servicios y también infraestructuras.

Algunos de estos términos son definidos y definibles, otros menos, pero es presumible que todo autor use estos términos dentro de cierto contexto y con suficiente claridad.

Entre todos estos términos, simplificando si se quiere, me valdré del término de actividad fija para afirmar que los elementos primarios comprenden también las actividades fijas; podría decir aún que la residencia es con respecto al área-residencia lo que las actividades fijas en relación con los elementos primarios.

He usado este término porque la noción de actividad fija es generalmente aceptada. Mas, aunque hablando de actividades fijas o de elementos primarios nos referimos —pero sólo en parte— a la cosa, los dos términos presuponen un modo de concebir la estructura urbana completamente diferente. Lo que hay de se refiere al carácter público, colectivo de estos elementos; esta característica de cosa pública, hecha por la colectividad para la colectividad, es de naturaleza esencialmente urbana. Me parece que sobre este punto nunca se ha meditado bastante aunque poseamos notables contribuciones.

Se puede desarrollar cualquier reducción de la realidad urbana y se llegará siempre al aspecto colectivo; el aspecto colectivo parece constituir el origen y fin de la ciudad.

Por otra parte, la relación entre estos elementos primarios y las áreas-residencia corresponde, en sentido arquitectónico, a la distinción realizada por los sociólogos entre esfera pública y esfera privada como elementos característicos de la formación de la ciudad.

La definición hecha por Hans Paul Bahrdt en sus Apuntes de sociologia urbana puede ilustrar mejor el significado de los elementos primarios: «[...] Nuestra tesis dice así: una

ciudad es un sistema en el cual toda la vida, por lo tanto también la cotidiana, muestra la tendencia a polarizarse, a desarrollarse, pues, en los terminos de agregado social público o privado. Se desarrollan una esfera pública y una privada que están en estrecha relación sin que la polarización quede perdida. Los sectores de la vida, que no pueden ser caracterizados ni como «públicos» ni como “privados”, pierden en cambio significado. Cuanto más fuertemente se ejerce la polarización y cuanto más estrecha es la relación de intercambio entre la esfera pública y la privada, tanto más «urbana, desde el punto de vista de la sociología, es la vida de un agregado. En caso contrario, un agregado desarrollará en menor el carácter de ciudad».

Consideremos ahora los elementos primarios en su aspecto espacial, independientemente de su función; se identifican con su presencia en la ciudad. Poseen un valor in se, pero también un valor de posición.

En este sentido un edificio histórico puede ser entendido como un hecho urbano primario; éste resulta desligado de su función originaria, o presenta en el tiempo más funciones, en el sentido del uso a que es destinado, mientras no modifica su cualidad de hecho urbano generador de una forma de la ciudad. En este sentido los ejemplos de monumentos sobre los que nos hemos detenido en las páginas precedentes son indicativos porque los monumentos son siempre elementos primarios.

Pero los elementos primarios no son sólo monumentos, como no son sólo actividades fijas; en sentido general, son los elementos capaces de acelerar el proceso de urbanización de una ciudad y, refiriéndolos a un territorio mas vasto, son los que caracterizan los procesos de transformación espacial del territorio. Actuan a menudo como catalizadores.

Originariamente su presencia puede identificarse sólo con una función (y en este caso coincide con las actividades fijas), pero pronto se elevan a un valor más significativo.

Mas no siempre son hechos físicos, construidos, destacables podemos considerar, por ejemplo, el lugar de un acontecimiento que por su importancia ha ciado origen a transformaciones espaciales. Me ocuparé más adelante de este problema al enfrentarme con el tema del locus.

Estos elementos tienen, pues, un papel efectivamente primario en la dinámica de la ciudad. Mediante ellos, y en el orden en que están dispuestos, el hecho urbano presenta una cualidad específica que viene dada principalmente por su persistencia en un lugar, por desarrollar una acción precisa, por su individualidad. La arquitectura es el momento último de este proceso y es también lo destacable de la completa estructura urbana.

Así, el hecho urbano y su arquitectura, que son una sola cosa, constituyen una obra de arte. «Pero lo mismo es decir bella ciudad que buena arquitectura» porque en esta última se concreta la intencionalidad estética de los hechos urbanos.

Y el análisis de lo concreto de esta estructura sólo puede ser llevado a cabo sobre cada uno de los hechos urbanos.

Será útil avanzar aquí dos ejemplos relativos a estas cuestiones tomados de la historia de la urbanística; o que constituyen la tentativa de una comprensión verificable con base histórica de los hechos urbanos.

TENSIÓN DE LOS ELEMENTOS URBANOS.

Las ciudades romanas o galorromanas de Occidente crecen mediante la continua tensión de estos elementos primarios. Esta tensión la podemos hallar aún hoy en su forma. Cuando al. final de la pax romana las ciudades delimitan las murallas, éstas cubren una superficie inferior a la de la ciudad romana.

En esta definición de las murallas son abandonados monumentos, zonas con frecuencia populosas; la ciudad se recluye en su núcleo.

En Nimes el anfiteatro es transformado en fortaleza por los visigodos y recluye una pequeña ciudad de 2000 habitantes; se accede a ella por cuatro puertas correspondientes a los cuatro puntos cardinales; en el interior se encuentran dos iglesias.

En un segundo tiempo, alrededor de este monumento comenzará de nuevo a crecer la ciudad; el mismo fenómeno sucede con la ciudad de Arles.

La vicisitud de estas ciudades es extraordinaria; nos induce también a algunas consideraciones sobre la dimensión y demuestra que la cualidad de algunos hechos es más fuerte que su dimensión.

El anfiteatro tiene una forma precisa e inequívoca y también su función; no está pensado como un continente indiferente; al contrario, está extremadamente precisado en sus estructuras, en su forma. Pero una vicisitud externa, uno de los momentos más dramáticos de la historia de la humanidad, transforma su función, un teatro se convierte en una ciudad.

Este teatro-ciudad es asimismo una fortaleza; recluye y defiende toda la ciudad.

En otros casos una ciudad se desarrolla entre los muros de un castillo que constituyen su límite preciso y también su paisaje; así en Vila Viçosa en Portugal.

La presencia de la obra, con su significado y con su arquitectura, que es el modo real en que la obra viene definida, es el signo de la transformación.

Puesto que sólo la presencia de una forma cerrada y estabilizada permite la continuidad y el que se produzcan acciones en formas sucesivas. Así la forma, la arquitectura de los hechos urbanos emerge de la dinámica de la ciudad.

En este sentido he hablado de las ciudades romanas, de la forma que ha permanecido de la ciudad romana; tomemos el acueducto romano de Segovia que atraviesa la ciudad como un hecho geográfico, los teatros y el puente de Mérida en Extremadura, el Panteón, el Foro romano.

Estos ejemplos que vemos aquí desde el punto de vista de los hechos urbanos nos pueden conducir a numerosas consideraciones en el campo de la tipología.

Los elementos de la ciudad romana se transforman, cambian su función. Otro ejemplo excepcional está constituido por el proyecto de Sixto V para la transformación del Coliseo en una hilandería de lana; también aquí se trata de esta extraordinaria forma del anfiteatro.

En la planta baja eran organizados los talleres y en los pisos superiores las habitaciones de los obreros; el Coliseo se habría convertido en un gran barrio obrero y en una fábrica racionalista.

Así habla de ello Fontana: «Ya había comenzado a hacer quitar toda la tierra que había en torno, y a explanar la calle que viene de Torre del Conti y va al Coliseo, para que fuese completamente llana, como hoy se ven vestigios de dicha excavación; se trabajaba en ello con sesenta carros de caballos y cien hombres, de manera que si el pontífice viviese un año [más], el Coliseo habría sido reducido a lugar de habitación».

Pero ¿cómo crece la ciudad?

El núcleo original, recluido dentro de las murallas, se ensancha con una individualidad propia; a esta individuación formal corresponde una individuación política.

En el interior se desarrollan los burgos; son los burgos de las ciudades italianas, los faubourgs de las ciudades francesas.

Milán, cuya estructura monocéntrica se atribuye erróneamente a una especie de extensión del centro histórico, está bien definida durante todo el Medievo por estos elementos: el centro galorromano, los conventos, las obras pías.

La persistencia de los burgos es tan fuerte que el principal de ellos, San Gotardo, viene llamado siempre en dialecto simplemente como il borgo, sin otra atribución, como hemos visto. En París, fuera de la Cité, se constituyen varios asentamientos, a ambos lados del Sena; monasterios, centros mercantiles, la universidad. Alrededor de estos elementos se constituyen centros de vida urbana; alrededor de las abadías se organizan los bourgs. La abadía de St. Germain-des-Prés, de origen merovingio, se destaca en el siglo VI; el burgo de St. Germain no aparece en los documentos hasta alrededor del XII. El burgo representa un hecho urbano tan fuerte en el interior de la ciudad que aún lo podemos hallar hoy en el plano de París; está representado por la convergencia de cinco calles hacia el cruce de la Croix-Rouge; allí se encuentra el acceso al burgo de St. Germain-des-Prés, y el lugar era llamado Le chef de la yute o Le bout de la yute.

El monumento está en el centro y circundado por edificios, es decir, se convierte en un lugar de atracción.

Pero convendrá ahora detenernos un poco en el concepto de monumento entendido como un elemento primario de tipo particular.

Este es un hecho urbano típico en cuanto resume todas las cuestiones planteadas por la ciudad a las que me refería al principio; pero se convierte también en algo de naturaleza particular cuando estos valores se imponen por encima de los caracteres económicos (también se puede aceptar la tesis de que toda la estructura monumental de la ciudad presenta un carácter metaeconómico) y de la necesidad práctica en virtud de su belleza.

Se convierten en obras de arte excelentes y se caracterizan sobre todo por este aspecto. Constituyen un valor que es más fuerte que el ambiente y que la memoria. Es significativo que las grandes obras urbanas nunca hayan sido destruidas y ningún defensor de la Antigüedad tendrá que pelearse, creo, para defender la capilla Pazzi o S. Pietro.

También es significativo que, en contra de lo que creen muchos autores, este valor sea la característica emergente de la ciudad y el único caso en que toda la estructura del hecho urbano esté resumida en la forma; el monumento es una permanencia porque, se puede sostener, está ya en posición dialéctica dentro del desarrollo urbano, es decir, concibe la ciudad como algo que crece por puntos (elementos primarios) y por áreas (barrios y residencias), y mientras que en los primeros es preeminente la forma realizada, en la segunda aparecen en primer plano los valores del suelo.

Una teoría de este tipo tiene, pues, en cuenta no sólo el conocimiento de la ciudad por «trozos de ciudad», sino el crecimiento de la ciudad por partes, y mientras que por un lado da el mismo valor a la experiencia empírica de los elementos primarios de su contorno urbano, por el otro desvanece cada vez más la importancia del plano, del diseño general de la ciudad que deben ser estudiado desde otros puntos de vista.

LA CIUDAD ANTIGUA.

Las referencias avanzadas en el párrafo precedente, relativas al significado de los elementos primarios en la evolución de la ciudad antigua, han puesto de relieve la importancia de la forma de los hechos urbanos; esto es, de la arquitectura de la ciudad. La permanencia de esta forma y su valor de referencia son completamente independientes tanto de la función específica a la que es destinada cuanto de la coincidencia inmediata con la continuidad de las instituciones urbanas.

Me refiero siempre de hecho a la forma y a la arquitectura de la ciudad y no a sus instituciones; pensar que éstas se mantienen y transmiten sin interrupciones y traumatismos es una distorsión histórica; una posición de este tipo, de hecho, acabaría mistificar las luchas y los momentos concretos de transformación.

La enorme contribución que Henry Pirenne ha hecho al estudio de la ciudad y particularmente a las relaciones entre la ciudad y las instituciones civiles atestigua el valor que damos aquí a los lugares, a los monumentos, a la realidad física de la ciudad como momento permanente de su devenir político e institucional; los monumentos y toda la construcción urbana son un signo de referencia que con el tiempo tiene un significado diferente.

Les cites et les bourgs ont joue pourtant l´histoire des villes, un role essentiel. Ils ont ete, pour ainsi dire, les pierres d´attente. C´est autour de leurs murailles qu´elles se formeront des que se manifestera la rnaissance economique dont on surprend les premiers symptomes au cours du X siecle.

Aunque la ciudad no existía ni en el sentido social ni en el económico, ni aun en el jurídico, es alrededor de las murallas de los burgos y de las antiguas ciudades romanas donde toma inicio el Renacimiento. Este es un hecho significativo.

Pirenne demuestra que la ciudad clásica no conoce nada de análogo a la ciudad burguesa local y particularista del Medievo.

En el mundo clásico la vida urbana se confundía con la vida nacional; el sistema municipal se identifica, pues, en la Antigüedad con el sistema constitucional.

Roma, extendiendo su dominación al mundo mediterráneo, hace de las ciudades punto de su sistema imperial; éste sobrevive a las invasiones germánicas y a las árabes, pero la ciudad cambia completamente su función. Este cambio es esencial para comprender la evolución sucesiva de la ciudad.

En primer lugar, la Iglesia establece sus diócesis en las circunscripciones de las ciudades romanas; la ciudad se convierte, pues, en la sede del obispo; así el éxodo de los mercaderes, la decadencia del comercio, el fin de las relaciones entre las ciudades al no tener ninguna influencia en la organización eclesiástica, no modifican la estructura urbana. Las ciudades se identifican con el prestigio de la Iglesia, se enriquecen, por el otro crece su prestigio moral. A la caida del Imperio carolingio los principes feudales continuan respetando la autoridad de la Iglesia y de ello deriva que aun en la anarquia de los siglos IX y X la preeminencia de los obispos confiere naturalmente a sus residencias, esto es, a las antiguas ciudades romanas, absoluto preeminencia.

Pirenne demuestra que es este el verdadero motivo que salva las ciudades de la ruina, porque en la economia del siglo IX no tiene razon de existir; con la desaparición de los mercaderes ya no representan para la sociedad laica interes alguno. A su alrededor las

grandes propiedades agrícolas viven una vida propia y por otro lado el Estado constituido sobre una base puramente agrícola no se preocupa de su suerte. Los castillos de los príncipes y de los condes se encuentran en el campo, mientras que es precisamente la sedentariedad del oficio eclesiástico lo que une los obispos a la ciudad.

En este sentido la ciudad se salva de la ruina como lugar físico por la sede de los obispos y no como continuidad de las instituciones urbanas.

El ejemplo de Roma llega a ser, en el análisis de Pirenne, de extraordinaria evidencia: «La ville impériales est devenue la ville pontificale. Son prestige historique a rehaussé celui du successeur de Saint Pierre. Isolé, il a paru plus grand, et il est en méme temps devenu plus puissant. On n'a plus vu que Iui... En continuant á habiter Rome, u en a fait sa Rome, comme chaque éveque a fait de la cité qu il habitait, sa cité».

¿En qué sentido entonces la ciudad antigua llega a ser el lugar o se continúa en la ciudad moderna? Para Pirenne es completamente falso atribuir la formación de la ciudad medieval a la acción de la abadía, del castillo o del mercado. Las ciudades nacen con sus instituciones burguesas, a causa del despertar económico e industrial de Europa.

¿Por qué y cómo, por así decir, se instalan en la ciudad romana? Porque las ciudades romanas, sostiene Pirenne, no eran creaciones artificiales; al contrario, reunían todas las condiciones de orden geográfico sin las cuales una aglomeración urbana no puede vivir ni prosperar. Situadas en las intersecciones de las indestructibles vías del César, que han sido durante siglos las vías de la humanidad, estaban destinadas aún a llegar a ser las sedes de la vida municipal. «Les cités qui, du IX au X siecle, n'avaient guére été que le centre des grandes domaines ecclésiastiques, par une transformation rapide et inévitable, vont récupérer leur caractere qu'elles avaient perdu depuis si longtemps.»

Esta transformación rápida e inevitable no podía acontecer, pues, sino en el interior de las ciudades antiguas, o a su alrededor, puesto que éstas representan aquella manufactura compleja, a medio camino entre el artificio y la naturaleza, como confirma Pirenne refiriéndose a las ciudades romanas, a las que la humanidad no puede fácilmente renunciar en el curso de su desarrollo.

En la utilización dc los viejos cuerpos de las ciudades hay un hecho económico y psicológico a un tiempo. Son tanto un bien como una referencia.

Una cuestión de este tipo, que aquí hemos visto aplicada a la ciudad antigua, se presenta también en todas aquellas cuestiones que se refieren al paso de la ciudad burguesa a la ciudad socialista, también aquí parece cierto que los tiempos de los cambios de las instituciones no son referibles a la evolución de la forma; y de ello que establecer una relación simple entre dos hechos, como quieren algunos, sea una cuestión abstracta y no responda a la realidad de los procesos urbanos.

Lo seguro es que elementos primarios y monumentos, es decir, lo que representa directamente la esfera pública, adquieren un carácter cada vez más complejo y más necesario; y no se modifican con tanta sencillez.

La residencia, que tiene mayor característica dinámica como área, depende de la vida de aquéllos, participando en el sistema que la ciudad constituye en su complejo.

PROCESOS DE TRNSFORMACIÓN.

La relación área-residencia y elementos primarios configura de modo concreto la ciudad: si esto lo podemos hallar en las ciudades en que las vicisitudes históricas siempre han actuado en el sentido de la unificación de los diversos elementos, también es aún más evidente en el caso de las ciudades que nunca han reunido o han intentado reunir en una sola forma los hechos urbanos que los constituyen; así Londres, Berlín, Viena, Bari, Roma y muchas otras ciudades.

En Bari la ciudad antigua y la ciudad muratiana constituyen dos hechos completamente diferentes, sin casi relación; la ciudad antigua no se ha dilatado, su núcleo estaba absolutamente definido como forma. Sólo su calle principal, que la unía al territorio, ha emergido intacta y permanente en el tejido muratiano.

En todos estos casos siempre hay una estrecha unión entre los elementos primarios y el área; frecuentemente esta unión llega a ser sin más un hecho urbano tan preeminente hasta constituir una característica de la ciudad. ¿Y no es siempre la ciudad la suma de estos hechos?

El análisis morfológico, que constituye uno de los instrumentos más importantes en cl estudio de la ciudad, ilumina claramente estos aspectos. En la ciudad no existen zonas amorfas, o allá donde existen, son momentos de un proceso de transformación, representan por así decirlo los tiempos muertos de la dinámica urbana. Aun allí donde fenómenos de este tipo se reproducen con mayor importancia, como los suburbios de las ciudades norteamericanas, los procesos de transformación tienen también tiempos más veloces en cuanto que, como se ha demostrado, la alta densidad de los asentamientos produce mayor presión en el uso del suelo. Estas transformaciones se realizan por medio de la definición de un área precisa; sobre ella acontece el proceso de redevelopment. Este proceso caracteriza hoy una gran ciudad como Londres. «El concepto de una división de las ciudades entre sectores [precints] —escribe Peter Hall— ha sido adoptada instintivamente desde siglos por los constructores y arquitectos, en los Colleges de Oxford y Cambridge, en las Inns of Court de Londres, en los proyectos originarios de Bloomsbury, en los que todo el tráfico directo era detenido por barreras.» Una política de este tipo llega a ser la base de los famosos precints de Abercrombie para Westminster y Bloomsbury.

Dentro de un bloque circundado por calles principales, la estructura viaria habría tenido que ser readaptada de tal modo que el tráfico directo no pudiese penetrar.

Ahora se puede afirmar que el carácter distintivo de toda ciudad, y por lo tanto también de la estética urbana, es la tensión que se ha creado y se crea entre áreas y elementos, entre un sector y otro; esta tensión viene Jada por la diferencia de los hechos urbanos existentes en cierto lugar y está medida no sólo en términos de espacio, sino también de tiempo. Estos se refieren bien al proceso histórico allí donde hay presentes fenómenos de permanencia, con todas las implicaciones que éstos poseen, bien en sentido puramente cronológico donde se pueden hallar hechos urbanos acontecidos en tiempos sucesivos.

En este sentido nos damos cuenta ahora plenamente de lo bellas que son partes ya periféricas de grandes centros en transformación; Londres, Berlín Milán, Moscú, nos revelan escorzos, aspectos, imágenes completamente imprevisibles. Los tiempos diferentes, más aún que en los espacios inmensos de la periferia moscovita, nos dan la

imagen concreta de la cultura en transformación, de una modificación de la misma estructura social a través de una fruición estética que está en la naturaleza misma de los hechos.

Naturalmente, no podemos confiar tan sencillamente los valores de la ciudad de hoy en este sucederse de los hechos; aunque sólo sea porque nada nos garantice su continuidad efectiva.

Es importante conocer el mecanismo y sobre todo establecer cómo podremos actuar en esta situación; yo creo que no es a través del control total de este alternarse de los hechos urbanos, sino a través del control de los hechos principales emergentes en cierto tiempo.

En estas observaciones se perfila aún la cuestión de la dimensión, y de la dimensión de la intervención.

La movilidad en el tiempo de cada parte de ciudad está profundamente vinculada a la del fenómeno objetivo de la decadencia de ciertas zonas. Este fenómeno generalmente observado en la literatura anglosajona con el término de obsolescence, cada vez es más evidente en las grandes ciudades modernas; éste tiene características particulares en las grandes ciudades norteamericanas, en las que justamente ha sido estudiado con detención. Por lo que aquí nos interesa notar dc este fenómeno, podemos definirlo como una supervivencia de un grupo de edificios, que puede ser el entorno de una calle como de un barrio, a la dinámica seguida por el uso del suelo en el ambiente circunstante, dando a esta última definición un significado muy amplio. Estas áreas de la ciudad no siguen, por lo tanto, su vida, representan por mucho tiempo islas respecto del desarrollo general; hemos visto que atestiguan los tiempos diferentes de la ciudad y al mismo tiempo se configuran como grandes áreas de reserva.

En fin, el fenómeno de la obsolescencia ilumina la exactitud de la hipótesis relativa al estudio de la ciudad por áreas entendidas como hechos urbanos; las transformaciones de las áreas van vinculadas al estudio de los factores accidentales, como veremos al presentar la teoría de Halbwachs.

Esta ciudad constituida por tantas partes en sí completas, es, a mi parecer, la que permite verdaderamente la libertad de las elecciones; y la libertad de las elecciones llega a ser una cuestión de fondo por todas las implicaciones que presenta; como no creemos que en este caso sean cuestiones de valor lo que pueda decidir a favor de las casas altas o de las casas bajas, es decir, de soluciones arquitectónicas y tipológicas diversas, sino que estas cuestiones pueden ser resueltas sólo a nivel arquitectónico urbano, por ello estamos muy convencidos de que la libertad concreta del ciudadano está, en una suciedad donde las elecciones sean libres, en el optar por una solución más bien que por otra.

3

Individualidad de los hechos urbanos. La arquitectura

En el curso de este ensayo se ha señalado muchas veces el valor del locus, entendiendo con ello aquella relación singular y sin embargo universal que existe entre cierta situación local y las construcciones que están en aquel lugar. La elección del lugar para una construcción concreta como para una ciudad, tenía un valor preeminente en el mundo clásico; la situación, el sitio, estaba gobernado por el genius leci, por la divinidad local, una divinidad precisamente de tipo intermedio que presidía cuanto se desarrollaba en ese mismo lugar. El concepto de locus siempre ha estado presente en la tratadística clásica, si bien ya en Palladio y después en Milizia su tratamiento toma cada vez más un aspecto de tipo topográfico y funcional; pero en las palabras de Palladio hay aún en forma viva el estremecimiento del mundo antiguo, el secreto de esta relación que es más evidente, por encima de la cultura específica arquitectónica, en ciertas obras suyas como la Malcontenta o la Rotonda, las cuales deben precisamente a la «situación» algunas de las condiciones para su comprensión.

También Viollet-le-Duc, en su esfuerzo por entender la arquitectura como una serie de operaciones lógicas fundamentadas en pocos principios racionales, admite la dificultad de la transposición de una obra de arquitectura. En la idea general de la arquitectura participa también el lugar como espacio singular y concreto.

Por otra parte, un geógrafo como Max Sorre señala la posibilidad de una teoría del fraccionamiento del espacio; indica en este sentido la existencia de “puntos singulares”. El locus asi concebido acaba poniendo de relieve, dentro del espacio indeferenciado, condiciones, cualidades que nos son necesarias para la prensión de un hecho urbano determinado. También Halbwachs en los últimos años de su vida, había de ocuparse de la topografia legendaria afirmando que los lugares santos presentan, a traves de las diversas épocas, varias fisonomías en las cuales se reconocen las imágenes de los grupos cristianos que las han constituido y situado según sus aspiraciones y sus necesidades.

Pensemos por un momento en el espacio de la religión catolica este espacio cubre toda la tierra porque la Iglesia es indivisible; en este universo el área singular, su concepto, pasa a segundo plano así como el limite o el confín. El espacio está determinado respecto de un centro único: la sede del papa, pero este mismo espacio terrestre no es más que el momento, una pequeña parte del espacio universal que es el lugar de la comunión de loa santos. (Esta noción de espacio es paralela a la sublimación espacio como es entendida por los místicos.) Y, sin embargo, este cuadro total e indeferenciado, donde el espacio mismo se anula y se sublima, existen «puntos singulares»; son éstos los lugares de peregrinación, los santuarios, en los que el fiel entra en comunicación más directa con Dios. Así como, para la doctrina cristiana, los sacramentos son signos de la gracia, porque con partes sensibles significan o indican aquella gracia invisible confieren; y son sus signos eficaces porque significando la gracia realmente la confieren.

La identificación de estos «puntos singulares» puede ser concebida a un acontecimiento dado que ha sucedido en aquel punto que puede depender de otras infinitas causas; pero tambien aquí está reconocido y sancionado un valor intermedio, la posibilidad de determinada, si bien excepcional, noción del espacio. Trasladando este razonamiento al campo de los hechos urbanos me parece que no puede ir más allá el valor de las imágenes, como si su contorno no fuese analizable de algún modo positivo; y quizá no queda más que la afirmación pura y simple del valor de un locus; puesto que esta noción del lugar y del tiempo parece inexpresable racionalmente, aunque comprende una serie

de valores que están fuera y más allá de los sentimientos que experimentamos al captarlos.

Me doy cuenta de la dificultad de este argumento; pero éste vuelve a aparecer en toda investigación positiva, forma parte de la experiencia. Eydoux, en sus estudios sobre la Galia, se refiere expresamente a lugares que obligan a continuas y concretas confrontaciones e invita al análisis positivo de los lugares que parecen predestinados en la historia.

Estos lugares son los signos concretos del espacio; y en tanto que signos estan en relacion con lo arbitrario y la tradición.

Pienso muchas veces en las plazas de los pintores del Renacimiento en donde el lugar de la arquitectura, la construcción humana adquiere un valor general, de lugar y de memoria, porque ási fue fijado en una hora determinada; pero esta hora es también la primera y más profunda noción que tenemos de las plazas de Italia y está, por lo tanto, ligada a la misma noción de espacio que tenemos de las ciudades italianas.

Nociones de este tipo van vinculadas a nuestra cultura histórica; a nuestro vivir en paisajes construidos, a las referencias que hacemos para con toda situación respecto a otra situación; y por lo tanto, también el reencuentro de puntos singulares, casi los más próximos a una idea del espacio tal cual nos la hemos imaginado.

Focillon habla de lugares psicológicos sin los cuales el genio de los ambientes sería opaco e incaptable. De tal modo sustituye la noción de cierto paisaje artístico por la de «arte como lugar».

[...] El paisaje gótico, o más bien el arte gótico como lugar, ha creado una Francia inédita, una humanidad francesa, tales líneas de horizonte, tales perfiles de ciudad; en suma, una poética que nace de ellos y no de la geología o de las instituciones capetianas. Pero, ¿no es la propiedad de un ambiente la de generar sus mitos, la dc conformar el pasado según sus exigencias?’

Como cualquiera puede ver, la sustitución de arte gótico como lugar por paisaje gótico tiene enorme importancia.

En este sentido la construcción, el monumento y la ciudad, llegan a ser lo humano por excelencia; pero en cuanto tales, están profundamente unidos al acontecimiento originario, al primer signo, a su constituirse, a su permanecer y su desarrollarse. Al arbitrio y a la tradición.

Así como los primeros hombres se formaron un clima, también se formaron un lugar, y fijaron la individualidad de éste.

Las anotaciones de los tratadistas sobre encuadramiento del paisaje referido a la pintura, la seguridad con que los romanos, al construir nuevas ciudades, repetían elementos idénticos confiando precisamente al locus el valor de transfiguración, muchas otras cuestiones nos hacen intuir la importancia de estos hechos; y al afrontar problemas de este tipo es cuando nos damos cuenta de por qué la arquitectura fuese tan importante en el mundo antiguo y en el Renacimiento.

La arquitectura «conformaba» una situación; sus mismas formas cambiaban en el cambio más general de la situación, constituían un «todo» y servían para un acontecimiento constituyéndose ellas mismas como acontecimiento; sólo así se puede entender la importancia de un obelisco, de una columna o de una lápida.

¿Quién puede ya distinguir entre el acontecimiento y el signo que lo ha fijado?

Me he preguntado varias veces, también en el curso de este ensayo, dónde empieza la individualidad de un hecho urbano; si está en su forma, en su función, en su memoria, o hasta en alguna otra cosa. Entonces podremos decir que la individualidad está en el acontecimiento y en el signo que lo ha fijado.

Pensamientos' de este tipo siempre han recorrido la historia de la arquitectura. Los artistas siempre se han basado en algo originario, en un hecho que viene antes que el estilo. Burckhardt intuyó este proceso cuando escribió: «Allí en el santuario se producen los primeros pasos hacia lo sublime, ellos [los artistas] enseñan a separar el elemento casual de las formas; surgen tipos y, en fin, inicios de ideales».

Así, la relación entre las formas y el elemento que está antes se vuelve a proponer como necesidad de un fundamento; entonces la arquitectura, mientras por un lado vuelve a poner en discusión todo su ámbito, sus elementos y sus ideales, por el otro tiende a identificarse con el hecho sin tener ya en cuenta aquella separación que se había producido al inicio y que le permite desarrollarse con autonomía. En este sentido se pueden interpretar las palabras de Adolf Loos: «Cuando en el bosque encontramos un túmulo largo de seis pies y ancho de tres, con forma de pirámide dada por la pala, nos volvemos serios y algo dice dentro de nosotros: "Aquí está sepultado alguien". Esta es la arquitectura».

El túmulo largo de seis pies y ancho de tres es la arquitectura más intensa y más pura porque se identifica en el hecho; así pues, sólo en la historicidad de la arquitectura se realiza aquella separación entre el elemento originario y las formas que el mundo antiguo parece haber resuelto para siempre y del que deriva el carácter de permanencia que reconocemos en aquellas formas.

Por ello también las grandes arquitecturas se reproponen la arquitectura de la Antigüedad como si la relación estuviera fijada para siempre; pero cada vez se repropone con una individualidad diferente.

El pensamiento de una misma arquitectura se manifiesta en diferentes; podemos, pues, derivar de un principio idéntico nuestras ciudades captando lo concreto de cada una de las experiencias.

Cuanto decía al inicio de este libro hablando del Palazzo della Ragione de Padua, por ejemplo, está quizá todo aquí; más allá de sus funciones y de su historia, pero no más allá de su ser en aquel lugar.

Entonces, para darnos cuenta de los contornos de este problema tal cual es o confina con el dominio de la arquitectura, conviene aclarar cada uno de aquellos aspectos singulares destacables, aquellas relaciones de las que podemos ver sus recíprocos limites.

Quizá podamos darnos mejor cuenta de algo de este lugar, que a veces nos parece sólo silencio, mirándolo por la otra parte, por los aspectos que penetran en él con contornos no ya racionales, desde luego, sino más familiares, más conocidos; hasta cuando continuemos captando estos contornos que después se difuminan y desaparecen.

Estos contornos van relacionados con la individualidad de los monumentos, de la ciudad, de las construcciones, y de ahí el concepto de individualidad, y sus límites, donde ésta comienza y donde ésta acaba; van relacionados con el vínculo local de la arquitectura, con el lugar de un arte.

Y, por lo tanto, los vínculos y la precisión misma del locus como un hecho singular determinado por el espacio y por el tiempo, por su dimensión topográfica y por su forma, por el ser sede de vicisitudes antiguas y modernas, por su memoria.

Pero estos problemas son en gran parte de naturaleza colectiva y nos obligan a detenernos brevemente en el estudio de las relaciones entre el lugar y el hombre; a ver, pues, las relaciones que hay con la ecología y la psicología.

Les plus grandes productions de l'architecture sont moins des oeuvres individuelles que des oeuvres sociales; plutót l'enfantement des peuples en travail que le jet des hammes de génie; le depôt que laisse une nation; les entassements que font les siécles; le résidu des evaporationa successives de la societé humaine; en un mot, des espéces de formations.

VICTOR HUGO

En su obra consagrada a los monumentos de la Francia de 1816, Alexandre de Laborde alaba, como Quatremere de Quincy, a los artistas de fines de siglo XVIII y de comienzos del XIX por haberse llegado a Roma a estudiar y a tomar los inmutables principios de los estudios superiores, recorriendo así las grandes avenidas de la Antigüedad. Los arquitectos de la nueva escuela se presentaban como especialistas atentos a los hechos concretos de su ciencia: la arquitectura. Esta recorría, pues, el camino seguro porque sus maestros estaban preocupados por establecer una lógica de la arquitectura basada en principios esenciales. «[...] lIs sont a la fois des artistes et des savants; ils ont pris l'habitude de l'observation et de la critique [.....]

Pero a De Laborde y a sus contemporáneos escapaba lo que era en sus grandes líneas el carácter fundamental de estos estudios y que consistía en una apertura suya hacia los problemas urbanos y hacia las ciencias humanas: apertura que hacía frecuentemente inclinar la balanza del lado del sabio más bien que del arquitecto. Solamente una historia de la arquitectura fundada en los hechos podría darnos un cuadro comprensivo de este difícil equilibrio y permitirnos un conocimiento más articulado de los hechos mismos.

Pero nuestros conocimientos nos permiten ya indicar, como problema de fondo de los tratados y de la enseñanza, el de la elaboración de un principio general de la arquitectura. La arquitectura como una ciencia, y el de la aplicación de la formulación de los edificios.

Ledoux establece principios de la arquitectura según la concepción clásica; pero después se preocupa de los lugares y de los acontecimientos, de las situaciones y de la sociedad. Así estudia todos los edificios que la sociedad necesita que sean establecidos con precisas condiciones de contorno.

También para Viollet le Duc la respuesta de la arquitectura, en cuanto ciencia, no puede más que ser unívoca; ante un problema hay una sola solución. Pero, y aquí desarrolla su tratado, los problemas planteados a la arquitectura cambian continuamente modificando las conclusiones.

Principios de la arquitectura y modificaciones de lo real constituyen la estructura de la creación humana según la primera definición del maestro francés.

Así, en el Diccionario razonado de la arquitectura francesa se dispone ante nosotros, con eficacia sin par, el gran fresco de la arquitectura gótica en Francia.

Conozco pocas descripciones concretas convincentes de las obras arquitectónicas como la del castillo Gaillard; el castillo, fortaleza de Ricardo Corazón de León adquiere en la prosa de Viollet le Duc la fuerza de una imagen permanente de la estructura de las obras arquitectónicas; y la estructura y la individualidad del castillo revelan progresivamente del análisis del edificio a la geografía del Sena, del estudio del arte militar y de los conocimientos topográficos de la Antiguedad, hasta acometer la propia psicología de los dos caudillos rivales, el normando y el francés; dentro de ellos hay la historia de Francia, pero hay también los lugares de Francia de los que adquirimos conocimiento y

experiencia personal. Así, el estudio de la casa parte de clasificaciones geográficas y de consideraciones sociológicas para profundizar a través de la arquitectura en la estructura de la ciudad y del país: la creación humana.

Viollet le Duc descubre que, en la arquitectura, la casa es la que mejor caracteriza las costumbres, los usos, los gustos de una población; su estructura, como sus caracteres distributivos, no se modifican más que a través de mucho tiempo. Con el estudio de las planimetrías de las viviendas reconstruye la formación de los núcleos urbanos y puede indicar la dirección de un estudio comparado de la tipologia de la casa francesa.

Con el mismo principio describe las ciudades construidas ex novo por los reyes de Francia. Montpazier no está solamente alineada con regularidad, sino que todas las casas son de igual dimensión y presentan la misma distribución. Las personas que iban a vivir a esta ciudad privilegiada se encontraban viviendo en un absoluto plano de igualdad. El estudio de las parcelas y del sistema de manzanas urbanas hace entrever a Viollet le Duc una historia de las clases sociales en Francia recabada del concepto de la historia anticipando la geografía social y las conclusiones de Tricart.

Es menester leer los mejores textos de la escuela francesa de geografía desarrollada a comienzo de este siglo para encontrar una igual actitud científica; aun la lectura más superficial del ensayo de Albert Demangeon sobre la casa rural en Francia evoca los escritos del gran tratadista.

Partiendo de la descripción del paisaje artificial del campo, Demangeon ve en la casa el elemento persistente que se modifica a través de mucho tiempo y cuya evolución es más larga y compleja que la de la economía rural a la que no siempre y fácilmente corresponde; así, otea la cuestión de las constantes tipológicas en la habitación preocupándose de buscar los tipos elementales de ésta.

Finalmente, la habitación tomada del ambiente rural demuestra que no sólo está derivada de aquel ambiente; presenta relaciones externas, parentescos lejanos, reflejos generales. Así pues, en el reparto geográfico de un tipo de casa muchas observaciones escapan al determinismo local, sea por lo que atañe a los materiales, a las estructuras económicas, a las funciones; y se perfilan las relaciones históricas y las corrientes culturales.

El análisis de Demangeon se detiene necesariamente frente a una concepción más vasta de la estructura de la ciudad y del territorio que había sido entrevista en cambio de forma global por los tratadistas; respecto de los estudios de Viollet-le-Duc, ha ganado en precisión y en rigor metodológico lo que ha perdido en comprensión general.

Significativamente, y también inesperadamente, corresponderá a un arquitecto considerado totalmente revolucionario volver a tomar los temas aparentemente lejanos de estos análisis para reproponerlos en una síntesis unitaria; en la definición de casa como máquina y de arquitectura como utensilio tan escandalosa para los cultivadores estetizantes del arte, Le Corbusier no hace otra cosa que recoger toda la enseñanza positiva de la escuela francesa basada en el estudio de lo real. En efecto, por los mismos años del ensayo citado, Demangeon habla de la casa rural como de un utensilio forjado por el trabajo del campesino.

La creación humana y el utensilio forjado parecen, por lo tanto, encerrar los hilos de este razonamiento en una visión de la arquitectura basada en lo concreto; a través de una visión totalizante que constituye quizá la aportación del artista.

Pero creo que una conclusión de este género acabaría por cerrar el discurso sin haber establecido un progreso si remitiera a cada personalidad y no a un progreso de la arquitectura como ciencia, la solución de las relaciones entre análisis y el proyectar; negando aquella esperanza contenida en la observación de De Laborde que veía, en la nueva generación, hombres de arte y de cultura que habían tomado el hábito de la crítica y de la observación, que veía, en otros términos, la posibilidad de una comprensión más profunda de la estructura de la ciudad.

Creo por ello que sólo con una más profunda meditación sobre el objeto de la arquitectura tal como aquí se ha entendido continuamente, la creación humana puede llevar adelante el análisis y la propuesta.

Pero esta meditación se debe extender necesariamente a toda la estructura que comprenda la relación entre obra individual y obra social, el depósito de los siglos, la evolución y las permanencias de las diversas culturas.

Sin ninguna complacencia literaria, pues, sino de acuerdo con mi deseo de un análisis más complejo, esta sección comienza con un pasaje de Victor Hugo que puede ser un programa de estudio.

En la pasión frecuentemente enfática hacia la gran arquitectura nacional del pasado, Victor Hugo, como tantos otros artistas y científicos, ha intentado comprender la estructura de la escena fija de las vicisitudes humanas. Y cuando nos indica la arquitectura de la ciudad en su aspecto colectivo y como «des espéces de formation» enriquece la investigación con una referencia tan autorizada como sugestiva.

En el párrafo precedente he avanzado algunas consideraciones sobre los resultados a los que han llegado especialistas de formación diversa en el estudio de la ciudad intentando poner de relieve cómo cualquier investigación sobre la ciudad tiene en primer plano el discurso sobre la arquitectura, llevando al filón más concreto de la arquitectura misma muchas de estas cuestiones.

Intento insistir en que desde la arquitectura, quizá mas que desde otros puntos de vista, se puede llegar a una visión totalizante de la ciudad y, por lo tanto, a la comprensión de su estructura; sobre todo, en este sentido, he subrayado 'los estudios acerca de la casa hechos por Viollet le Duc y por Demangeon, indicando cómo un análisis comparado de sus resultados puede dar lugar a afirmaciones de notable interés.

Además, en el campo de la arquitectura —he citado a Le Corbusier— es donde se han verificado hasta ahora estas síntesis.

Este discurso quería introducir —como se ha anunciado después de haber expuesto el concepto de locus— algunas observaciones sobre la ecología y la psicología, entendida esta última en sus aplicaciones a la ciencia urbana. Puede parecer casi obvio que un problema de este tipo sea suscitado directamente en una investigación que continuamente está recorrida por referencias a resultados obtenidos por este tipo de análisis.

Pero creo establecer algunos criterios para una discusión más amplia sobre este problema que atañe sólo lateralmente al presente libro.

La ecología como conocimiento de las relaciones entre el ser viviente y su ambiente no puede ser discutida aquí; es éste un problema que pertenece a la sociología y a la filosofía natural a partir de Montesquieu. Aludir a él, por el extraordinario interés que presenta, nos llevaría también demasiado lejos.

Consideremos sólo esta pregunta; el locus urbis, una vez determinado, ¿de qué manera influye en el individuo y la colectividad?

Me interesa aquí esta pregunta sólo en el sentido que Max Sorre ha dado a la pregunta base de la ecología; ¿de qué manera el ambiente influye en el individuo y en la colectividad? Max Sorre ha respondido que esta pregunta es tanto más interesante cuanto más se pone al mismo tiempo que su recíproca: ¿de qué manera el hombre cambia su ambiente?

Con ello la ecología humana cambia bruscamente de sentido: implica toda la historia de la civilización.

Nosotros hemos respondido a la pregunta, o al sistema que estas dos preguntas forman, cuando al comienzo de este estudio habíamos indicado las definiciones de la ciudad; como lo humano por excelencia.

Pero entonces será necesario repetir que también para la ecología, y para la ecología urbana a la que nos referimos, la investigación tiene un sentido único cuando la ciudad es vista en toda su construcción; como una estructura compleja. No se pueden estudiar las relaciones y las influencias entre el hombre, tal cual está históricamente determinado, y la ciudad reduciendo ésta a un esquema de ciudad. Me refiero a los esquemas urbanos de la ecología de la escuela norteamericana de Park a Hyot. Y a los desarrollos de estas teorias, las cuales pueden dar algun resultado, por lo que yo se, en la técnica urbanística, pero no mucha contribución al desarrollo de la ciencia urbana, la cual pretende estar fundada en hechos y no en esquemas.

El que el estudio de la psicología colectiva tenga una parte esencial en el estudio de la ciudad me parece incontestable. Algunas de las citas más importantes de los autores en los que cree apoyarse esta investigación se basan en el estudio de la psicología colectiva; y esta última se apoya en la sociología. Sobre estas relaciones existen amplios tratados. La psicología colectiva aparece, pues, en todas estas ciencias en las que la ciudad como objeto de estudio se encuentra en primer plano. Creo también que resultados útiles se pueden obtener de los experimentos llevados a cabo en la línea de la psicología de la Gestalt como habían sido iniciados por la Bauhaus en el campo de la forma y como son propuestos por la escuela norteamericana de Kevin Lynch.

Sobre todo, como confirmación experimental; en este libro, a propósito del barrio, me he referido precisamente a algunas conclusiones de Kevin Lynch para confirmar el carácter distintivo de los diferentes barrios en el interior de la ciudad.

Sin embargo, hay extensiones impropias de los métodos de la psicología experimental.

Pero antes de afrontar este problema es necesario que nos detengamos brevemente en la relación entre la ciudad y la arquitectura como técnica.

Cuando hablo de la constitución de un hecho y de su memoria entiendo que estos problemas son en gran parte de naturaleza colectiva; pertenecen a la ciudad; por lo tanto, a la colectividad. Podemos admitir ahora la teoría por la cual en un arte o en una ciencia los principios y los medios de acción están elaborados colectivamente o transmitidos por tradición, por lo que todas las ciencias y las artes son fenómenos colectivos. Pero al mismo tiempo no son colectivas en todas las partes esenciales; tienen como promotores individuos.

Ahora bien, precisamente esta relación entre un hecho colectivo, y tal es un hecho urbano que de otro modo seña inconcebible, y aquel que lo ha promovido y. actuado singularmente, y por otra parte, la relación entre este hecho urbano y aquel que participa de él, es lo que no puede ser iluminado más que por medio del estudio de las técnicas con que el hecho se manifiesta. Estas técnicas son diversas; una de ellas es la arquitectura y puesto que es la técnica tomada como objeto de este estudio, nos ocuparemos sobre todo de ella (y en parte de la economía y de la historia, por cuanto éstas se manifiestan en la arquitectura de la ciudad).

Esta relación entre el hecho urbano (colectivo) y el individuo es singular respecto a cualquier otra técnica o arte; tenemos que destacar, de hecho, que para que la arquitectura se imponga como un vasto movimiento cultural y. venga discutida y criticada fuera de su estrecho círculo de especialistas, es necesario que esta arquitectura se realice, que se convierta en parte de la ciudad, que llegue a ser la «ciudad». En cierto sentido no existen edificios de oposición» porque lo que siempre se realiza es debido a la clase dominante, o al menos debe surgir una posibilidad de conciliar ciertas nuevas exigencias con la específica realidad urbana.

Hay, por lo tanto, una relación directa entre la arquitectura en cuanto formulación de ciertas propuestas y las construcciones que se levantan en la ciudad. Pero es indudable igualmente que esta relación debe ser considerada en sus distintos términos; el mundo de la arquitectura puede desarrollarse y ser estudiado en su sucesión lógica de enunciados y de formas de modo suficientemente autónomo de la concreción del locus y de la historia.

Así, la arquitectura presupone la ciudad, pero puede constituirse dentro de una ciudad ideal, de relaciones perfectas y armónicas, donde desarrolla y construye sus términos de referencia. Diferente es la arquitectura concreta de la ciudad; que se encuentra en primer

lugar con aquella relación característica y ambigua, que ningún otro arte o ciencia pueda presentar. Así es comprensible la continua actitud demiúrgica de los arquitectos, de presentar sistemas en los que el orden espacial se convierte en el orden de la sociedad, y quiere transformar la sociedad. Como una superposición de planos diferentes e incongruentes.

Además del diseño, de la arquitectura en sí, existen los hechos urbanos, la ciudad, los monumentos; los estudios particulares realizados sobre cierto período, en cierto contorno, nos iluminan sobre ello. Chastel, al estudiar la Florencia del humanismo, nos muestra claramente todos aquellos vínculos de civilización y, por lo tanto, de arte y de historia y de política que median entre la nueva visión de la ciudad, Florencia (y Atenas y Roma y Nueva York), y el arte y las técnicas que iban elaborando la nueva ciudad.

Piénsese en Palladio; en las ciudades vénetas históricamente determinadas en las que vemos la obra de Palladio, y cómo el estudio de las mismas ciudades, de cada una de las mismas obras trasciende el Palladio arquitecto.

Aquí el concepto de locus del que he partido para desarrollar estos razonamientos adquiere todo su significado; y se convierte en un contexto urbano, se identifica con cada hecho.

Nos preguntamos también, ¿dónde empieza la individualidad? Empieza en el hecho particular, en la materia y en sus vicisitudes, y en la mente de los elaboradores de este hecho. Consiste también en el lugar que determina una obra: en sentido físico, pero también, y sobre todo, en el sentido de la elección de aquel lugar y de la unidad inseparable que se ha establecido entre el lugar y la obra.

La historia de la ciudad es también la historia de la arquitectura; pero la historia de la arquitectura es a lo sumo un punto de vista con el que considerar la ciudad. La incomprensión de esto ha empujado desde mucho tiempo atrás a estudiar la ciudad y su arquitectura refiriéndose a la imagen, y para desencallar el estudio de la imagen de algunos puntos muertos en los que había caldo al intentar verla a través de otras ciertas ciencias; por ejemplo, la psicología.

Pero, ¿qué nos puede decir la psicología si no que cierto individuo ve la ciudad de aquel modo y que varios individuos ven la ciudad de aquel modo? ¿Y cómo se puede relacionar esta visión privada e inculta con las leyes y los principios con los que la ciudad surge y por medio de los que forma su imagen?

Si nos ocupamos aquí de la arquitectura de la ciudad de modo complejo, no por esto abandonamos el campo de la arquitectura.

Al contrario, a nadie se le ocurriría pensar que cuando los atadistas nos dicen que los edificios pueden responder a criterios de solidez, utilidad y belleza tendrían que preocuparse después de explicarnos cuáles son las causas psicológicas de este principio.

Cuando Bernini habla con desprecio de París porque encuentra bárbaro el paisaje gótico de esta ciudad, a nosotros no nos interesa nada de la psicología de Bernini; interesa en cambio el juicio de un arquitecto que sobre la base de una cultura vasta y precisa de la ciudad juzga la constitución de otra ciudad; o que Mies van der Rohe tenga cierta visión de la arquitectura, nos importa no para saber el «gusto» o «la actitud» del alemán medio hacia la ciudad, sino para poder ver cuál es la base teórica, la herencia cultural sobre la ciudad alemana del clasicismo schinkeliano y de otros hechos conexos con ella.

El crítico que discute porque el poeta ha usado un nuevo ritmo en cierto lugar de su poesía, está considerando qué problema compositivo se le ha presentado en aquella

ocasión. Y, así, el critico que estudia que relacion hay o como entendemos la poesia de Foscolo se ocupa de la literatura italiana y posee todos los medios aptos para ocuparse de este problema.

Naturalmente, las técnicas y las artes no han resuelto todos sus problemas; y a medida que resuelven algunos de ellos otros asoman.

Es posible, pues, que sepamos muy poco sobre la relación entre la ciudad y algunas arquitecturas, entre un hecho urbano particular y nuestra capacidad de entenderlo y de promoverlo, pero ello no significa que no nos sea permitido estudiarlo con los instrumentos que poseamos.

Ahora bien, para llevar adelante este análisis no nos es posible hacer otra cosa que enfrentarnos con algunos de estos hechos típicos o singulares, e intentar entender cómo estos problemas surgen y se iluminan en ellos y a través de ellos. Quizás estos nuevos razonamientos sobre las cosas, sobre la ciudad como arquitectura, podrán ofrecernos nuevos fundamentos o al menos una nueva comprensión.

Los arquitectos de todos los tiempos se han dado cuenta de esto; y los arquitectos de la época moderna han intentado sistemas lógicos para recuperar este hecho, pero no siempre sus resultados han sido positivos; a veces los lugares y las culturas particulares les han favorecido, otras veces estos mismos elementos les han engañado.

Se me ocurre pensar muchas veces, desde este punto de vista, en el valor del simbolismo en arquitectura; que es probablemente la explicación más sensata del simbolismo (pensar de hecho en el simbolismo como en la construcción misma del símbolo de un acontecimiento es una mera posición funcionalista).

Y entre los simbolistas, pienso en los arquitectos de la Revolución y en los constructivistas (también ellos entre los otros arquitectos de la Revolución), así como precisamente en los momentos decisivos de la historia la arquitectura se repropone esta necesidad de ser «signo» y «acontecimiento» para poder fijar y construir ella misma una época nueva.

En el símbolo, pues, se resume por un lado la arquitectura y sus principios, por el otro hay la condición misma de construir el impulso. La esfera no sólo representa, o mejor, no representa sino que es por sí misma la idea de una igualdad, su presencia como esfera. Y por esto, como monumento, es la constitución de la igualdad. La trabazón con la continuidad de los hechos urbanos está como perdida y debe ser encontrada en condiciones nuevas y que son nuevos fundamentos. Se piensa siempre en la discusión sólo aparentemente de naturaleza tipológica sobre las plantas centrales en el período del humanismo: «la función del edificio es doble, disponer el alma lo mejor posible para sus facultades contemplativas y con ello llegar a una especie de terapéutica espiritual que exalta y purifica el espectador; y hasta la sublimidad misma de la obra realiza un acto de adoración que adquiere el tono religioso a través de la belleza absoluta».

Ahora bien, las disputas sobre la planta central, mientras van acompañadas de las tendencias de reforma o de simplificación de la práctica religiosa en el interior de la iglesia, recuperan un tipo de planta que había sido una de las formas típicas de la Baja Antigüedad antes de convertirse en el tipo canónico de Iglesia del Imperio bizantino. Chastel resume todo ello cuando afirma: «[...] tres series de consideraciones jugaban a favor de la planta central: el valor simbólico anexo a la forma circular, el gran número de especulaciones geométricas provocadas por el estudio de los volúmenes en los cuales venían combinándose esfera y cubo, y el prestigio de los ejemplos históricos».

Tomemos a San Lorenzo Milanese.

El esquema de San Lorenzo vuelve directamente al Renacimiento y es analizado continuamente en forma casi obsesiva en los cuadernos de Leonardo. Pero llega a ser después un hecho excepcional su presencia en los cuadernos de Borromini, que está terriblemente influido por los dos mayores monumentos milaneses: San Lorenzo y el Duomo.

Borromini pone entre estos dos edificios toda su arquitectura e introduce características desconocidas casi biográficas al aparejar el verticalismo gótico del Duomo a la planta central de San Lorenzo.

Por otra parte, en el San Lorenzo, cual lo vemos hoy, hay añadidos de varios tipos; desde el barbárico (San Aquilino) hasta el renacentista (Martino Bassi) y toda la construcción permanece en el lugar de las antiguas termas romanas, en el mismo corazón de la Milán romana.

Pongámonos ahora ante un monumento; ¿es posible hacernos la pregunta del diseño del ambiente urbano? ¿Hablar de esta obra en puros términos de figurabilidad? Me parece mucho más justo investigar su significado, su razón, su estilo, su historia.

De este modo se manifiesta a los artistas del Renacimiento; y llega a ser una idea de arquitectura que se repropone en un diseño nuevo. Nadie puede hablar de arquitectura de la ciudad ignorando estos hechos; y éstos cada vez han de ser mejor conocidos. Son el principal fundamento de una ciencia urbana. La excepción particular que ha sido concedida a la arquitectura del simbolismo puede revestir toda la arquitectura; y sobre todo por la identificación entre acontecimiento y signo que ella comporta. La necesidad de establecer un nuevo juicio es lo que se plantea más o menos necesariamente en ciertos períodos de la arquitectura.

Hay obras que constituyen un acontecimiento originario en la constitución urbana y que permanecen y se caracterizan en el tiempo transformando su función o negando la originalidad hasta constituir un fragmento de ciudad, hasta el punto de que nosotros las consideramos más desde el punto de vista puramente urbano que desde el de la arquitectura. Hay obras que designan una nueva constitución, el signo de nuevos tiempos en la historia urbana; las más de las veces éstas van unidas a períodos revolucionarios, a acontecimientos decisivos en el curso histórico de la ciudad.

Es evidente que, aunque este libro se ocupe de la arquitectura de la ciudad considerando estrechamente vinculados los problemas de la arquitectura en sí y los de la arquitectura urbana entendida como un todo, no puede afrontar algunos problemas específicos de la arquitectura; me refiero a los problemas compositivos. De hecho, creo que estos problemas tienen decididamente autonomía propia; consideran la arquitectura en tanto que composición. Ello significa igualmente que consideran el estilo.

He intentado mas arriba diferenciar los hechos urbanos en cuanto tales y la arquitectura en sí; quiero ahora decir que desde el punto de vista de la arquitectura urbana los resultados más importantes, concretamente verificables, se tienen por la coincidencia de estos dos aspectos; y por la influencia que tiene un problema sobre el otro.

Sin embargo, lo que quiero decir ahora exactamente sobre la arquitectura, y sobre la composición y el estilo, es que ésta es incidente y determinante en la constitución de los hechos urbanos cuando está en disposición de asumir toda la dimensión civil y política de una época; cuando es altamente racional, comprensiva y transmisiva; en otros términos, cuando puede ser juzgada como estilo.

Este fundamento de la arquitectura es también el único que implica la posibilidad de una enseñanza propia; y de una enseñanza tal que pueda dar un estilo universal.

La identificación de algunos hechos urbanos y de la misma ciudad con el estilo de la arquitectura es tan inmediato en cierto contorno de espacio y de tiempo que podemos hablar con discreta precisión de la ciudad gótica, de la ciudad barroca, de la ciudad neoclásica.

Estas definiciones estilísticas llegan a ser al mismo tiempo definiciones morfológicas; precisan la naturaleza de los hechos urbanos. En este sentido es posible hablar de diseño urbano.

Por lo tanto, para que esto suceda es necesario que un momento de decisiva importancia histórica y política coincida con una arquitectura racional y definida en sus formas; entonces es posible por parte de la comunidad resolver el problema de la elección, querer una ciudad y rechazar otra.

Me ocuparé de ello al hablar del problema de las elecciones y del problema político de la ciudad.

Por ahora es útil afirmar el hecho de que ninguna elección puede ser hecha sin estas condiciones; y de que la constitución de un hecho urbano no es en si misma posible sin esta coincidencia.

Los principios de la arquitectura son únicos e inmutables; pero las respuestas que las situaciones concretas, las situaciones humanas, dan a cuestiones diferentes son continuamente diferentes también. Por un lado tenemos, pues, la racionalidad de la arquitectura. Por el otro, la vida de las obras.

Cuando la arquitectura plantea el problema de la constitución de nuevos hechos urbanos que no responden a la situación real de la ciudad, se plantea necesariamente en el plano del esteticismo; sus resultados sólo pueden corresponder históricamente a los movimientos reformistas.

Esta asunción de los hechos urbanos como principio y fundamento de la constitución de la ciudad niega y se contrapone al problema del town-design. El problema del diseño a escala urbana es entendido normalmente en el sentido del ambiente; se trata de configurar, de construir un ambiente homogéneo, coordinado, continuo que pueda presentarse con la coherencia de un paisaje. Se investigan leyes, motivos, órdenes, que no surgen de la realidad histórica de la ciudad como ella es, sino que van ligados a un plan, a un diseño general de cómo debe ser.

Estas teorías son aceptables y concretas sólo cuando conciernen a una «parte de ciudad» en el sentido en el que hemos hablado de ésta en el primer capítulo, o cuando se refieren a un conjunto de edificios. Esta teoría no puede desembocar en nada positivo en la formación de la ciudad; también es cierto que muchas veces los hechos urbanos se presentan como traumas en el interior de cierto orden y sobre todo como algo que constituye, no como algo que continúa las formas.

Una concepción de este tipo, que reduce la forma de los hechos urbanos a una imagen y al gusto con que esta imagen es captada, resulta demasiado limitada en la comprensión de la estructura de los hechos urbanos; a esta concepción se opone en cambio la posibilidad de establecer hechos urbanos en toda su entereza, capaces, pues, de resolver una parte de ciudad de manera completa determinando todas las relaciones que se pueden establecer en cierto hecho.

En un reciente estudio sobre la formación de la ciudad moderna, Carlo Aymonino? ha ilustrado cómo la tarea de la arquitectura moderna es la de poner a punto una serie de conceptos y de relaciones que, si bien tienen desde el punto de vista tecnologico y distributivo algunas leyes fundamentales comunes a todos. se verifican en modelos parciales y diferenciados precisamente por medio de su resolución en una forma arquitectónica completa y particularmente reconocible. Afirma además que, roto el sistema de los destinos de uso en el plano horizontal, previsión de zona, y de la utilización edificatoria puramente volumétrico-cuantitativa (normas y reglas), la sección arquitectónica se convierte en una de las imágenes de partida, en el núcleo generador de toda la composición.

Me parece que el reproponer también, basándose en la proyección arquitectónica, el edificio en toda su concreción puede dar nuevo impulso a la misma arquitectura, reconstituyendo aquella visión global de análisis y de propuesta sobre los que se ha insistido mucho. Una concepción de este tipo, en la que la tension arquitectónica prevalece imponiéndose en primer lugar como forma, responde a la naturaleza de los hechos urbanos tal cual son realmente.

La constitución de nuevos hechos urbanos, que en otros terrenos significa el crecimiento de la ciudad, siempre ha acaecido por la precisión de una serie de elementos; y justamente la máxima precisión de éstos ha originado una serie de reacciones que no son espontáneas, y aun no siendo previsibles en sus modos concretos de actuación, son previstas, sin embargo, en un cuadra general. En este sentido el plano de desarrollo puede tener un significado.

He intentado demostrar que esta teoría nace del análisis urbano, de la realidad; esta realidad contradice a todos los que creen que funciones preordenadas pueden por sí mismas dirigir los hechos y que el problema es el de dar forma a ciertas funciones; en realidad, son las formas mismas en su constituirse las que van más allá de las funciones a las que deben llevar a cumplimiento; se presentan como la ciudad misma.

En este sentido también el edificio se identifica con la realidad urbana; y aquí se ilumina el carácter urbano de los hechos arquitectónicos, los cuales adquieren mayor significado respecto a las características del «proyecto». Querer entenderlo separadamente de éstas, intentando forzar e interpretar las funciones puramente distributivas como momentos de representación, vuelve a llevar el discurso a la estrecha visión funcionalista de la ciudad. Visión negativa cuando después se pretende concebir el edificio como un andamiaje susceptible de variaciones, como continente abstracto que sigue todas las funciones que progresivamente lo completarán.

Repito que sé muy bien que la alternativa a la concepción funcional no es sencilla ni fácil, y que si por un lado debemos oponernos al funcionalismo ingenuo, por el otro debemos tomar en consideración el conjunto de las teorías funcionalistas. Pero es igualmente oportuno perfilar los límites dentro de los cuales ésta se repropone continuamente y los equívocos que contiene incluso en las propuestas más actualizadas, que aparentemente parecen contradecirla.

Según mi teoría, no superaremos estos aspectos hasta que no nos demos cuenta de la importancia de la forma y de los procesos lógicos de la arquitectura; viendo en la misma forma la capacidad de asumir valores, significados y usos diversos. Precisamente, al desarrollar este mismo argumento he puesto los ejemplos del teatro de Arles y del Coliseo; en general, siempre me he referido a cuestiones de este tipo también hablando de los monumentos.

Intento demostrar, además, que el conjunto de estos valores, incluida la misma memoria, es lo que constituye la estructura de los hechos urbanos; estos valores no tienen nada de común ni con la distribución ni con el funcionamiento tomados en sí. Tengo para mí que el desarrollo de ciertas funciones no cambia, o cambia solo con caracteres de necesidad. Estoy convencido, por otra parte, de que la mediación entre funcionamientos y esquemas distributivos sólo puede realizarse por medio de la forma.

Cuantas veces nos encontramos ante hechos urbanos reales estamos en disposición de darnos cuenta de su complejidad; esa complejidad de su estructura ha superado la atribución unívoca de su funcionalidad. Destino de uso en el plano horizontal y

esquemas distributivos pueden ser solamente referencias, indudablemente útiles para un análisis de la ciudad como manufactura.

En las páginas precedentes hemos partido del concepto del locus para avanzar algunas consideraciones sobre la arquitectura de la ciudad y sucesivamente sobre el valor de los hechos arquitectónicos en la constitución y en el crecimiento de la ciudad.

A la luz de estas consideraciones volveré ahora sobre la relación entre la arquitectura y el locus para considerar sucesivamente otros aspectos de este problema y el valor del monumento en la ciudad.

Probaremos de observar el Foro romano desde este punto de vista, con la certeza de que investigaciones profundizadas en monumentos de esta importancia podrán ofrecernos materiales fundamentales para la comprensión de los hechos urbanos.

El Foro romano, centro del Imperio, referencia en las construcciones y en las transformaciones de muchísimas ciudades del mundo clásico y fundamento de la arquitectura del clasicismo, tiene formas y situación anómalas respecto de la ciencia de la ciudad tal cual era practicada por los romanos.

Sus orígenes son geográficos e históricos al mismo tiempo; una zona baja y pantanosa entre colinas empinadas, en el centro aguas estancadas entre sauces y cañaverales que se inundaban completamente durante las lluvias; en las colinas, bosques y pastos. Así vio el Foro Eneas:

[..] passimque armenta videbant

Romanoque foro et lautis mugire Carinis.

(AEM., VIII, V 360)

Así los latinos y los sabinos que se establecieron en el Esquilino, en el Viminal, en el Quirinal.

Estos lugares favorables para los encuentros de los pueblos de la Campania y de la Etruria favorecían los asentamientos. Los arqueólogos confirman que ya durante el siglo viii los latinos descendían de sus colinas para depositar aquí sus muertos. Así el valle del Foro, y la necrópolis descubierta por Boni entre 1902 y 1905 al pie del templo de Antonino y de Faustina constituye el testimonio más antiguo que el hombre haya dejado en él. Necrópolis, después sede de batallas o más probablemente de ritos religiosos, se convierte cada vez más en la sede de una nueva forma de vida, el principio de la ciudad que se va formando con las tribus esparcidas por las colinas; que se encuentran y se funden.

La conformación geográfica dictó el recorrido de los senderos, después el de las calles remontando los valles en el sentido de su mínima pendiente (vía Sacra, Argiletus, vicus Patricius) o las que seguían los itinerarios de las pistas extraurbanas; ningún claro diseño urbanístico, sino una estructura obligada por el terreno. Este carácter de unión con el terreno, con las condiciones del desarrollo de la ciudad, permanece después en toda la historia del Foro, en su forma, que lo hace así diferente de los de las ciudades de nueva fundación.

De donde esta irregularidad ya criticada por Livio ([....] Ea est causa, cur veteres eloacae primo per publicum ductae nunc privata passim subenan tecta, formaque urbis sit accupatae magis quam divisae similis [...]), la culpa de la cual atribuye a la velocidad de la reconstrucción después del incendio galo, y la imposibilidad de aplicar la limitatio fue debida precisamente al tipo de crecimiento muy parecido al de las ciudades contemporáneas que Roma tuvo que seguir.

Alrededor del siglo XV el Foro cesó su actividad como lugar de mercado (perdió, pues, una función que había sido fundamental) y se convirtió en una auténtica y verdadera plaza casi siguiendo el dictado de Aristóteles, que alrededor de aquella época escribía: «La plaza pública [...] nunca será ensuciada con mercancías y el ingreso a ella será prohibido a los artesanos [...] lejana y bien separada de ella será la que sea destinada al mercado libre".

Y precisamente en esta época el Foro se va cubriendo de estatuas, de templos, de monumentos; así el valle que estaba lleno de fuentes locales, de lugares sagrados, de mercados, de tabernas empieza a enríquecerse en basílicas, enjemplos y en arcos y permanece surcada por dos grandes vías, la Sacra y la Nova, donde van a parar diversas callejuelas.

Después de la sistematización de Augusto y de la ampliación de la zona central de Roma con el Foro de Augusto y los mercados trajanos, después de las obras de Adriano y hasta la caída del Imperio, el Foro no pierde su carácter esencial de lugar de encuentro, de centro de Roma; Forum romano o Forum Magno, acaba siendo un hecho específico en el interior mismo de la ciudad, una parte que resume el todo.

Así escribe Romanelli: « [...] En la vía Sacra y en las calles adyacentes se amontonaban las tiendas de lujo, y la gente pasaba curioseando sin querer nada, sin hacer nada, sólo esperando que llegasen las horas del espectáculo y de la apertura de las termas; recordemos el episodio del «pesado» que Horacio nos ha descrito brillantemente en su sátira; "ibam forte via II...] Sacra". El episodio se repetía mil veces al día, todos los días del año, menos aquellos en los que algún trágico acontecimiento, en los palacios imperiales del Palatino o en el campo de los pretorianos, conseguía aún sacudir el ánimo túrpido de los romanos. Porque el Foro fue también a veces, durante el Imperio, teatro de acontecimientos sangrientos, pero fueron acontecimientos que se encerraron y se agotaron casi siempre en sí mismos a la vista del lugar donde se desarrollaron, y, se podría decir, de la ciudad misma.

La gente pasaba por allí sin querer nada, sin hacer nada: es la ciudad moderna, el hombre del gentío, el ocioso que participa del mecanismo de la ciudad sin conocerlo, perteneciéndole sólo en su imagen. Y el Foro se convierte así en un hecho urbano de extraordinaria modernidad; tiene en sí todo lo que hay de inexpresable en la ciudad moderna.

Se me ocurre pensar en las palabras de Poéte, que singularmente nacen de su conocimiento extraordinario de la ciudad antigua y del París moderno: "[...] Un hálito de modernidad parece exhalarse hasta nosotros de este mundo lejano: tenemos la impresión de que nos sentiremos excesivamente fuera de nuestro ambiente en ciudades como Alejandría o Antioquía, como en ciertos momentos nos sentimos más próximos de la Roma imperial que de alguna ciudad medieval».

¿Qué une al ocioso al Foro, por qué es íntimamente partícipe de este mundo, por que se identifica con la ciudad a través de esta ciudad? Se trata de un misterio que los hechos urbanos suscitan en nosotros.

Vinculado al origen de la ciudad, extremada e increiblemente transformado en el tiempo pero siempre crecido sobre si mismo, paralelo a la historia de Roma que se documenta en todas sus piedras históricas y en una leyenda como Lapis Niger y los dioscuros; llegado hasta nosotros con sus signos más claros y espléndidos, el Foro romano constituye uno de los hechos urbanos más iluminadores de cuantos podamos conocer.

El Foro resume Roma y es parte de Roma; es el conjunto de sus monumentos, pero su individualidad es más fuerte que cada uno de ellos; es la expresión de un diseño preciso o al menos de una precisa visión del mundo de las formas, la clásica, pero sin embargo, su diseño es más antiguo, casi persistente y preexistente en el valle a donde se llegaban los pastores de las primitivas colinas. No sabría definir de otro modo lo que es un hecho urbano; es la historia y la invención.

Por lo tanto también es, y en este sentido se toma aquí particularmente, una de las más altas lecciones de arquitectura que conozcamos.

Resulta oportuno ahora distinguir entre este «lugar» y el ambiente como viene entendido frecuentemente en los tratados de arquitectura y en los relativos al diseño urbano.

El análisis que se ha intentado aquí de los valores del locus pretende presentar una definición extremadamente racional de un hecho complejo por su naturaleza pero en el que es necesario intentar hacer algo de luz, exactamente como un científico cuando se enfrenta con temas que intentan aclarar el mundo indistinto de la materia y sus leyes; acerca del valor psicológico de este análisis, ya nos hemos ocupado de él más arriba.

Como quiera que sea, el locus entendido así no tiene puntos de contacto con el ambiente; el ambiente parece extraordinariamente vinculado a la ilusión, a la ilusividad; lingúisticamente está vinculado a expresiones como «se forjaba la ilusión de vivir en el Medievo» o «allí todo era diferente» y otras perlas de este género. Un ambiente entendido así nada tiene de común con la arquitectura de la ciudad; es concebido como una escena, y en tanto que escena requiere ser conservado expresamente por sus funciones; se trata de una necesaria permanencia de funciones que salvan sólo con su presencia la forma e inmovilizan la vida y entristecen como todas las falsedades turísticas de un mundo desaparecido.

No por casualidad este concepto de ambiente es aplicado muchas veces y recomendado por aquellos que pretenden conservar las ciudades históricas manteniendo las fachadas antiguas o reconstruyendo de modo tal que se mantengan los perfiles y los colores y las cosas de este género; y ¿ qué encontramos después de estas operaciones, suponiendo que sean sostenibles y realizables? Una escena vacía, con frecuencia repugnante.

La reconstrucción del centro de Frankfurt, una pequeña parte, según el principio del mantenimiento de los volúmenes góticos con arquitecturas seudomodernas o seudoantiguas, es una de las cosas más tristes que recuerdo. No se sabe precisamente dónde ha ido a parar aquella sugestividad y aquella ilusión que parece preocupar tanto estas iniciativas.

En realidad, cuando hablamos de monumento podemos muy bien entender también una calle, una zona, un país; pero entonces, si se conserva, se debe conservar todo, como han hecho los alemanes en Quedlinburg. Aunque si bien vivir en Quedlinburg puede ser al fin bastante obsesivo, es justificable en cuanto esta pequeña ciudad es un eficaz museo del gótico (y extraordinario museo de tanta historia alemana); de otro modo no hay justifícacion.

Caso típico a este propósito lo es Venecia, que merece un tratamiento particular.

Sin embargo, no quiero detenerme en este tema, que por otra parte está muy debatido y requiere ser sostenido con ejemplos muy precisos y difícilmente generalizables, pero haré también una referencia partiendo del análisis del Foro romano anticipada más arriba.

En junio de 1811, De Tournon exponía al conde De Montalivet, ministro del Interior, su programa para el Foro:

Trabajos para la restauración de monumentos antiguos. Apenas se aborda el tema, se presenta en la mente el primero de todos, el Forum, célebre lugar en el que tales monumentos están directamente amontonados y se unen a los más grandes recuerdos. Las restauraciones de tales monumentos consisten sobre todo en librarlos de la tierra que recubre sus partes inferiores, en enlazarlos después entre sí y finalmente en hacer el acceso a ellos cómodo y agradable {....} La segunda parte del proyecto considera la reunión de los monumentos entre sí mediante un paseo regularmente sistematizado.

He considerado en un plano, trazado bajo mi dirección, un tipo de relación y sólo podré referirme a él [...]. Sólo añadiré que el monte Palatino, inmenso museo todo cubierto por magníficos restos de los palacios de los césares, debe ser necesariamente comprendido en la parte de jardín que hay que plantar, y tal jardín, por los monumentos que deberá encerrar, por los recuerdos de los que estará lleno, será desde luego único en el mundo.

La idea de De Taurnon no fue realizada y probablemente hubiera sacrificado al diseño del jardín gran parte de los monumentos privándonos de una de las mas grandes experiencias arquitectónicas; pero por esta idea, con el advenimiento de la arqueología científica, el problema de los Foros se convierte en un gran problema de urbanística en conexión con la misma continuidad de la ciudad moderna. Era necesario, en primer lugar, concebir la exploración del Foro no ya como un estudio de cada uno de sus monumentos, sino como una investigación íntegra de todo el complejo; concebido el Foro no como una suma de arquitecturas sino como un hecho urbano global, como la permanencia de la Roma misma. Es significativo que la idea encuentre apoyo y se desarrolle en la República Romana de 1849; aquí también es la acción de la revolución que lee la Antigüedad de modo moderno, y no son ajenas, sino precisamente directamente ligadas a las experiencias de los arquitectos parisienses.

Pero la idea es más fuerte que las contingencias políticas y prosigue, con vicisitudes diferentes, también bajo la restauración pontificia.

Si consideramos hoy este problema desde el punto de vista arquitectónico, muchas consideraciones llevan a entrever la posibilidad de una reconstrucción del Foro y de su reunión con el Foro de Augusto y los mercados trajanos utilizando en la ciudad moderna este enorme complejo.

Pero basta aquí haber expuesto que este gran monumento es hoy una parte de Roma, que resume la ciudad antigua, que es un monumento de la ciudad moderna, que es un incomparable hecho urbano.

Y se nos ocurre pensar que si la plaza de San Marcos de Venecia permaneciese en pie con el palacio ducal en una ciudad completamente diferente, como quizá será la Venecia del futuro, no experimentaríamos por ello una emoción menor y no seríamos menos artífices de la historia de Venecia encontrándonos en el centro de este excepcional hecho urbano.

Me acuerdo de los años de la posguerra, de la visión de la catedral de Colonia en la ciudad destruida; nada puede tener para la fantasía el valor de esta obra permaneciendo intacta entre las ruinas. Desde luego, una reconstrucción encalada y fea de la ciudad circunstante es dañosa, pero no toca el monumento; igual como tantas feas sistematizaciones de muchos museos modernos pueden irritamos, pero no por ello deforman o alteran el valor de cuanto es expuesto en ellos.

Esta acotación debe ser entendida, naturalmente, en un sentido únicamente analógico; muchas veces me he detenido a considerar el valor de un monumento como hecho urbano; esta analogía con el valor del monumento en las ciudades destruidas sirve sólo para poner en claro dos puntos: el primero, que no es el ambiente o algún otro carácter ilusionístico lo que nos sirve para comprender el monumento; el segundo, que sólo comprender el monumento como hecho urbano singular, u oponiéndole otros hechos urbanos, se puede establecer un sentido en la arquitectura de la ciudad. El significado de todo ello está sintetizado para mí en el plano de Roma de Sixto y; las basílicas se convierten en los lugares auténticos de la ciudad, su conjunto es una estructura que toma su complejidad de estos hechos primarios, de las calles que se le reúnen, de los espacios «residencia» que se encuentran en el interior del sistema.

Fontana presenta de este modo las características del plan, su punto de partida: «Queriendo aún Nuestro Señor facilitar la calle a los que movidos por devoción o por votos suelen visitar constantemente los muy santos lugares de la ciudad de Roma, y en particular las siete iglesias tan celebradas por las grandes indulgencias y reliquias que hay, ha abierto en muchos lugares calles amplísimas y derechísimas, de manera que pueda cada uno, a pie, a caballo, y en coche, salir de cualquier lugar de Roma e irse casi directamente a las más famosas devociones».

Giedion, que fue quizás el primero en comprender la extrema importancia de este plan, lo expone así: «{...} El suyo no era un plan pensado sobre el mapa; Sixto V tenía a Roma como en su sangre; él mismo había seguido fatigosamente a pie las calles que los peregrinos tenían que recorrer, y había experimentado las distancias entre los diversos puntos y, en marzo de 1588, cuando abrió la nueva calle que unió el Coliseo con Letrán, la recorrió toda a pie con sus cardenales hasta el palacio de Letrán, entonces en construcción.

Sixto V dispuso sus calles orgánicamente como una espina dorsal allí donde la estructura topográfica de Roma lo requería, pero fue sin embargo lo suficiente sabio para incorporar con gran cuidado todo lo que le fue posible de la obra de sus predecesores {...}. Ante los edificios construidos por él, Letrán y el Quirinal, y en todos los puntos en los que las calles se cruzaban, Sixto V proveyó la apertura de grandes espacios libres suficientes para desarrollos sucesivos {....}. Aislando la Columna Antonina y trazando el perímetro de la plaza Colonna, en 1588 creó el actual centro de la ciudad. La Columna Trajana próxima al Coliseo, con la vasta plaza que la circunda, fue pensada como una unión entre la ciudad vieja y la nueva {...}. El instinto urbanístico de Sixto V y de su arquitecto está demostrado también con la elección del punto en el que erigió el obelisco, por la justa distancia de la catedral no acabada {...}. El último de los cuatro obeliscos que Sixto V consiguió alzar es el que tuvo quizá la posición más significativa. Colocado a la entrada septentrional de la ciudad, señala la confluencia de tres calles principales (como también del prolongamiento de la calle Felice, muchas veces proyectado y nunca realizado). Dos siglos más tarde la plaza del Pueblo se habría cristalizado alrededor de este punto. Solamente otro obelisco ocupa una posición tan dominante: el de la plaza de la Concordia, alzado en 1836».

Creo que en esta página de Giedion, cuya aportación personal al mundo de la arquitectura siempre es extraordinaria, ha dicho muchas cosas sobre la ciudad en general además de lo dicho sobre el plan considerado.

Son significativas las observaciones en las que habla del primer plan no pensado sobre el mapa, sino directamente vivido en sus datos inmediatos, empíricos, donde habla de un plan bastante rígido pero atento a la estructura topográfica de la ciudad y en el que,

aun en sus características revolucionarias, precisamente diría que en virtud de éstas, incorpora y valoriza todas las iniciativas precedentes que se presentan con caracteres de validez, que están en la ciudad.

A ella se añade la consideración acerca de los obeliscos, de los lugares de los obeliscos, de estos signos alrededor de los cuales se cristaliza la ciudad; quizá nunca la arquitectura de la ciudad, ni siquiera en el mundo clásico, ha conseguido una tal unidad de comprensión y de creación; todo un sistema urbano se realiza, se dispone según líneas de fuerza prácticas e ideales a un mismo tiempo, y la ciudad se reencuentra toda ella señalada por puntos de unión y de agregación futura. Las formas de los monumentos (recuérdese la transformación del Coliseo en hilandería) y la forma topográfica permanecen firmes en un sistema que cambia; como si, comprendida la colocación de obeliscos en lugares particulares, la ciudad fuese pensada en el pasado y en el porvenir.

Se puede objetar que al anticipar estas consideraciones sólo hago referencia a la ciudad antigua; a esta crítica se puede responder con dos argumentos: el primero, que constantemente hemos tenido como hipótesis de este estudio, es el de que aquí no se hace ninguna diferencia entre ciudad antigua y ciudad moderna, entre un antes y un después, desde el punto de vista de la manufactura; el segundo, que no existen ejemplos de ciudades articuladas exclusivamente en hechos urbanos modernos o que al menos tales ciudades no son para nada típicas, siendo propio de la ciudad su carácter de permanencia en el tiempo.

Por otra parte, concebir la fundación de la ciudad por elementos primarios es a mi parecer también la única ley racional posible; es decir, la única extracción de un principio lógico en la ciudad para continuarla. Como tal así ha sido asumida en la época de la Ilustración y como tal ha sido rechazada por las teorías destructoras de la ciudad como progreso; piénsese en la crítica de Fichte a la ciudad occidental, donde la defensa del carácter comunitario de la ciudad gótica (Voik) contiene ya la crítica reaccionaria de los años siguientes (Spengler) y la concepción de la ciudad como fatalidad.

Aunque no me ocupe aquí de estas teorías o visiones de la ciudad, es indudable que ellas tenían su traducción en una ciudad sin referencias formales y que se oponen, más o menos conscientemente en los epígonos, al valor ilustrado del plano.

También desde este punto de vista se puede anticipar la crítica a los socialistas románticos; a los diferentes conceptos de comunidad autosuficientes y a los falansterios.

Ellos admiten y sostienen que la ciudad no puede expresar ni un valor que la trascienda y ni tan siquiera valores comunes que la representen, y pretenden que la reducción utilitarista y funcional de la ciudad (o sea, en la residencia y en los servicios) es la alternativa «moderna» a la primera.

La concepción progresista cree, en cambio, que precisamente por ser la ciudad un hecho eminentemente colectivo se precisa y está en aquellas obras cuya naturaleza es esencialmente colectiva; y que aun naciendo tales obras como medios para constituir la ciudad, en seguida se conviertan ellas en un fin; y tengan este fin en su ser y en su belleza.

Y que tal belleza resida al mismo tiempo en las leyes de la arquitectura y en la elección por la que la colectividad quiere estas obras.

- del locus entendido como punto singular y de la situación;
- de los fundamentos de la arquitectura y de su relación con la ciudad;
- del ambiente y del monumento.

Me doy cuenta de que el concepto de locus debe ser objeto de investigaciones particulares; un estudio de este tipo aplicado a toda la historia de la arquitectura podrá dar lugar a resultados significativos. Del mismo modo se deberá analizar la relación entre el locus y el proyectar.

Sólo a la luz de estas investigaciones se podrá resolver el contraste aparentemente irremediable entre el proyectar como elemento racional y como imposición y la naturaleza del lugar que participa en la obra.

En esta relación está comprendido el concepto de individualidad. Se ha intentado ver cómo el uso del término ambiente, tal como es entendido normalmente, es un estorbo para la investigación.

Al ambiente se ha contrapuesto el monumento; el monumento, además de que está históricamente determinado, tiene una realidad propia y analizable. Podemos, por otra parte, proponernos construir «monumentos»; pero como se ha observado anteriormente, para hacerlo necesitamos una arquitectura, esto es, un estilo: La reducción de los problemas urbanos a su realidad física no puede acontecer de otra manera. Sólo la existencia de un estilo arquitectónico puede permitir elecciones originales: de estas elecciones originales crece la ciudad

La arquitectura se presenta aquí como una técnica. La cuestión de las técnicas no puede ser subvalorada por quien se plantea el problema de la ciudad; también ahí es demasiado fácil observar cómo el razonamiento de la imagen es inútil siempre que no se concrete en la arquitectura que forma esta imagen. La arquitectura se convierte, pues, por extensión, en la ciudad; tiene su base, más que cualquier otro arte, en la conformación de la materia y en la sujeción de la materia según una concepción formal.

La ciudad se presenta aún como una gran manufactura arquitectónica. No es posible ocuparnos más extensamente de esta concepción formal.

Se ha intentado ver la correspondencia que hay en la ciudad entre signo y acontecimiento; pero esto no es suficiente si no extendemos el análisis a toda la génesis de la forma arquitectónica. Ahora bien, se puede afirmar que la forma arquitectónica de la ciudad es ejemplar en cada monumento, cada uno de los cuales es una individualidad en sí. Son como las fechas; sin ellas, un antes y un después, no podremos comprender la historia.

Aunque, como se ha dicho, no sea objeto del presente estudio ocuparse de la arquitectura en sí, sino de la arquitectura como componente del hecho urbano, se deben anticipar algunas consideraciones.

Es inútil pensar que el problema de la arquitectura puede resolverse desde el punto de vista compositivo en la investigación o descubrimiento de un nuevo ambiente o en una pretensa extensión, como se dice, de sus parámetros. Estas proposiciones están desprovistas de sentido desde el momento en que el ambiente es precisamente lo que se construye mediante. la arquitectura; y que además, el hecho de que la individualidad de una obra crezca juntamente con el Zocus y su historia presupone también la existencia de un hecho arquitectónico.

Me inclino a creer, por lo tanto, que el momento principal de un hecho arquitectónico está en su técnica, es decir, en los principios autónomos según los cuales se funda y se transmite.

Y, en términos más generales, en la solución concreta que todo arquitecto da en su encuentro con la realidad; solución que es verificable precisamente a través de ciertas técnicas. (Y que por ello constituye también, necesariamente, una limitación.)

Dentro de esta técnica como principio lógico de la arquitectura hay su capacidad de transmitirse y de agradar; «Nous sommes loin de penser que l'architecture ne puisse pas plaire; nous disons au contraire qu'il est impossible qu'elle ne plaise pas, lorsqu'elle est traitée selon ses vrais principes [...]. Or un'art tel que l'architecture, art qui satisfait immédiatement un si grand nombre de nos besoins [...] comment pourrait-il manquer de nous plaire?»

Por esta constitución del hecho arquitectónico se inician una serie de otros hechos; aquí la arquitectura se considera extendida también a la proyectación de una ciudad nueva; sea Palmanova o Brasilia.

Podemos juzgar los proyectos de estas ciudades como proyectos de arquitectura, cuya formación es independiente, autónoma: se trata de proyectos precisos con una historia propia; esta historia pertenece a la arquitectura. Y también son éstos concebidos según una técnica o estilo; según principios y según una idea general de la arquitectura.

No podemos ocuparnos más de estos principios y de la idea general de la arquitectura; pero nos basta saber que sin ellos no podremos en modo alguno juzgar estas ciudades, aunque ahora tengamos ante nosotros Palmanova y Brasilia como dos notables y extraordinarios hechos urbanos con individualidad y vicisitudes propias. De esta individualidad, el hecho arquitectónico constituye sólo la constitución; pero es precisamente ésta lo que afirma la lógica autónoma del proceso compositivo y su importancia.

Se entiende, por lo tanto, que encontremos en la arquitectura uno de los principios de la ciudad.

El método histórico parece ser capaz de ofrecernos la verificación más segura de cualquier hipótesis sobre la ciudad; la ciudad es por sí misma depositaria de historia.

En esta investigacion hemos visto el método histórico desde dos diferentes puntos de vista; el primero se refiere al estudio de la ciudad como un hecho material, una manufactura, cuya construcción ha acontecido en el tiempo, y del tiempo tiene las huellas aunque sea de modo discontinuo. Desde este punto de vista el estudio de la ciudad nos ofrece resultados de gran importancia:

la arqueología, la historia de la arquitectura, las mismas historias municipales nos ofrecen una documentación muy amplia.

Las ciudades son el texto de esta historia; nadie puede imaginarse seriamente estudiar los fenómenos urbanos sin plantearse este problema, y éste es quizás el único método positivo porque las ciudades se ofrecen a nosotros a través de hechos urbanos determinados en los que el elemento histórico es preeminente. En el curso de este estudio me he ocupado continuamente de esta cuestión y ella constituye en parte su base; ha sido desarrollada con la consideración y la crítica de las teorías de Poéte y de Lavedan y, por lo tanto, de la teoría de las permanencias.

El segundo punto de vista se refiere a la historia como estudio del fundamento mismo de los hechos urbanos, y de su estructura. Este es el complemento del otro, y se refiere directamente no sólo a la estructura material de la ciudad, sino también a la idea que tenemos de la ciudad como síntesis de una serie de valores; se refiere a la imaginación colectiva. Es evidente que la primera y la segunda cuestiones están estrechamente relacionadas hasta confundirse en sus resultados.

Atenas, Roma, Constantinopla, París constituyen ideas de ciudad que van más allá de su forma física, más allá de su permanencia; en este sentido podemos hablar de ciudades de las que permanecen poquisimos signos.

En esta sección y en la siguiente desarrollaré dos tesis que se refieren a la segunda cuestión tal como ha sido considerada. Ambas tesis sostienen la continuidad de los hechos urbanos y que esta continuidad es investigada en los estratos profundos en los que se entrevén ciertos caracteres fundamentales que son comunes a toda la dinámica urbana. Tomemos otra vez los escritos de Carlo Cattaneo; es significativo que Carlo Cattaneo, de formación positivista, en su estudio sobre la evolución civil de las ciudades consideradas como fundamento de las historias italianas encuentre en ellas un principio indefinible en términos que no estén ligados a su misma historia.

En las ciudades encuentra «{ . . .} aquellos términos inmóviles de una geografía anterior a los romanos que permaneció adherida a los muros de los municipios».

En las descripciones de las vicisitudes de la ciudad de Milán en la época posterior al Imperio explica ciertas características de preeminencia de la ciudad respecto de los demás centros lombardos; preeminencia que no estaba justificada ni por la dimensión, ni por la mayor riqueza, ni por causas demográficas, ni por otros factores observables corno un hecho intrínseco a la naturaleza de la ciudad; casi una característica tipológica de orden no verificable. «Esta preeminencia era innata en la ciudad; era la realización de una grandeza anterior a la sede ambrosiana, anterior al papado, al Imperio, a la conquista romana; Mediolanum Gallorum Caput.» Pero este principio de orden casi místico llega a ser después el principio de la historia urbana cuando se resuelve como permanencia de civilización: «La permanencia del municipio es otro hecho fundamental y casi común a todas las historias italianas».

Aun en las épocas de mayor decadencia, como el Bajo Imperio, cuando las ciudades aparecen como semirutarum urbium cadavera, en realidad no son cuerpos muertos, dirá Cattaneo, sino solamente desmayados. La relación entre la ciudad y su territorio es un signo característico de un municipio porque «la ciudad forma con su territorio un cuerpo inseparable».

En las guerras, en las invasiones, en los momentos más difíciles para la libertad comunal, la unión entre el territorio y la ciudad es una fuerza extraordinaria; a veces el territorio regenera la ciudad destruida. La historia de la ciudad es la historia de la civilización: «En los cuatro siglos aproximados del dominio lombardo y gótico, la barbarie fue creciendo [....] las ciudades no eran apreciadas sino como fortalezas [...]. Los bárbaros se iban agotando, al mismo tiempo que las ciudades que habían desolado".

Las ciudades constituyen en sí un mundo; su significado, su permanencia se expresa en un principio absoluto: «Los extranjeros se maravillan de ver en las ciudades de Italia aquella misma perseverancia en las ofensas que no se maravillan nunca de ver entre reino y reino, porque no saben entender la índole militante y regia de aquellas ciudades. La prueba de que la causa de las enemistades que cercaban Milán estaba en su potencia, o para decirlo más justamente, en su ambición, es que muchas de las otras ciudades, cuando la vieron vencida y destruida, y pensaron que nunca más tendrían que temerla, se unieron para levantarla de las ruinas».

«El principio» de Cattaneo se puede relacionar con muchos de los temas expuestos aquí; siempre me ha parecido que aquellos estratos más profundos de la vida de la ciudad expuestos por Cattaneo se pueden encontrar ampliamente en los monumentos, y que éstos participan de aquella individualidad de los hechos urbanos a la que muchas veces nos hemos referido en el curso de este estudio.

Que una relación de este tipo, entre «principio» de los hechos urbanos y forma, existe también en el pensamiento de Cattaneo es indiscutible sólo con que examinemos sus escritos sobre el estilo lombardo y el inicio de la descripción de la Lombardía, donde directamente la tierra, cultivada y fertilizada en el curso de siglos, es el testimonio más importante de una civilización.

Sus intervenciones en la polémica sobre la plaza del Duomo de Milán atestiguan por otra parte todas las dificultades, no resueltas, que nacían de una problemática tan rica; la investigación de los temas de la cultura lombarda, aunque sea dentro de su federalismo, acababa por encontrarse con todos los otros temas, reales y abstractos, del debate sobre la unidad de Italia y sobre el sentido nuevo y antiguo que las ciudades de la península acababan por tener en el marco nacional.

Si su federalismo le permitía evitar todos los errores debidos a la retórica nacionalista, le impedía por otra parte ver plenamente el nuevo marco general en el que las ciudades venían a encontrarse.

Es indudable que el gran empuje ilustrado y positivista que había animado la ciudad decaía alrededor de los años de la unidad de Italia, pero no era desde luego sólo ésta la causa de aquella decadencia; y, por otra parte, es lógico pensar que las propuestas de Cattaneo o el estilo municipal enseñado por Boito pudiese volver a dar a la ciudad un sentido que se habla oscurecido.

Hubo, ciertamente, una crisis más profunda. A esta luz se ha visto el gran debate que recorrió Italia al día siguiente de la unidad sobre la elección de la capital; debate que fue centrado sobre Roma.

Existe a este propósito una nota de Antonio Gramsci de gran valor en sí, y para el planteamiento de un estudio de este tipo. «A Teodoro Mommsen, que preguntó por qué idea universal Italia fue a Roma, Quintino Sella respondió: “La de la ciencia”. La respuesta de Sella es interesante y apropiada; en aquel período histórico la ciencia era la nueva “idea universal”, la base de la nueva cultura que se iba elaborando. Pero Roma no llega a ser la ciudad de la ciencia; hubiera sido necesario un gran programa industrial, lo que no fue.» La respuesta de Sella queda, pues, vaga y retórica, si bien fundamentalmente justa; para realizarla es necesario enfrentarse con un programa industrial sin el temor de crear en Roma una clase obrera moderna y consciente, pronta a intervenir en el desarrollo de la política nacional.

Pero el estudio de este debate es para nosotros aún hoy de gran interés; sabemos que para Roma el debate sobre Roma capital vio implicados a los políticos y especialistas de todas las tendencias, preocupados de ver de qué tradición debía ser depositaria la ciudad y hacia qué Italia debía iniciar su destino de capital.

Creo que una investigación sobre esta cuestión sería de gran importancia para los especialistas de la ciudad; es indudable que además de la retórica de los intereses partidistas hay en este debate un contenido de extrema importancia; el cual tiene relación con la idea de ciudad, y la fuerza indiscutible de esta idea en forma concreta.

Sobre la base de esta concreción histórica debería surgir mejor el significado de ciertas intervenciones tendentes a calificar la ciudad en sentido moderno y establecer una relación entre su pasado y el semblante de las capitales europeas principales.

Reducir estos problemas a los de la retórica nacionalista, que indudablemente hubo, quiere decir ponerse en límites demasiado estrechos para juzgar un proceso tan importante, un proceso por lo demás típico para muchos países y para muchos períodos.

Más bien es necesario ver cómo ciertas estructuras urbanas se identifican con un modelo de capital y cuáles son las relaciones posibles entre la realidad física de una ciudad y este modelo; es conocido que para Europa pero no sólo para Europa, este modelo es París. Y lo es hasta el punto de que no se puede comprender la estructura de muchas capitales modernas, Berlín, Barcelona, Madrid, Roma y otras, sin tener en cuenta este hecho. Aquí todo el proceso histórico politico tiene la arquitectura de la dudad una derivación precisa: pero el sentido de esta relación sólo se podrá captar iluminando los modos concretos en los que se ha actuado.

Una vez más existe una relación entre los hechos urbanos estructurales de la ciudad y el planteamiento de un proyecto y de un esquema; y los motivos de esta relación son muy complejos. Desde luego, hay ciudades que realizan su vocación y otras que no llevan a cabo nunca sus proyectos.

Estas consideraciones nos aproximan al conocimiento de la estructura más profunda de los hechos urbanos y, por lo tanto, a su forma; es decir, a nuestra tesis de partida de la presente investigación, la arquitectura de la ciudad.

Se trata de conocer la cualidad de estos hechos; el estudio de Cattaneo del que he partido para las presentes consideraciones está entre los resultados más válidos de nuestros estudios; existen importantes afirmaciones y referencias sobre aquella âme de la cité que otros autores indican como el nexo estructural de la ciudad después de haber partido de la descripción de los hechos morfológicos.

Aquí l'áme de la cité se convierte en la historia, el signo ligado a las paredes de los municipios, el carácter distintivo y al mismo tiempo definitivo, la memoria. En La Mémoire collective Halbwachs ha escrito: «Lorsque un groupe est inséré dans une partie de l'espace, il la transforme a son image, mais en méme temps, il se plie et s'adapte á des ehoses matérielles qui lui résistent. Il s'enferme dans le cadre qu'il a construit. L'image du milieu extérieur et des rapports stables qu'il entretient avec lui passe au premier plan de l'idée qu'il se fait de luiméme».

Ampliando la tesis de Halbwachs, diré que la ciudad misma es la memoria colectiva de los pueblos; y como la memoria está ligada a hechos y a lugares, la ciudad es el locus de la memoria colectiva.

Esta relación entre el locus y los ciudadanos llega a ser, pues, la imagen preeminente, la arquitectura, el paisaje; y como los hechos vuelven a entrar en la memoria, nuevos hechos crecen en la ciudad. En este sentido completamente positivo las grandes ideas recorren la historia de la ciudad y la conforman.

Así, ocupándonos de la arquitectura de la ciudad nos hemos esforzado por referirnos al locus como al principio caracteristico de los hechos urbanos; el locus, la arquitectura, las permanencias y la historia, nos han servido para intentar aclarar la complejidad de los hechos urbanos. Al fin, la memoria colectiva llega a ser la misma transformación del espacio por obra de la colectividad; una transformación que está siempre condicionada por estos datos materiales que contrastan esta acción.

La memoria entendida de este modo llega a ser el hilo conductor de la total y compleja estructura; en esto la arquitectura de los hechos urbanos se separa del arte en cuanto elemento que existe por sí mismo; aun los más grandes monumentos de la arquitectura están íntimamente vinculados a la ciudad. « [...] Se nos plantea la pregunta: ¿ de qué manera la historia habla mediante el arte? Ello acaece ante todo a través de los monumentos arquitectónicos que son la expresión voluntaria del poder, sea en nombre del Estado, sea de la religión. Pero se nos puede contestar con un Stonehenge, si en aquel pueblo concreto no existe la necesidad de hablar mediante formas {...}; así el carácter de naciones, civilizaciones y épocas enteras habla a través del conjunto de las arquitecturas que poseen, como a través de un revestimiento externo de su ser». Creo que ahora el conocimiento de los hechos urbanos se puede extender hacia una investigación más profunda de lo que se ha intentado aquí; y que esta investigación supera los puntos mismos de partida de nuestro ensayo. Podemos decir, por ejemplo, que tampoco las elecciones nos parecen ya tan libres como podían parecernos en un primer momento, sino que están profundamente vinculadas a la naturaleza de los hechos urbanos en que se producen.

En último término la afirmación de que la ciudad tiene por fin a sí misma parece surgir de las mismas cosas; y tiene por fin a sí misma a medida que desarrolla,

intencionalmente, cierta idea de ciudad. Dentro de ella se sitúan las acciones de los individuos; y en los hechos urbanos, pues, no todo es colectivo.

Con estos problemas se había iniciado el presente capitulo; antes se habían visto aquellas cuestiones que parecen más objetivables pertenecientes a los hechos urbanos y a su naturaleza colectiva. Naturaleza colectiva e individualidad de los hechos urbanos se disponen ahora como la misma estructura urbana. La memoria, en el interior de esta estructura, es el conocimiento de la ciudad; se trata de una acción en forma racional cuyo desarrollo consiste en demostrar con la máxima claridad, economía y armonía algo de lo ya aceptado.

De esta demostración nos interesan sobre todo los modos de actuación y los modos de lectura; sabemos que éstos dependen del tiempo, de la cultura y de las circunstancias, pero puesto que sor estos factores en su conjunto los que determinan los modos mismos, es en ellos en los que relevamos el máximo de concreción Hay regiones muy pequeñas o grandes en las que la diferencia de hechos urbanos nunca podrá ser explicada si no se tiene en cuenta esto; tienen conformaciones y aspiraciones que corresponden a una individualidad casi predestinada.

Pienso ahora en las ciudades de la Toscana o de Andalucía o de otras regiones; ¿cómo podrán los factores generales, suficientemente comunes, darnos cuenta de su individualidad tan diversa

Es probable que este valor de la historia, como memoria colectiva, entendida por lo tanto como relación de la colectividad con el lugar y con la idea de éste, nos dé o nos ayude a entender el significado de la estructura urbana, de su individualidad, de la arquitectura de la ciudad que es la forma de esta individualidad la cual resulta así ligada al hecho originario, al principio en el sentido de Cattax reo; que es un acontecimiento y una forma.

Y así la unión entre el pasado y el futuro está en la idea misma de la ciudad que la recorre, como la memoria recorre la vida de una persona, y que siempre para concretarse debe conformar la realidad pero también debe tomar forma en ella. Y esta conformación permanece en sus hechos únicos, en sus monumentos, en la idea que de éstos tenemos. Ello explica también por qué en la Antiguedad se ponía el mito como fundamento de la ciudad.

[...] Pero los historiadores áticos que querían dar a su país una serie d reyes, hicieron revivir por así decirlo Cécrope en Erictonso, el segundo ateniense principal, del cual sabemos la extraña historia del nacimiento de las leyendas relacionadas con la diosa Atenea {...}. El debe también háber construido el santuario, ya famoso, de Atenea Poliada, debe haber erigido en él la estatua de madera de la diosa y haber sido sepultado precisamente allí [...]. Parece que su nombre, que significa de modo evidente ctonio, ser del reino de los infiernos, originariamente no indicaba un señor, un rey d arriba, de nuestro mundo, sino un muchacho misterioso que era venerado en algunos misterios y nombrado raramente en las historias [...]. De ser primitivo los atenienses habían tomado el nombre de cecrópidos, y d este su rey y héroe tomaron el de hereteidos.»

Podrá parecer extraño que este capitulo dedicado a la historia se concluya con el recuerdo de un mito, aunque este mito precede a la ciudad cuyo nombre no podemos callar por más tiempo: Atenas.

Atenas es la primera idea clara de la ciencia de los hechos urbanos; es el paso de la naturaleza a la cultura, y este paso, en el interior mismo de los hechos urbanos, nos es ofrecido por d mito. Cuando el mito se convierte en un hecho concreto en el tiempo, emerge ya de la relación con la naturaleza el principio lógico de la ciudad; y ésta se convierte en experiencia que se transmite.

Así la memoria de la ciudad recorre su camino difícil hasta Grecia; aquí los hechos urbanos coinciden con el desarrollo del pensamiento y la imaginación llega a ser historia y experiencia. La ciudad concreta que analizamos tiene así su origen en Grecia; si Roma supo proporcionar los principios generales sobre el urbanismo y por lo tanto construir ciudades según esquemas lógicos en todo el mundo romano, es en Grecia donde hallamos los fundamentos de la constitución de la ciudad. Y también fundamentalmente un tipo de belleza urbana, de arquitectura de la ciudad, que llega a ser una constante de nuestra experiencia de la ciudad; la ‘ciudad romana, árabe, gótica o la moderna se aproximan a este valor conscientemente, pero sólo a veces rozan su belleza. Todo lo que hay de colectivo y de individual en la ciudad, su misma intencionalidad estética fueron fijadas en la ciudad griega en condiciones que nunca más volverán.

Esta realidad del arte y de la ciudad griega presupone la mitología y la relación mitológica con la naturaleza. La analogía entre la ciudad griega y la relación mitológica con la naturaleza debe ser profundizada en el examen concreto de todas las ciudades-Estado del mundo helénico; en la base de esta investigación debe haber la extraordinaria intuición de Karl Marx, que, en un pasaje de la Crítica de la economía política, habla del arte griego como de la niñez de la humanidad; lo que hace admirable la intuición de Marx es la referencia a Grecia como «niñez normal» de la humanidad, contraponiéndola a otras civilizaciones antiguas cuya «niñez» se ha desviado respecto del destino de la humanidad. Veremos cómo por otros caminos esta intuición vuelve en otros especialistas aplicada precisamente a la vida y al origen del hecho urbano.

[...] Pero la dificultad no está en entender que el arte griego y la epopeya vayan vinculados a ciertas formas de desarrollo social. La dificultad reside en el hecho de que nos proporcionen aún una fruición estética y que tengan aún para nosotros, en ciertos aspectos, el valor de normas y de modelos inaccesibles. Un hombre no puede volverse a la edad infantil o de otro modo se vuelve pueril. Pero ¿no se complace acaso con la ingenuidad del niño y no debe aspirar a reproducir, a un más alto nivel, la verdad’ En la naturaleza infantil, el carácter propio de cada época ¿no revive acaso en su verdad natural? ¿Y por qué la niñez histórica de la humanidad, en el momento más bello de su desarrollo, no habría de ejercer una fascinacion eterna como estadio que ya no vuelve? Hay niños tontos y niños astutos nomo viejecitos. Muchos de los pueblos antiguos pertenecen a esta categoría. Los griegos eran niños normales. La fascinación que su arte ejerce sobre nosotros no está en contradicción con el estadio social poco o nada desarrollado en que ésta maduró. Más bien es su resultado, inseparablemente vinculado al hecho de que las inmaduras condiciones sociales en las que surgió y sólo poda surgir, no pueden nunca más.»

No sé hasta qué punto Marcel Poete conocía este pasaje de Marx; es cierto que al exponemos la ciudad griega y su constitución, siente la necesidad de diferenciarla de las ciudades de Egipto o del Eufrates como ejemplos de aquella infancia oscura, sin

desarrollo, a diferencia de la infancia normal de la que habla Marx. Estas afirmaciones recuerdan irresistiblemente los mitos contrapuestos de Atenas y Babilonia que recorren la historia de la humanidad.

[...] En definitiva, Atenas nos ofrece la enseñanza de una ciudad diferente de las que hablamos visto en Egipto o los valles del Eufrates o del Tigris, en los que los únicos elementos formativos eran el templo de la divinidad y el palacio del soberano. Aquí, en cambio, además de los templos —aun diferentes de los de la civilización precedente— encontramos como elementos generadores de la ciudad las sedes de los órganos de una vida política libre (Boulé, ecclesia, areópago) y los edificios con exigencias típicamente sociales (gimnasios, teatro, estadio, odeón). Una ciudad como Atenas corresponde a un grado superior de la vida humana asociada.

He aquí, pues, la estructura de Atenas, los que hemos llamado hechos urbanos primarios están perfectamente definidos como los elementos generadores de la ciudad; el templo y los órganos de la vida política y social, y alrededor, diversamente dispuestas y en continua evolución, las áreas de la residencia. La residencia participa de hecho activamente en la formación de la ciudad griega y constituye su diseño de fondo a través de los que nos damos cuenta de los hechos principales.

Para comprender bien el valor que aquí se da a la ciudad griega y su carácter de modernidad en cuanto hecho urbano que recorre la historia sucesiva, es oportuno recordar el carácter original de la estructura de la ciudad griega respecto de las otras ciudades, incluso las romanas. Además de su compleja constitución política en el sentido recordado por Poete, la ciudad griega está caracterizada por el desarrollo desde el interior hacia el exterior, su elemento constitutivo son las viviendas y el templo; sólo después del periodo arcaico, por motivos puramente defensivos, las ciudades griegas se circundan con murallas y en ningún caso son el elemento primitivo de la polis. Al contrario, las ciudades de Oriente hacen de as murallas y de las puertas la res sacra de la ciudad, el elemento constitutivo y primario; dentro de las murallas, a su vez, los palacios y los templos se circundan de muros, casi murallas y fortificaciones sucesivas. El mismo principio del valor de los límites se transmite a la civilización etrusca y romana. Al contrario, la ciudad griega no tiene límites sacros; es un lugar y un a nación, es la morada de los ciudadanos y, por lo tanto, su actividad. En su origen no está la voluntad de un soberano, sino la relación con la naturaleza bajo la forma del mito.

Pero esta característica de la ciudad griega, y repito aún su modelo inigualable, no puede ser comprendida completamente si no se tiene en cuenta otro factor decisivo; la polis es una ciudad-Estado, sus habitantes; pertenecen a la ciudad pero están en gran parte dispersos en el campo. La trabazón con el territorio es fortísima.

Al anticipar estas consideraciones debemos referir una vez más una afirmación ce Carlo Cattaneo, porque la relación entre lo que él nos dice de la naturaleza de la ciudad y la constitución efectiva de la ciudad griega es tan iluminador que no puede ser relegado. También a Cattaneo le aparecía clarisimamente, como a Poéte, el diferente destino de la polis respecto de las ciudades de Oriente, las cuales no son sino «grandes campamentos amurallados», y de los asentamientos de los bárbaros que solamente per vicos habitant.

Cattaneo intuye que los campamentos amurallados son la separación completa del territorio y que en cambio «en Italia la ciudad formó con su territorio un cuerpo inseparable». [....] Esta adhesión de la comarca a la ciudad, donde moran los más competentes, los más opulentos, los más industriosos, constituye una persona política, un estado elemental, permanente e indisoluble. No sabemos hasta que punto Cattaneo llevó adelante este parangón de la libertad de las ciudades libres comunales con la

ciudad griega, y sobre este punto no se detiene. Pero este encuentro entre la intuición de un historiador y la estructura efectiva de la ciudad arroja luz positiva sobre la ciencia de los hechos urbanos y nos impele a profundizar las investigaciones en este sentido. Ahora bien, esta trabazón entre la ciudad y el territorio ¿no es quizá precisamente lo que caracteriza la ciudad democrática griega y la ciudad-Estado por excelencia, Atenas?

Atenas es una ciudad formada por ciudadanos; una ciudadEstado cuyos habitantes viven en un territorio bastante vasto y de modo esparcido, pero muy unidos a la ciudad. Si bien muchos centros del Atica tienen una administración local, ésta no en competencia con la ciudad-Estado. «El término polis, que designa la ciudad, indica también el Estado; inicialmente se aplicaba a la Acrópolis, lugar primitivo de refugio, de culto y de gobierno y, como tal, punto de origen del conjunto ateniense. La Acrópolis es al mismo tiempo ciudad en el sentido de Estado; éste es el doble significado relacionado con el término polis.” En el origen, pues, polis es la Acrópolis, mientras que el término astu indica lo habitado.

La vicisitud histórica de la ciudad confirma el hecho fundamental de que la trabazón que vincula al ateniense a la ciudad es esencialmente político y administrativos y no residencial. Los problemas de la ciudad no interesan al ateniense sino desde el punto de vista político y urbano general. A este propósito la observación de Roland Martin es decisiva: observa precisamente que gracias a la concepción de la ciudad como Estado, como lugar de los atenienses, las primeras reflexiones sobre la organización urbana son de tipo puramente especulativo; son, por lo tanto, teorías que se ocupan de la mejor forma de la ciudad y de la organización política más favorable al desarrollo moral del ciudadano. En las mismas antiguas disposiciones parece que el aspecto material de la ciudad es secundario casi como si ésta fuera meramente un lugar mental. Quizá también a este carácter especulativo de la arquitectura de la ciudad griega sea debida su extraordinaria belleza.

En este momento, sin embargo, se aparta de nosotros, de nuestra experiencia viva; al contrario de Roma, que muestra en el curso de la historia republicana e imperial todos los contrastes y las contradicciones de la ciudad moderna; y quizá con un carácter de dramaticidad que pocas ciudades modernas conocen, Atenas permanece como la más pura experiencia de la humanidad, en condiciones que no pueden ya volver.

4

Evolución de los hechos urbanos

Se ha afirmado muchas veces que la ciudad puede ser definida sólo refiriéndola precisamente al espacio y al tiempo; sólo así podemos comprender de qué hecho urbano nos estamos ocupando.

Roma hoy o Roma en la época clásica son dos hechos distintos, aunque en ambos casos deberemos ver la importancia de los fenómenos de permanencia que vinculan la Roma del pasado a la de hoy. Como quiera que sea, queda el hecho de que si queremos dar cuenta de las transformaciones de los hechos urbanos debemos ocuparnos siempre de hechos muy circunstanciados. Los estudios más profundizados, y la experiencia del hombre común lo confirma, nos señalan que una ciudad cambia completamente con el paso de cincuenta años; quien vive en la misma ciudad se habitúa lentamente a esta transformación, pero no es por esto menos real.

Desde luego, hay épocas, o períodos de tiempo más o menos largos, en los que las ciudades se transforman mucho más rápidamente que en otras; París en tiempos de Napoleón III, Roma en su advenimiento a capital de Italia y de modo semejante en todos aquellos casos en los que las transformaciones son rápidas, impetuosas, aparentemente imprevistas. Pero en todas las épocas las literaturas están llenas de descripciones, de notas, a menudo de desahogos nostálgicos sobre las transformaciones de la fisonomía de la ciudad.

Mutaciones, cambios, simples alteraciones tienen, por tanto, tiempos diversos; fenómenos particulares, accidentales como las guerras o las expropiaciones, pueden arruinar en poco tiempo situaciones urbanas que parecían definitivas, o bien estos cambios pueden producirse en tiempos más largos por sucesivas modificaciones, a veces modificaciones de elementos y de partes determinadas. En todas estas modificaciones intervienen muchas fuerzas que se aplican en la ciudad; estas fuerzas pueden ser de naturaleza económica, política o de otro género.

Una ciudad puede cambiar por su riqueza económica que impone fuertes transformaciones en el modo de vivir, o puede ser destruida por una guerra; piénsese en las transformaciones de París y de Roma en las épocas que he referido más arriba, y la destrucción de Berlín o de la antigua Roma, en la reconstrucción de Londres y Hamburgo después de los grandes incendios que las han devastado o después de los bombardeos de la última guerra. En todo caso, las fuerzas que guían estos cambios son individualizables.

Un análisis de la ciudad nos permite también ver por qué caminos se aplican éstas; por ejemplo, mediante el estudio de las propiedades en series históricas catastrales observamos la marcha de las propiedades sobre la base de ciertas tendencias económicas, la adquisición de las zonas por parte de los grandes grupos financieros que cuando aparece determina el fin del fraccionamiento de las parcelas y la formación de grandes zonas disponibles para complejos completamente diversos. Lo que no está claro es el modo concreto en que estas fuerzas se manifiestan y sobre todo la relación que existe entre su fuerza potencial y los efectos que producen.

Si estudiamos, por ejemplo, la naturaleza de las especulaciones, entendida como una manifestación de ciertas leyes económicas, podemos establecer probablemente algunas leyes que le son propias; estas características serán, sin embargo, probablemente de naturaleza general. Si intentamos indagar por qué la aplicación de estas fuerzas produce efectos tan diferentes en la estructura de la ciudad nos es más difícil dar una respuesta.

Será necesario, por lo tanto, que probemos conocer mejor estos dos órdenes de hechos que se refieren a las fuerzas que operan en la ciudad y a la naturaleza de ésta, y por otra parte, al modo concreto en que se producen las transformaciones.

El problema principal, pues, desde nuestro punto de vista. No es tanto el de conocer estas fuerzas en sí, sino el de saber: a) cómo se aplican; b) cómo su aplicación produce cambios diferentes.

Estos cambios dependerán, por un lado, de la naturaleza de estas fuerzas; por el otro, de la situación local, del tipo de ciudad, etc. Debemos establecer, por consiguiente, una relación entre estas fuerzas y la ciudad y conocer los modos de la transformación.

En la época moderna gran parte de estas transformaciones pueden ser explicadas por los planes en cuanto son éstos la forma concreta con que se manifiestan las fuerzas que presiden la transformación de la ciudad; los planes son entendidos aquí como aquellas operaciones realizadas por la municipalidad, de manera autónoma o acogiendo propuestas de privados, que prevén, coordinan y operan sobre los aspectos espaciales de la ciudad.

Hemos hablado de planes en la época moderna; en realidad, desde su fundación, las ciudades tienen la característica de poseer y en parte de crecer mediante planes; precisamente el carácter colectivo del hecho urbano implica que de algún modo, en el origen o en el curso del desarrollo, se manifieste de alguna forma un plan.

También hemos visto cómo estos planes, desde el punto de vista constitutivo, se presentan en paridad con cualquier otro hecho urbano determinado; en este caso constituyen un inicio. Entre las fuerzas que presiden mayormente estos planes hay las de naturaleza económica y es interesante estudiar, dado que la posibilidad de este estudio nos es ofrecida por un amplio material, cómo se aplican estas fuerzas.

Esta aplicación se manifiesta en la ciudad capitalista a través de la especulación, que representa una parte del mecanismo, de los modos, a través de los cuales crecen las ciudades.

Es interesante ver aquí cuáles son las relaciones entre estos hechos de naturaleza económica y el tipo de crecimiento de la ciudad; de qué modo, pues, la forma de la ciudad depende de esas relaciones; en otros terminos, si los hechos urbanos en su configuración son o no independientes, o en qué medida son dependientes, de estas acciones. Planes, expropiaciones, especulaciones actúan sobre la ciudad; pero la relación con los hechos urbanos concretos es tan problemática que no puede ser fácilmente captada.

En este capitulo me ocuparé de dos tesis diferentes que han estudiado la ciudad desde el punto de vista económico, y tomando sus datos fundamentales probaré de llegar a alguna conclusión.

La primera de estas tesis está desarrollada por Maurice Halbwachs y analiza el carácter de las expropiaciones; sostiene que los hechos económicos son por su naturaleza preeminentes en la evolución de la ciudad hasta el punto de dar lugar a leyes generales, pero que desde el punto de vista económico se ha caído frecuentemente en el error de dar una importancia de primer orden al modo preciso, concreto, de la realización de un hecho general que se debe producir necesariamente pero que no cambia de significado por haberse producido de aquella forma, en aquel lugar y en aquel momento, más bien que en una forma, un lugar o un momento diferentes.

El conjunto de estos hechos económicos no nos explica hechos urbanos en su estructura global. Pero entonces, ¿cuál es el motivo de la individualidad de cada uno de los hechos?

Halbwachs debía responder a estas preguntas cuando relacionaba la ciudad con el desarrollo de los grupos sociales y remitía a un sistema más complejo, a la estructura de la memoria colectiva, la relación entre la ciudad como construcción y su comportamiento.

En este estudio sobre los caracteres de la expropiación, que sale en 1925, y data por lo tanto del mismo año que *Les cadres sociaux de la Mémoire*, Halbwachs, partiendo de sus conocimientos científicos, se vale de modo magistral de los datos estadísticos tal como hará en su Evolution des besoins dans les classes ouvrieres. Sobre esta base pocas obras sobre la ciudad están concebidas con tanto rigor.

La segunda en estas tesis, sostenida por Hans Bernoulli, sostiene que la propiedad privada del suelo y su fragmentación es el mal principal de la ciudad moderna. La relación entre la ciudad y el suelo urbano tiene carácter fundamental e indisoluble; cree necesario, por lo tanto, que el suelo urbano vuelva a la colectividad. Desde esta tesis el discurso de Bernoulli se extiende a consideraciones de orden propiamente arquitectónico referidas a la estructura urbana. La vivienda, el barrio, el equipamiento, dependen estrechamente del uso del suelo. Esta tesis, expuesta y sostenida con gran claridad, aborda, como cada cual sabe y puede ver, uno de los aspectos preeminentes de las cuestiones urbanas. Algunos sostienen aún que la propiedad del suelo por parte del Estado, es decir, la abolición de la propiedad privada, es una diferencia cualitativa entre la ciudad capitalista y la socialista.

Esta afirmación es indudable; pero ¿tiene relación con los hechos urbanos?

Me inclino a creer que tiene relación con ello porque el uso y la disponibilidad del suelo urbano son elementos elementales; sólo que ésa parece aún una condición, desde luego necesaria, pero no un hecho en si.

Creo que estas tesis nos sirven para darnos cuenta más plenamente de la naturaleza real de los hechos urbanos; hay muchas otras tesis de carácter económico, pero he preferido escoger éstas por su claridad y porque se atienen a la realidad urbana. No obstante, dentro y fuera de los hechos y de las fuerzas económicas hay el problema de las elecciones; y estas elecciones, de naturaleza política, no pueden ser tomadas más que a la luz de la estructura total de los hechos urbanos.

Al inicio de su estudio, Halbwachs se propone estudiar desde el punto de vista económico los fenómenos de expropiación en una gran ciudad. Parte de la hipótesis de que es interesante, desde el punto de vista científico, considerar las expropiaciones separadas de su contexto; admitir, pues, que poseen caracteres propios y constituyen realmente una serie homogénea. En efecto, si se comparan dos casos particulares se puede prescindir de sus diferencias; que la causa sea fortuita, un incendio, o normal, la obsolescencia, o artificial, la especulación, parece que no influye en la naturaleza del efecto que queda en una demolición o en una construcción pura y simple.

Por otra parte, la expropiación no se ejerce de modo homogéneo en toda la ciudad; cambia completamente ciertos barrios de la ciudad y respeta otros. Será necesario entonces, para tener un cuadro completo, examinar las variaciones por barrios según series históricas.

Sólo con un cuadro general de varios barrios, y por períodos diferentes de tiempo, podremos tener la medida de las grandes variaciones en el espacio y en el tiempo.

Acerca de estas variaciones conviene ver algunas de sus características. Veamos dos fundamentales: la primera se refiere al papel del individuo, es decir, a la acción ejercida por cierta personalidad en cuanto tal; la segunda, a la importancia considerable dada al hecho de la sucesión pura y simple de los hechos considerados. «Si una calle —escribe textualmente Halbwachs— se llama Rambuteau, un paseo Pereire, un bulevar Haussmann, no es, desde luego, para rendir un homenaje a estos individuos; es porque estas denominaciones son marcas de origen.»

Cuando iniciativas municipales se refieren a necesidades enunciadas por la población, y a propuestas discutidas, hay muchas influencias, muchos motivos aun accidentales. Pero cuando la asamblea municipal no representa la voluntad popular (como en París de 1831 a 1871), ¿cómo no poner en primer término las ideas de estética, de higiene, de estrategia urbana, de práctica social de un individuo o de pocos individuos en el poder? Desde este punto de vista, la configuración actual de una gran ciudad resultará como la sobreposición de la obra de ciertos partidos, de ciertas personalidades, de ciertos soberanos; así, diferentes planes se han superpuesto, mezclado, ignorado, hasta el punto de que el París actual es como una fotografía compuesta, obtenida de la reproducción sobre una misma hoja del París de Luis XIV, de Luis XV, de Napoleón I, del barón Haussmann. ¿No es verdad, acaso, que muchas calles inacabadas, y la soledad y el abandono de ciertos barrios atestiguan la diversidad y la relativa independencia de gran número de proyectos?

La segunda característica se refiere a la sucesión pura y simple de los hechos considerados.

Hay fuerzas constantes que son llevadas a construir, a adquirir y a vender los terrenos en todos los tiempos. Pero estas fuerzas se desarrollan según ciertas direcciones concretas que les son ofrecidas de modo que se inserten en ciertos planes que les son presentados. Ahora bien, estas direcciones cambian bruscamente de modo a menudo imprevisible. Si la naturaleza de estos hechos económicos normales no puede ser modificada, su intensidad puede ser, sin embargo, muy aumentada o muy disminuida, sin que sea necesario invocar razones propiamente económicas.

Haussmann manifestó, entre otros motivos de transformación de París, razones de orden estratégico; es decir, las de destruir barrios poco propicios para la reunión de tropas. Estas consideraciones pueden ser comprensibles por parte de un Gobierno autoritario e impopular corno otros; el trabajo ofrecido ampliamente a los obreros, las ricas

perspectivas abiertas a los especuladores, igualmente convenientes en un régimen que buscaba compensar el mínimo de los derechos políticos con el máximo de prosperidad material. Así pues, los grandes movimientos de expropiación hechos en París durante este reinado se explican por medio de causas políticas; el triunfo, aparentemente decisivo, del partido del orden sobre la revolución, de la clase burguesa sobre la obrera.

Otro ejemplo característico del papel realizado por las circunstancias particulares de la historia son, durante el período revolucionario, los grandes planes de redes viarias que se siguieron a la nacionalización de los bienes de los emigrados y del clero.

La Comisión de los Artistas señala sobre el mapa grandes calles, utilizando los terrenos de las nuevas y enormes propiedades nacionales. El estudio de las transformaciones de París se encuentra vinculado, pues, al estudio de la historia de Francia; la forma de estas transformaciones depende, por lo tanto, sea del pasado histórico de la ciudad, sea de los actos realizados por ciertos individuos cuyas voluntades han actuado como fuerzas de la historia.

Se puede decir, pues, que los hechos de expropiación difieren por su misma naturaleza de todos los otros que se encuentran en el origen de los cambios de propiedad.

Un hecho relaciona lo con esta hipótesis es el de que los actos de expropiación no se presentan, en general, aisladamente; no consideran esta calle o este grupo de viviendas, sino que se relacionan con un sistema del que no son más que una parte; con las tendencias de desarrollo de la ciudad.

En todos los casos donde son invocadas razones históricas para explicar los cambios de París, se ven otras explicaciones posibles que ponen en relación hechos económicos. Las expropiaciones, con otros hechos económicos. Se cita la nacionalización de los bienes del clero; pero por otra parte no todas las calles proyectadas por la Comisión de los Artistas han sido realizadas; y la expropiación de los bienes de los conventos ¿no es también un hecho económico? Estas propiedades constituían impedimentos, aún en su forma física, para el desarrollo de la ciudad y, por lo tanto, en circunstancias diferentes habrían sido expropiadas por el rey, o vendidas por los religiosos, de modo no diferente de lo que sucede más tarde con los ferrocarriles.

A menudo, pues, se comete el error de dar importancia de primer orden al modo preciso, concreto, de la realización de un hecho general que se debe producir necesariamente pero que no cambia de significado por haberse producido de aquella manera, en aquel lugar, y en aquel momento, más bien que en una forma, un lugar, un momento diferentes.

Dígase lo mismo de plan de Haussmann y de todos los argumentos de orden estratégico, político y estético que se citan para este plan.

El argumento estrategico no ha modificado, no ya en la forma topográfica, sino en su naturaleza económica la calle en cuestión, y entonces no se necesita tenerlo en cuenta más de lo que el químico tiene en cuenta la forma y el tamaño de la probeta donde realiza sus experimentos; intervengan motivos de orden, de higiene, de estética, hasta; que éstos no tengan por efecto una modificación económica importante, que no pueda ser explicada sino por motivos económicos, el economista no debe preocuparse de ellos. O estos motivos han tenido este efecto y entonces no pueden ser descuidados, o sólo al término de la investigación positiva, y después de la eliminación de todas las causas económicas, es posible establecer la existencia de un tal «residuo».

Se establece por ello la hipótesis de carácter puramente económico de los hechos de expropiación, de su dependencia respecto de los hechos individuales y de la historia política.

La expropiación, además, es un adaptamiento rápido y de conjunto: los diferentes componentes de la operación se realizan simultánea y no sucesivamente; se puede, pues, imaginar que el acto de conjunto revelará la dirección y la influencia de las fuerzas presentes en un periodo precedente. (Así, el modo, también jurídico, con que la expropiación se manifiesta luego no tiene importancia.)

Desde el momento en que la conciencia de una necesidad colectiva se forma, desde el momento en que llega a ser clara, se tiene el origen para una acción total. Puede haber, desde luego, errores en la conciencia social; la ciudad puede ser llevada a trazar vías allí donde no hay realmente necesidad, a urbanizar terrenos allí donde no tiende a expandirse; calles creadas con rapidez pueden permanecer desiertas.

Así, la expropiación puede recorrer un momento regular de la evolución; las causas para ello son múltiples; por ejemplo, proyectando una calle cuya necesidad es urgente puede llevar a construir otras por analoga.

Como quiera que sea, la hipótesis de Halbwachs se niega a considerar la expropiación como un hecho anormal y extraordinario, sino que quiere aún estudiarla como el hecho más cierto y seguro de la evolución urbana.

El estudio de los hechos de expropiación es un punto de vista, el más seguro y claro para estudiar un conjunto muy complejo de fenómenos, porque en los movimientos de expropiación y en sus consecuencias inmediatas es donde se manifiestan como en una síntesis, bastante condensada, las tendencias económicas a través de las cuales analizar la evolución inmobiliaria urbana.

Por la importancia que se atribuye a la tesis de Halbwachs expuesta aquí quiero poner en claro tres puntos que creo fundamentales:

- la relación, y por lo tanto también la independencia, entre los hechos económicos y el diseño de la ciudad;
- la aportación de la personalidad, de lo singular, en las mutaciones urbanas, sus valores y sus límites; por lo tanto, también la relación entre el modo preciso históricamente determinado con el que se manifiesta un hecho y las causas generales de él;
- la evolución urbana como un hecho complejo, de orden social, que tiende a realizarse a sí mismo según leyes y orientaciones de crecimiento bien precisos.

A estos puntos se añade el mérito de haber apuntado al principio la importancia del estudio de las expropiaciones como momento decisivo en la dinámica de la evolución urbana.

Sobre la base de la hipótesis de Halbwachs se podrían llevar a cabo varios estudios sobre muchas ciudades y creo que éste es uno de los métodos realmente más seguros e importantes para el estudio de la ciudad. Algo en esta dirección lo he intentado yo en el estudio de un barrio milanés probando de poner de relieve la importancia de ciertos hechos, aparentemente accidentales, como las destrucciones producidas por los sucesos bélicos, los bombardeos, en la sucesiva evolución de la ciudad; creo que se puede demostrar, y yo mismo he empezado a hacerlo, que hechos de este tipo no hacen más que acelerar ciertas tendencias, modificándolas luego parcialmente, pero permitiendo realizar más rápidamente planes que en su forma económica ya existían y habrían producido efectos físicos en el cuerpo de la ciudad, destrucciones y reconstrucciones, con un proceso completamente similar a aquel del que la guerra ha sido artífice. Sin embargo, es evidente que el estudio de estos hechos, por la forma rápida y brutal en que se manifiestan, permite ofrecer resultados mucho más inmediatos que los que obtenemos por el estudio de una larga serie de hechos considerados a través de las series históricas de las propiedades inmobiliarias y de la evolución del patrimonio inmobiliario de la ciudad.

Un estudio así, además, en la época moderna tiene un apoyo notable en el estudio de los planes; planes de ampliación, planes reguladores, etc. Substancialmente estos planes están estrechamente vinculados a las expropiaciones, sin las cuales no serían posibles, y a través de las cuales se manifiestan. Por otra parte, lo que Halbwachs señala para Paris, a propósito de dos planes importantes, por motivos diferertes, como el de los Artistas y el de Haussmann (y en ambos casos) por la forma de estos planes se puede referir a muchos otros de la monarquía absoluta), es cierto para muchas ciudades y probablemente para todas las ciudades. Yo mismo he probado de relacionar la evolución de la forma urbana de Milán con las reformas primero de María Teresa y después de José II concretadas en tiempos de Napoleón. La relación entre estas iniciativas de naturaleza económica y el diseño de la ciudad resulta clarísimo; pero sobre todo, ello demuestra claramente la preeminencia del hecho económico, la expropiación, respecto del hecho arquitectónico, la forma.

Y pone igualmente en claro cómo el carácter de expropiación, prescindiendo de su momento político que demostrará mas bien cómo ésta puede ser usada en provecho de una clase o de otra, es un hecho necesario que se produce durante toda la evolución de la ciudad, y cómo la base está bien sentada en los movimientos de carácter social del conjunto urbano.

Se puede demostrar, a propósito de Milán, como la forma del plan napoleónico, que se puede considerar como uno de los planes más modernos creados en Europa aunque siga el plan de los Artistas de la Convención de París, es la explicación de la larga serie de expropiaciones y de remodelaciones de los bienes eclesiásticos, aun en su forma física, realizada por el Gobierno austríaco. El plano napoleónico es, pues, simplemente la forma precisa, arquitectónica, de este hecho, y en cuanto tal puede ser estudiada por ella misma; dentro de estos límites, si así se pueden llamar, el juicio que podemos dar debe estar basado en la cultura neoclásica, en las diferentes personalidades de arquitectos como Cagnola o Antolini, sobre toda una serie de propuestas de tipo espacial que preceden al plan y que se resuelven en él, y que quedan como independientes de su naturaleza económica.

En este sentido, es decir, en el de su autonomía, aquéllas pueden ser verificadas en cuanto permanecen aún en los planes sucesivos o reenlazan con planes precedentes, pero no promueven transformaciones económicas.

El éxito de la cale Napoleón, después vía Dante, va enteramente implicado en k dinámica de la vida urbana, aquella misma dinámica que ha permitido el éxito del Plan Beruto en la parte norte de la ciudad y ha decretado su fracaso en la parte sur, en la que algunas hipótesis eran o demasiado avanzadas o separadas del contenido de. la realidad económica.

Ahora bien, esta fuerza, de naturaleza económica, se desata en los actos de represión de las Ordenes religiosas seguida en el ventenio de 1765 a 1785 por Jose II de Austria; un hecho político y un hecho economico; la supresión de los jesuitas, de la Inquisición, de las numerosas y extrañas congregaciones religiosas que habian crecido desmesuradamente en Milan como en otras pocas ciudades españolas, no significo solamente un paso hacia el progreso civil y moderno, sino, concretamente, la posibilidad para la ciudad de disponer de vastas areas urbanizadas, de sistematizar las calles rectificando situaciones absurdas, de construir escuelas, academias, jardines; precisamente en los huertos de los conventos de monjas y en el del Senado surgieron los jardines publicos.

Asi, el foro Bonaparte no fue, desde luego, una exigencia arquitectónica; nacio con la necesidad de la ciudad de darse un rostro moderno construyendo un centro de negocios para la nueva burguesia que tomaba el poder.

Y ello es independiente de la forma, del modo concreto, topográfico y arquitectónico con el que se erigio el foro Bonaparte; y aun historico (en el sentido de que fue elegida el area del castilla por motivos políticos debia ser destruida).

La idea de Antonlini permanecio, sin embargo, como mera idea formal: y como tal, en un contexto político completamente diferente, vuelve en el proyecto de Beruto y con notable importancia en su plan: solo que, por hechos de naturaleza tambien economica, el centro de negocios no sera el foro Bonaparte, y por la naturaleza sumaria de los hechos urbanos esta sistematizacion tendra, en el equilibrio urbano, un valor diferente. Este valor, repito, es independiente de su diseño.

El desarrollo de la teoría Halbwachs nos puede dar a entender mejor la confusion que se hace generalmente partiendo de presupuestos en nada científicos e ignorando la naturaleza de los hechos urbanos, cuando se habla de despanzurramientos, de planes absurdos, etc....

A este propósito es tipico el juicio sobre la obra de Haussmann; en sustancia, ampliando la teoria de Halbwachs, se puede afirmar que el plan de Paris de Haussmann se puede aprobar o desaprobar, puede agradar o no, juzgándolo solo en su diseño. Y, naturalmente, este diseño es muy importante; y es precisamente de ello de lo que me quiero ocupar en esta investigación.

Pero es igualmente importante poder juzgar que la naturaleza de aquel plan va vinculada a la evolucion urbana de Paris en aquellos años y que desde este punto de vista el plan es uno de los más grandes acontecimientos que haya habido, por una serie de coincidencias, pero sobre todo por su adhesión puntual a la evolución urbana en aquel momento de la historia.

Las calles abiertas por Haussmann seguían el desarrollo real de la evolución de la ciudad y veían claramente la función de París en sus características nacionales y supranacionales. Se ha dicho que París es demasiado grande para Francia, pero que, por otra parte, es demasiado pequeño para Europa; y es justo en el sentido de que no se puede valorar la dimensión de una ciudad, y de las operaciones de un plan, prescindiendo del éxito real de este plan, de la realidad urbana que este plan entrevé. Se

pueden aducir otros ejemplos hablando de ciudades como Bari, Ferrara, Richelieu por un lado, Barcelona, Roma, Viena por otro. Es decir, en un caso el plan ha recorrido los tiempos o expresamente ha permanecido sólo como un emblema, una iniciativa no traducida sino con algunas construcciones y algunas calles; en el otro caso el plan ha canalizado y guiado, a menudo acelerado, la propulsión de fuerzas que actuaban o estaban a punto de actuar sobre la ciudad.

En otros casos aun, el plan ha sido proyectado hacia el futuro de modo particular; juzgado al principio inactual, bloqueado en sus primeras manifestaciones, ha sido después como si dijéramos «recuperado» en épocas sucesivas demostrando la bondad de las previsiones.

Desde luego, en muchos casos la relación entre las fuerzas económicas y de desarrollo y el diseño del plan no es ni simple ni fácil de individualizar; un ejemplo muy importante y no suficientemente observado es el del Plan Cerdá de Barcelona. Un plan extremadamente avanzado desde el punto de vista técnico y que respondía completamente a las transformaciones económicas que apremiaban a la capital catalana. Un plan vasto y oportuno aunque tomaba su empuje en una valoración demasiado amplia del desarrollo demográfico y económico de la ciudad; un plan, por lo tanto, que no fue realizado como debía ser, o si se quiere, no fue realizado completamente en sentido estricto, pero que, sin embargo, determinó el desarrollo sucesivo de Barcelona. El Plan Cerdá no fue realizado donde sus visiones técnicas eran demasiado avanzadas respecto de sus tiempos y allí donde las soluciones que proporcionaba requerían un grado de evolución urbana muy superior al existente en aquella época; un plan ciertamente más avanzado que el de Haussmann y que por lo tanto no podia ser fácilmente realizado, no ya por la burguesía catalana, sino por la de cualquier otra ciudad europea.

Veamos brevemente las características del Plan Cerdá, y aquí no importa analizarlas, pero baste pensar en los puntos fijos del plan; la vialidad, en esto común con las preocupaciones hausmanianas, una retícula general que permitiese la síntesis del conjunto urbano y, en el interior de éste, la autonomía de los barrios, de los núcleos residenciales. El plan presuponía, pues, condiciones politicas, además de técnicas más avanzadas, y tropezó precisamente en aquellos puntos, como los barrios, que requerían justamente mayor empeño administrativo y que fueron de algún modo reanudados por el Grupo del G.A.T.E.P.A.C.

Por otra parte, el plan, no era sostenible allí donde presuponía una muy baja densidad; hipótesis contraria al modo de vida y a la misma estructura de las ciudades mediterráneas.

Además, transformando las illes en grandes bloques construidos y aceptando el principio general de la malla rectangular, el plan acababa prestándose magníficamente a los designios de la especulación y como tal sólo fue acogido a través de un esquema maltratado. Se puede ver, por lo tanto, cómo en este caso la relación entre el diseño y la situación económica es compleja y no contradice la tesis de Halbwachs, al contrario.

El crecimiento urbano de Barcelona se producía entonces como quiera que fuese, y el Plan Cerdá fue solicitado por este crecimiento; ése no tuvo el poder de transformarlo en sus razones politico-económicas y fue poco más que un pretexto o cañamazo a que atenerse. Su importancia, sin embargo, no es referible a la situación de las fuerzas económicas operantes en Barcelona, por cuanto se convertía en un momento de la historia de la urbanística y, por lo tanto, era juzgado como tal. Naturalmente, podemos repetir en este punto, puesto que la ciudad es una entidad compleja que debe coincidir, y

a veces coincide perfectamente, con un plan que nace de ella, a veces puede no coincidir, sea por la carencia de este plan, sea por la particular situación histórica en la que se encuentra. En todo caso esta relación va juzgada sólo lateralmente a su desarrollo.

¿No podemos, quizá, juzgar el plan de Ferrara de los Duques de Este independientemente de su fallo, del fracaso de sus previsiones de desarrollo? ¿O deberemos quizá decir que aquel plan no era bueno porque no se ejecutó?

Otro ejemplo clamoroso puede ser ofrecido por el plan muratiano para Bari; se trata de un típico ejemplo de «expropiación» como es tratado por Halbwachs, una expropiación caracterizada, como todas por otra parte, por una serie de circunstancias precisas de carácter histórico y político.

Lo que interesa resaltar aquí es que el plan proyectado en tiempos de los Borbones y aprobado en 1790 tuvo un desarrollo edificatorio, a través de diversas vicisitudes, que con períodos sucesivos prosiguió hasta 1918.

También aquí y hasta hoy mismo, el plan fue alterado de modo diverso precisamente en sus caracteres antiespeculativos y en sus características de las manzanas, pero permaneció no como la huella reconocible de lo histórico, sino como forma concreta de la ciudad constituyendo aquel típico diseño de Bari, caracterizado por la separación entre ciudad antigua y burgo muratiano, que es inmediatamente reconocible en la ciudad pullesa.

Por otra parte, como ya ha sido justamente observado, podremos estudiar no sólo cómo las ciudades se desenvuelven, sino también cómo decaen; en este sentido podemos hacer un estudio en la misma dirección de Halbwachs, pero en sentido contrario.

Decir que Richelien decayó rápidamente con la desaparición de la escena política del gran cardenal-ministro porque estaba ligada a éste no significa aún nada; su figura podía ser la que había provocado el inicio, que había dado ocasión a la fundación de este centro urbano, el cual después habría podido continuar creciendo por su propia cuenta. Los siglos de decadencia de algunas grandes ciudades o de algunas pequeñas ciudades han alterado diferentemente su estructura urbana, sin mellar por otra parte su cualidad; ¿o debemos creer que en el caso de ciudades como Richelieu o Pienza no haya habido nunca una vida urbana? ¿Quizá porque son ciudades artificiales? Pero lo mismo se podría decir de Washington o de otras ciudades; por ejemplo de San Petersburgo. No es que crea que sea nada importante la diferencia de escala, con frecuencia estridente, de esas ciudades; al contrario, es una nueva prueba de cómo debemos descuidar la dimensión en el estudio de los hechos urbanos si queremos tener un planteamiento científico del problema. En sus comienzos San Petersburgo se podía considerar un acto arbitrario del zar y la continua bipolaridad de Rusia entre Moscú y el actual Leningrado viene a demostrar cómo no ha sido enteramente pacífico el crecimiento de esta última al nivel de capital y después de gran metrópoli mundial. Los hechos concretos de este crecimiento probablemente son tan oscuros como los de la decadencia de Nijni-Novgorod respecto de Moscú o del predominio de Milán a partir de cierta época sobre Pavía y otras ciudades lombardas.

En una pequeña obra, Hans Bernoulli "iluminó uno de los problemas más importantes, quizá el problema fundamental que constituye un ligamen, una pesada cadena para el desarrollo de la ciudad." En esta pequeña obra, más clara y esencial que muchos doctos artículos e investigaciones realizadas después sobre este problema, Bernoulli ha apuntado a dos cuestiones principales; la primera se refiere al carácter negativo no sólo de la propiedad privada del suelo, sino también a la dañosa consecuencia de la extrema división de ésta; la segunda, relacionada estrechamente con ella, pone de relieve les motivos históricos de esta situación y precisa las consecuencias que, desde cierto momento en adelante, esta situación ha tenido sobre la misma forma de la ciudad

La propiedad del suelo se encuentra subdividida, ya sea que se trate de suelo rural, -va de suelo urbano; a las extrañas formas de los campos se opone la complejidad, y a menudo la absurdidad, de la propiedad urbana:[...] A toda innovación se opone inmediatamente el entresijo de los confines de propiedad, marcados desde la Antiguedad, de carácter bien diferente de aquellos confines campestres a lo largo de los que corren el arado y el rastrillo, pero no menos radicados e inamovibles. Estas parcelas no están ya solamente circundadas por piedras, sino precisamente ocupadas por construcciones de piedra.

»Aunque se sepa muy bien que las nuevas calles y las nuevas construcciones que deberían surgir pueden ser mejores que las estrechas callejuelas que serpentean por allí y que las casuchas ya gastadas por el uso, nada se puede hacer hasta que sean resueltas las lamentables contiendas con los derechos de propiedad. Largas contiendas que requieren paciencia y dinero y que muchas veces deforman durante el largo camino la intención originaria».

En gran parte el hecho histórico que inicia este proceso de desmembración del suelo urbano es debido a la Revolución francesa, cuando en 1789 el suelo queda libre; las grandes propiedades de la aristocracia y drl clero son vendidas a burgueses y campesinos. Pero como en gran parte se disuelven todos los derechos territoriales de la nobleza, se disuelven también los de los municipios y se dispersan así las grandes áreas del patrimonio público. El monopolio del suelo pasa a la propiedad privada; el terreno se vuelve así comerciable como cualquier otra cosa.

[.....] El terreno eventualmente escapado a la comunidad y caído en manos de prudentes campesinos y de avisados ciudadanos, en seguida se convertiria en objeto de real y autentica especulación [..]. La ciudad se encontro nuevamente en aquel recodo de su camino en el que el derecho de propiedad inmobiliaria se manifestó plenamente en las nuevas instalaciones de fabricación. Los nuevos tiempos, despertados inesperadamente por otra actividad industrial, dieron a los propietarios una posibilidad casi desmedida de valorizar los propios terrenos.

Este análisis es muy lúcido y describe claramente la situacion real en un preciso momento histórico de la ciudad.

Pero a este análisis es necesario oponer los siguientes argumentos.

El fenómeno de la subdivisión negativa del terreno está indicado por Bernoull en las consecuencias de la Revolución francesa; o al menos en el hecho de que los revolucionarios de entonces no se diesen cuenta del enorme capital común los bienes comunales, que debían ser mantenidos como propiedad colectiva y las grandes propiedades de la nobleza y del clero que debían ser confiscadas y mantenidas por la comunidad y no subdivididas entre los privados, que éstos enajenaban perjudicando el desarrollo racional de la ciudad (y de los campos).

Por otra parte, allí donde esto no sucede, como en gran parte de Alemania y en Berlín, el fenómeno se produjo con las mismas consecuencias cuando en 1808, en cumplimiento de la propuesta de Adam Smith, la ley financiera de aquel año permitió que las propiedades públicas fueran empleadas en la extinción de las deudas de Estado y los terrenos públicos fueron convertidos en «propiedad lo mas posible privada, libre e irrevocable». Así aquí también el suelo, convertido en mercancía comerciable, se vuelve objeto del monopolio económico.

En su historia de desarrollo moderno de Berlín, Hegemann ha puesto completamente de relieve las consecuencias espantosas que tuvieron para la ciudad y para los trabajadores alemanes después de estas iniciativas hasta aquel famoso Plan Regulador del presidente de Policía de 1853 que dio inicio a los famosos «patios berlineses».

Esta exposición de Bernoulli y todas las tesis de este tipo, particularmente iluminadoras en muchos aspectos, deben ser criticadas con dos argumentos distintos.

El primero se refiere a la validez en el tiempo de este análisis, al hecho en suma de que éste nos explica ciertos aspectos, desde luego imponentes, pero no definitivos de la ciudad capitalista-burguesa. Y de que, además, estos aspectos hacen referencia más bien a leyes económicas generales que debían manifestarse de algún modo y que, por lo tanto, a mi parecer, fueron concretamente un momento positivo en el desarrollo de la ciudad; el fraccionamiento del terreno, mientras que por un lado es una degeneración de la ciudad, por el otro promueve concretamente su desarrollo. Podemos tomar otra vez las conclusiones de Hallbwachs, que antes he expuesto adecuadamente, las cuales nos dicen que no se debe dar importancia de primer orden al modo preciso, concreto, de la realización de un hecho general que se debe producir necesariamente pero que no cambia de significado por haberse producido en aquella forma, en aquel lugar y en aquel momento, más bien que en una forma, un lugar o un momento diferentes.

De hecho, se ha visto cómo las grandes expropiaciones, y también por una parte la aumentada subdivisión de los terrenos urbanos, se pone en primer plano con la Revolución francesa y con la ocupación napoleónica, pero ya había claros precedentes en las reformas de los Habsburgo y hasta de los Borbones, y que al fin se manifiestan también en un país tan profundamente reaccionario como la Alemania prusiana.

Se trata, en suma, de una ley general por la que debían pasar los Estados burgueses, y como tal es positiva. El fraccionamiento de las grandes propiedades; las expropiaciones y la formación de una nueva situación catastral es en suma un momento económico, necesario, de la evolución de la ciudad en Occidente; lo que se puede resaltar es el carácter político con el que se realiza este proceso y sólo en la elección política se puede encontrar una necesaria diferencia.

Acerca de ello, de hecho, no se puede ignorar el aspecto sustancialmente romántico de los socialistas a lo Bernoulli y a lo Hegemann que, en términos históricos y económicos, reflejan el romanticismo de los Morris y de todo el origen del movimiento moderno de la arquitectura.

Es significativo que Hegemann combata las Mietkasernen en sí sin plantearse la cuestión de que al fin y al cabo las grandes casas de vecinos podían ser tan válidas desde el punto de vista higiénico, técnico y estético como las pequeñas villas. Como sucederá precisamente en las Siedlungen de Viena y de Berlín con la adopción de ciertos aspectos locales.

No por casualidad siempre hay en estos autores la referencia a la ciudad gótica o al socialismo de Estado de los Hohenzollern; situaciones que, incluso desde el punto de

vista urbano, debían ser superadas aun a costa de un endurecimiento contingente de la situación.

Con esta referencia al socialismo romántico introduzco el segundo elemento relacionando la tesis de Bernoulli con la visión que centra el problema de la urbanística moderna, el problema de la ciudad, alrededor del nudo histórico de la revolución industrial.

Esta visión sostiene que la problemática de las grandes ciudades coincide con el período de la revolución industrial y que antes de ésta el problema urbano es cualitativamente diferente; con esta premisa sostiene que las iniciativas filantrópicas y utopistas de éste (socialismo romántico) son en sí positivas e incluso constituyen la base de la urbanística moderna hasta el punto de que, cuando ellas se pierden, la cultura urbanística, aislada del debate político, se configura cada vez más como pura técnica al servicio del poder constituido.

Me ocuparé solamente de la primera parte de esta afirmación, puesto que todo este libro no sólo considera sino que niega la definición de la segunda en los términos en que está planteada.

Ahora sostengo que la problemática de las grandes ciudades precede al período industrial, está vinculada a la ciudad y por lo tanto siempre ha sido objeto del interés de todos los que se han ocupado de la ciudad.

Bahrdt ha observado que la polémica contra la ciudad industrial surgió antes de que ésta naciese; las únicas grandes ciudades existentes en el inicio de la polémica romántica eran Londres y París. Precisamente la continuidad de los problemas urbanos en estas ciudades desmiente la polémica romántica que atribuye al surgimiento de la industria los males reales o presuntos de la urbanización.

En las primeras décadas del siglo XIX, Duisburgo, Essen y Dortmund eran pequeñas ciudades con menos de diez mil habitantes. En grandes ciudades industriales como Milán y Turín, el problema de la industria no existía. Lo mismo se puede decir de Moscú y Leningrado.

Lo que a primera vista resulta misterioso es ver cómo gran parte de los historiadores de la urbanística hayan podido conciliar las tesis de los socialistas románticos con las denuncias pronunciadas por Engels.

¿Cuál era la tesis de Engels? Simplemente ésta: «que las grandes ciudades han agudizado la enfermedad del organismo social que en el campo se presentaba en forma crónica, y precisamente con ello han puesto dc relieve su verdadera esencia y el modo para curarla».

Engels no dice que la ciudad antes de la revolución industrial fue un paraíso, pero, no obstante, en la. denuncia de las condiciones de vida de los trabajadores británicos subraya cómo el surgimiento de la gran industria habría empeorado y hecho aparecer condiciones de vida imposibles.

Las consecuencias del surgimiento de la gran industria no son, por lo tanto, algo que ataña específicamente a las grandes ciudades; se trata de un hecho que atañe a la sociedad burguesa.

La prueba de ello es la negación de que un contraste de este tipo pueda ser resuelto, de cualquier modo, en términos espaciales. Esta es la critica ya sea a los proyectos de

Haussmann, ya sea a la regeneración efectuada en las ciudades inglesas, ya sea a los proyectos de los socialistas románticos.

Ello significa también que Engels niega que de algún modo este fenómeno ataña a la urbanística; al contrarío, declara que el pensar que iniciativas espaciales puedan intervenir en este proceso es pura abstracción, prácticamente una acción reaccionaria Cree que todo lo que se quiera añadir a estas posiciones es falso.

Otra confirmación de estas posiciones es ofrecida por el razonamiento de Engels acerca del problema de la vivienda. Aquí la posición no admite equívocos. Apuntar al problema de la vivienda para resolver de algún modo el problema social es falso; el problema de la vivienda es un problema técnico que puede ser resuelto sobre la base de cierta situación, pero que no es característico de la clase obrera.

En este sentido Engels confirma todo lo que ha sido afirmado más arriba de que a problemática de las grandes ciudades precede al período industrial cuando afirma: “[....] esta escasez de viviendas no es algo particular de la época, ni es un mal particular del moderno proletariado que lo distinga de todas las clases oprimidas que le han precedido; al contrario, dicho problema ha castigado a todas las clases oprimidas de todos los tiempos de manera más bien uniforme [....]".

Es conocido actualmente que el problema de la vivienda en la antigua Roma, cuando la ciudad había adquirido las dimensiones de una gran metrópoli con todos los problemas a ella inherentes, no era menos grave que el de las ciudades de hoy.

Las condiciones ce las viviendas eran ciertamente desesperadas, y las descripciones que nos quedan de los escritores clásicos muestran que es te problema era preeminente y fundamental; como tal aparece en la política urbana de César a Augusto hasta los emperadores de las decadencia. Problemas de este tipo perduran durante todo el Medievo; la visión que los románticos nos han dejado de la ciudad medieval contradice completamente la realidad. Por los documentos, por las descripciones, por cuanto aún hoy queda de las ciudades góticas es evidente que la condición de vida de las clases oprimidas en estas ciudades era de las más tristes de la historia de la humanidad.

En este sentido es ejemplar la historia de París y toda la problemática relativa al modo de vivir urbano de las masas proletarias francesas en dicha metrópoli; caracterización que es por otra parte uno de los elementos decisivos de la revolución y que se prolonga hasta el plan de Haussmann. Aún en este sentido los despanzurramientos de Haussmann, como fuere que se quiera juzgarlos, representan un progreso.

Los que se conmueven con los despanzurramientos de la ciudad ochocentista desmienten siempre que éstos representaron de una manera u otra una afirmación, aunque sea demagógica e interesada, del espíritu ilustrado. Y que de la manera que fuere, las condiciones de vida dentro de los barrios góticos de las viejas ciudades representaban algo objetivamente imposible y que, sea como fuere, había cambiado.

Pero la tendencia moralista implícita o explícita en las posiciones de especialistas como Bernoulli o Hegemann no les ha impedido alcanzar una visión científica de la ciudad.

A nadie que se haya ocupado seriamente de ciencia urbana le ha pasado por alto el hecho de que los resultados más importantes provienen de aquellos especialistas cuya investigación va asociada concretamente a una ciudad: París, Londres, Berlín están indisolublemente vinculadas, para el especialista, a los nombres de Poéte, Rasmussen, Hegemann. Es significativo que en estas obras tan diferentes en muchos aspectos se perfile la relación entre las leyes generales y cl elemento concreto de la ciudad de modo ejemplar. Casi no debemos recordar que si cada investigación tiene para cualquier aspecto del pensamiento científico aperturas más anchas que su objeto específico, en el caso de la ciencia urbana, ésta presenta indudables ventajas porque afronta de una manera u otra aquel elemento total, tan ligado al concepto de obra de arte, que es propio de la ciudad y que corre el peligro de volverse rígido u opaco, o sencillamente de perderse en un tratamiento general. Ahora bien, uno de los méritos de la pequeña obra de Bernoulli es el de no haber perdido nunca de vista esta relación con los hechos

urbanos; y referir siempre cualquier aserción a un hecho urbano preciso sin por ello convertirse del todo en un historiador, como ocurre en las partes más convincentes de Mumford. Bernoulli ve la ciudad como una masa constituida, tal como él mismo la define, en la que cualquier elemento puede tener su particularidad y su diferenciación dentro de un plan de conjunto.

La relación entre el área y las construcciones está a punto de superar la única relación económica para plantearse como una problemática más basta, pero nunca se formula completamente. El barrio como complejo unitario invoca, en el achaque polémico del teórico racionalista, los precedentes históricos de los grandes complejos edificatorios unitarios; es significativo que al entregarse a la investigación de un fundamento histórico para la polémica urbana los racionalistas se vuelven hacia los grandes teóricos del Renacimiento y principalmente a Leonardo; hacia aquel plan de ciudad constituida por un sistema de calles subterráneas y canales para el tránsito de cargas y para el servicio de las cantinas, y encima una red de calles para la circulación de peatones a nivel de la planta baja de las casas. Inmediatamente después viene, con una sucesión canónica que convendría estudiar en su orden clasificatorio, el proyecto de los hermanos Adam, el barrio Adelphi en Londres.

El barrio Adelphi en Londres entre la City y Westminster, al sur del Strand, donck los hermanos Adam se procuraron el derecho de fábrica del duque de St. Alban, propietario de aquel terreno. El distrito era suficientemente grande para contener un complejo de edificacion en el que pudiese ser realizado un sistema de calles superpuestas de las cuales las inferiores estarían unidas a la orilla del Tamesis. En estos términos nos viene presentado el proyecto de Adelphi.

Pero, ¿sólo en estos términos es esto importante?

¿Y sólo en términos de una propuesta unitaria, de notables dimensiones, de fuerte impulso racionalizador era valorable la propuesta leonardiana?

Bernoulli no poda llegar a ver todo el proyecto leonardiano como una de las más ambiciosas afirmaciones del Renacimiento; la constitución de la ciudad como obra de arte suprema al límite de la naturaleza, de la ingeniería, de la pintura, de la política. El proyecto leonardiano está mucho más allá de los esquemas de plantas ideales; está ya en la ciudad, una ciudad real en sus relaciones imaginadas como reales son las plazas de Bellini y de los pintores venecianos. Este proyecto se añadía a una experiencia de ciudad, daba forma concreta al Milán de Ludovico el Moro, igual que como forma concreta era el gran hospital que traducía el orden de Filarete, como forma concreta eran los canales, las cercas, las nuevas calles. Ninguna ciudad está tan construida en su totalidad como la del Renacimiento; ya he señalado cómo estas arquitecturas eran sino y acontecimiento y se asentaban en un orden superior al desarrollo de su función.

Así el gran hospital milanés, desde luego no extraño a las meditaciones leonardianas, y cuya presencia constitutiva de la ciudad no ha modificado su valor.

Dos siglos y medio más tarde fue posible a los hermanos Adam construir una parte de la ciudad, un hecho urbano definido; también a través de todas las reales dificultades de la empresa.

Pero una obra de este tipo ¿es, pues, tan excepcional, o significa que quizá, esto sí en modo excepcional, un gran elemento primario estaba originado por la residencia?

En los párrafos precedentes habíamos indicado algunas deformaciones en el estudio de la ciudad, la importancia del desarrollo de la industria vista de modo genérico y convencional respecto de la dinámica real de los hechos urbanos, la abstracción de algunos problemas del contexto de la ciudad, la confusión que algunas actitudes moralistas han introducido en el estudio impidiendo la formación de un habitus científico en la constitución de los hechos urbanos.

El que muchos de estos equívocos y prejuicios no hayan rebasado un ámbito al fin y al cabo limitado y no se hayan constituido claramente en forma sistemática —cosa que parece difícil— son fuente de muchos equívocos y conviene considerarlos en alguno de sus aspectos.

Intentaré exponer aquí sintéticamente estas opiniones que se constituyen sumariamente para explicar la génesis de la ciudad moderna; sucede encontrar exposiciones de este tipo como premisas a estudios técnicos y sectoriales.

En primer lugar, esta visión se inserta en la problematicidad del término ciudad hoy; esta problematicidad se sostiene, nace esencialmente del fin de la homogeneidad física y política que se siguió al surgimiento de la industria. La industria, fuente de todo mal y de todo bien, llega a ser la auténtica protagonista de la transformación de la ciudad. El cambio se distingue históricamente en tres fases.

En un primer momento, y de aquí el origen de la transformación de la ciudad, se puede señalar en la destrucción de la estructura fundamental de la ciudad medieval que estaba basada en la absoluta identidad del lugar de trabajo y de la vivienda dentro del mismo edificio. Empieza así el fin de la economía doméstica entendida como unidad de producción y de consumo. La destrucción de esta forma básica de vida de la ciudad medieval conduce a una serie de reacciones cuyas últimas manifestaciones medirían de lleno en la ciudad del futuro.

Al mismo tiempo surgen las casas de los trabajadores, las viviendas de obreros, las casas de alquiler; surgiría sólo aquí el problema de la vivienda como problema urbano y social. Signo definitivo de esta fase en términos espaciales es la ampliación de la superficie urbana, mientras que residencia y puesto de trabajo están poco subdivididos en la ciudad.

El segundo tiempo, decisivo, se iniciaría con la progresiva industrialización, provocando la separación definitiva entre residencia y trabajo y destruyendo la relación de vecindad.

La aparición de los primeros medios de trabajo colectivo permite escoger una vivienda que no esté en la inmediata proxímidad del lugar de trabajo.

Paralela a esta evolución se puede considerar la separación entre los lugares de trabajo que producen mercancías y los que no producen mercancías. Producción y administración se separan; se inicia la división del trabajo en su sentido más preciso. Es de esta división de los lugares de trabajo de la que se originaría la city, creando interdependencias precisas entre los oficios que tienen entre sí necesidades de contacto cada vez mayores. La administración central de un complejo industrial, por ejemplo, busca la proximidad de los bancos, de la administración, de los seguros, más que la del lugar de producción. En el primer momento esta concentración se produce en el centro de la ciudad donde las superficies son suficientes.

La tercera fase del cambio de la ciudad se iniciaría con el desarrollo de los medios de transporte individuales y con la plena eficiencia de todos los medios de transporte

destinados al trabajo. Este desarrollo debería resultar no sólo del aumento de eficiencia técnica, sino también de la participación económica de la Administración pública en el servicio de los transportes. La elección de los lugares dc residencia se convierte cada vez más en independiente de los ligares de trabajo. Al mismo tiempo se desarrollan las actividades de servicio que tienden a localizarse en el centro, adquiriendo una importancia preeminente. En contraposición, cada vez es más fuerte la búsqueda de edificios de vivienda fuera de la ciudad, en el campo limítrofe.

El trabajo y su localización tienen en la elección de la vivienda un papel cada vez más subordinado. El ciudadano va a cualquier parte del territorio dando lugar al tráfico «pendular». Residencia y trabajo están ahora, en su relación, esencialmente ligados al tiempo, son función del tiempo (Zeitfunktion).

Es evidente que una exposición de este tipo contiene elementos verdaderos y falsos continuamente mezclados; tiene sus límites más evidentes en la descripción de los hechos, dando lugar a una especie de «naturalismo» de la dinámica urbana en la que las acciones de los hombres, la constitución de los hechos urbanos y las elecciones políticas que la ciudad lleva a cabo, se asumen sin elección. Al final, algunas legítimas y técnicamente importantes propuestas urbanísticas —baste pensar en los efectivos problemas de la descongestión y de la relación trabajo/residencia—, llegan a ser fines más bien que medios; casi principios y leyes más bien que instrumentos.

Pero se trata sobre todo de situaciones confusas en su formulación; que es el haber establecido una demasiado fácil y esquemática comision de puntos de vista, de afirmaciones, de sistemas de lectura, de métodos diferentes.

Las tesis principales que parece necesario discutir en esta división de la ciudad parecen ser las relativas al problema de la vivienda y al de la dimensión.

Del primero m he ocupado suficientemente, dado el equilibrio de este trabajo y en particular en los párrafos precedentes mediante la consideración de un escrito de Engels.

El segundo problema, el de la dimensión, requeriría una consideración muy amplia; pienso referirme aquí sólo a algunos de los aspectos principales de esta cuestión como puede ser entendida a la luz de los argumentos desarrollados en este estudio. Un tratamiento correcto del problema de la dimensión debería iniciarse con el problema del campo o del área de estudio y de intervención. De este problema ya me he ocupado en los primeros capítulos; y también me he ocupado de él hablando del locus y de la cualidad de los hechos urbanos. Naturalmente, esta investigación del «campo» puede ser aplicada también en otras direcciones; por ejemplo, en el sentido de la dimensión operativa. Pienso referirme aqui a la dimensión entendida «como nueva dimensión de la ciudad».

Es lógico que este extraordinario desarrollo de las ciudades en los últimos años, los problemas de urbanización de la población, de concentración, de aumento de la superficie urbana se hayan planteado con preeminencia a los ojos de los urbanistas y de todos los estudiosos e ciencias sociales que se ocupan de la ciudad.

Este desarrollo, la dimensión aumentada, es observable un poco en todas parte, es un fenómeno común a todas las grandes ciudades; en alguno: casos tiene extraordinaria importancia. Para definir la región de a costa noreste de Estados Unidos entre Boston y Washington por una parte y el Atlántico y los Apalaches por la otra, Jean Gottmann ha usado el termino Megalopoli, ya acuñado o ilustrado por Mumford. Pero si este es el caso mas clamoroso de la incrementada dimension de la ciudad, no son menos importantes los casos de expansion de las grandes ciudades europeas.

Estas expansiones constituyen fenómenos y como tales son estudiados; las diversas hipótesis sobre la ciudad-territorio han aportado material interesante que podrá ser útil para el estudio de la ciudad. En este sentido la hipótesis de la ciudad-región puede llegar a ser verdaderamente una hipótesis de trabajo; y será tanto más útil cuanto mayoritariamente sirva para aclarar situaciones que hipótesis precedentes no nos han podido explicar completamente.

Lo que queremos discutir es que la «nueva dimensión» pueda cambiar la sustancia le un hecho urbano. Se puede imaginar que la dimensión modifique de algún modo un hecho urbano, pero no que cambie su cualidad. Definiciones técnicas como la de «nebulosa urbana» pueden ser útiles en el lenguaje técnico, pero no explican nada. Por otra parte el inventor del término precisa que él lo ha usado «para explicar la complejidad y la falta de claridad de su estructura», pero que rechaza en particular la tesis dé una escuela de ecólogos norteamericanos para los que «la vieja noción de ciudad núcleo estructurado, definido en el espacio, distinto del vecindario, es un concepto muerto» y que ven «el núcleo disolverse, formarse un tejido más o menos coloidal, la ciudad permanecer absorbida por la región económica o directamente en el conjunto de la nación».

Por otra parte, el geógrafo norteamericano Ratcliff, desde un punto de vista diferente del nuestro, ha rechazado igualmente y ha condenado como popular pero falsa la tesis según la cual los problemas metropolitanos son problemas de dimensión.

Reducir los problemas metropolitanos a problemas de dimensión significa ignorar completamente la existencia de una ciencia de la ciudad; en otros términos, significa ignorar expresamente la estructura real de la ciudad y sus condiciones de evolucion.

El examen de la ciudad aquí realizado basándose en elementos primarios, hechos urbanos constituidos y áreas de influencia permite estudiar el crecimiento de la ciudad sin que la dimensión cambiada influya en lis leyes de desarrollo.

Pero creemos que el desarrollo impropio dado por los arquitectos a la nueva dimensión puede ser explicado mediante otras sugestiones de carácter figurativo. Recordemos cómo Giuseppe Samona, al comienzo de esta polémica, advertía del error por parte de los arquitectos de una más fácil identificación de la acrecida dimensión urbana y el gigantismo de los productos. «Es absolutamente falso, a mi modo de ver —declaraba—, toda idea de parámetros espaciales gigantescos. En verdad, nos encontramos, como en todos los tiempos, en una situación que, desde el punto de vista general, presenta el hombre y el espacio en dimensiones equilibradas de relaciones análogas a lo de los antiguos, sólo que en las relaciones actuales todas las medidas espaciales son mayores que cuanto lo fueran las más estáticas de hace cincuenta años.»

En este capitulo nos hemos preocupado de indicar algunas cuestiones —fundamentalmente ligadas a los problemas económicos de la dinámica urbana o, en todo caso, de ellos derivables— que no surgían en los temas tratados en los capítulos precedentes. (O sólo parcialmente a propósito de la clasificación operada por Tricart.)

Para hacerlo he expuesto y comentado inicialmente dos tesis; la primera de Maurice Halbwachs, cuyo trabajo sumario ha contribuido notablemente a aumentar nuestros conocimientos sobre la ciudad y sobre la naturaleza de los hechos urbanos, y la segunda de Hans Bernoulli, teórico ágil e inteligente de uno de los problemas más discutidos de la ciudad moderna.

Estos dos autores consideran también desde estos puntos de vista algunos elementos de discusión que han ocupado este estudio y que requieren ser verificados constantemente.

Bernoulli, desarrollando su tesis de las relaciones entre la propiedad del suelo y la arquitectura de la ciudad, había de llegar rápidamente a una concepción científica de la ciudad; no sucedía de modo diferente, partiendo del proyectar, a los arquitectos teóricos como Le Corbusier y Hilberseimer en el mismo clima del racionalismo.

En las páginas precedentes hemos visto el aspecto romántico de especialistas como Bernoulli y Hegemann; y cómo su moralismo, que tanto valor da a su figura de polémicos y de innovadores, acaba viciando su estudio de lo real; estoy convencido de que no se puede eliminar tan fácilmente la componente moralista en la valoración de los estudios de los teóricos de la ciudad y que sería una operacion arbitraria. La posición de Engels era sencillamente más fácil; afrontaba el problema por así decirlo «desde fuera», es decir, desde el punto de vista político y económico, para decirnos que en este sentido el problema no existía. La conclusión podra parecer paradojica: pero es la unica consideración clarificadora.

Cuando Mumford acusa a Engels de sostener «que hay suficientes viviendas para salir adelante con tal que sean divididas” y de basar esta afirmación en la presunción no controlada de que lo que los ricos poseen es bueno, deforma brutalmente el pensamiento de Engels pero en sustancia reafirma la bondad de la tesis de éste.

Y no sorprende, por otra parte, que la tesis de Engels no haya sido desarrollada en los estudios sobre la ciudad; no podía ser desarrollada en aquellos términos porque se planteaba en puros términos políticos.

Aquí se podrá objetar que después de haber intentado captar la complejidad de la cuestión urbana en todos sus términos y por lo tanto haber remitido a la totalidad misma de la estructura cualquier explicación concreta, ahora separamos lo que constituye, sin embargo, el hecho principal de la polis, la política, de su construcción.

La pregunta puede ser, pues, planteada en estos términos; si la arquitectura de los hechos urbanos es la construcción de la ciudad, ¿cómo puede estar ausente de esta construcción lo que constituye su momento decisivo, la política?

Pero, sobre la base de todas las argumentaciones expuestas aquí, nosotros no sólo afirmamos el lazo político, sino que, al contrario, sostenemos la preeminencia de este lazo y precisamente su carácter decisivo.

La política, de hecho, constituye aquí el problema de las elecciones. ¿Quién en última instancia elige la imagen de una ciudad? La ciudad misma, pero siempre y solamente a través de sus instituciones políticas.

Se puede afirmar que esta elección es indiferente; pero sería simplificar trivialmente la cuestión. No es indiferente; Atenas, Roma, París son también la forma de su política, los signos de una voluntad.

Desde luego, si consideramos la ciudad como manufactura, al igual que los arqueólogos, podemos afirmar que todo lo que se acumula es signo de progreso; pero ello no quita que existan valoraciones de este progreso. Y diferentes valoraciones de las elecciones políticas.

Pero entonces la política, que parecía ajena, casi mantenida lejos de este discurso sobre la ciudad, hace su aparición en primera persona; se presenta del modo que le es propio y en el momento constitutivo.

Entonces la arquitectura urbana -que, como sabemos, es la creación humana- es querida como tal; el ejemplo de las plazas italianas del Renacimiento no puede ser referido ni a su función, ni a la casualidad. Son un medio para la formación de la ciudad, pero se puede repetir que lo que parece un medio ha llegado a ser un objetivo; y aquellas plazas son la ciudad.

Así, la ciudad se tiene como fin a sí misma y no hay que explicar nada más que no sea el hecho de que la ciudad está presente en estas obras. Pero este modo de ser implica la voluntad de que esto sea de este modo y continúe así.

Ahora bien, sucede que este modo es la belleza del esquema urbano de la ciudad antigua, con la que se nos da el parangonar siempre nuestra ciudad; ciertas funciones como tiempo, lugar, cultura modifican este esquema como modifican las formas de la arquitectura; pero esta modificación tiene valor cuando, y sólo cuando, ella es un acto, como acontecimiento y como testimonio, que hace la ciudad evidente a sí misma.

Se ha visto cómo las épocas de nuevos acontecimientos se plantean este problema; y sólo una feliz coincidencia da lugar a hechos urbanos auténticos; cuando la ciudad realiza en sí misma una idea propia de la ciudad fijándola en la piedra. Pero esta realización puede ser valorada sólo en los modos concretos con los que ésta acontece; hay una relación biunívoca entre el elemento arbitrario y el elemento tradicional en la arquitectura urbana. Como entre las leyes generales y el elemento concreto.

Si en toda ciudad hay personalidades vivas y definidas, si toda la ciudad posee un alma personal hecha de tradiciones antiguas y de sentimientos vivos como de aspiraciones indecisas, no por esto es independiente de las leyes generales de la dinámica urbana.

Tras los casos particulares hay hechos generales, y el resultado es que ningún crecimiento urbano es espontáneo, sino que las modificaciones de estructura se pueden explicar por las tendencias naturales de los grupos dispersos en las diversas partes de la ciudad.

En fin, el hombre no sólo es el hombre de aquel país y de aquella ciudad, sino que es el hombre de un lugar preciso y delimitado y no hay transformación urbana que no signifique también transformación de la vida de sus habitantes. Pero estas reacciones no pueden ser simplemente previstas o fácilmente derivadas; acabaremos atribuyendo al ambiente físico el mismo determinismo que el funcionalismo ingenuo ha atribuido a la forma. Reacciones y relaciones son difícilmente individualizables de modo —están comprendidas en la estructura de los hechos urbanos.

Esta dificultad de individualización nos puede inducir a buscar un elemento irracional en el crecimiento de la ciudad. Fue este crecimiento es tan irracional como cualquier

obra de arte; el misterio estriba quizás y sobre todo en la voluntad secreta e incontenible de las manifestaciones colectivas.

Así, la compleja estructura de la ciudad surge de un discurso cuyos puntos de referencia pueden parecer abstractos. Quizás es exactamente como las leyes que regulan la vida y el destino de cada hombre; en toda biografía hay motivos suficientes de interés, si bien toda biografía está comprendida entre el nacimiento y la muerte.

Es cierto que la arquitectura de la ciudad, la cosa humana por excelencia, es el signo concreto de esta biografía; aparte del significado y del sentimiento con los que la reconozcamos.